

La Esfera

NEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

Año IX ^{to} Núm. 439

Precio: Una peseta



GENOVEVA VIX, retrato original de Guido Caprotty, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

LEA USTED Hombre de amor

Última novela de 350 páginas

DE

El Caballero Audaz

PRÓXIMAMENTE APARECERÁ Un hombre extraño

Novela de 350 páginas

Pedidos de las obras de EL CABALLERO AUDAZ á
Editorial "Mundo Latino".—Apartado 502, Madrid

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

HOTEL CECIL

EL "CECIL" es el centro de Londres tanto para los negocios como para las diversiones. Los huéspedes tienen en él la ventaja de usar una dirección muy respetable con tarifa módica. El servicio es tranquilo y discreto sin dejar de ser muy satisfactorio. Nada falta en materia de confort y la cocina es inmejorable.

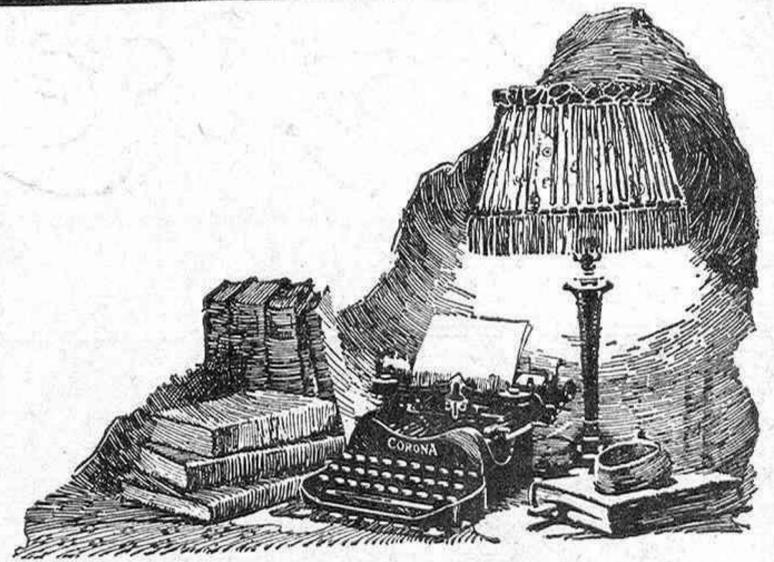
Dirigirse al Gerente por cable o por carta en solicitud de la tarifa.

Cablegramas: "Cecelia London."

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

**ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO**

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



CORONA

La máquina de escribir que por la elegancia de sus líneas, suavidad de su teclado y su extraordinaria portabilidad, es la preferida de las señoras

Son muchas las escritoras y artistas españolas eminentes que utilizan en su gabinete de trabajo y en sus viajes la máquina "CORONA"

No hay una sola señora ó señorita de cuantas conocen la "CORONA" que no sueñen con ella como con una joya

Precio único: 500 pesetas

FACILIDADES DE PAGO

Fabricada por Corona Typewriter Co. of Groton

GASTONORGE, C. A.—Sevilla, 16, MADRID

Alivio rápido
en los dolores de cabeza y de muelas, gripe, neuralgias, etc., proporcionan las

BAYER

TABLETAS BAYER de ASPIRINA

CORSETERÍA
«PARISIÉN»

Concha y Esperanza Vizcaino

ofrecen á Ud. las últimas creaciones de Paris, en

Oviedo



En Egipto, mucha gente a egura que ya se usan los productos PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. — 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Loctones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ACCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).



CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

LA TIERRA DE TODOS

NOVELA INÉDITA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN)

—Como tú no conoces lo que es el amor—dijo Torrebianca una tarde—, puedes prescindir de la mujer y permitirte esa serenidad burlona.

El español palideció, perdiendo inmediatamente su sonrisa. «¿El no había conocido el amor?» Resucitaron en su memoria, después de esto, los recuerdos de una juventud que Torrebianca sólo había entrevisto de un modo confuso. Una novia le había abandonado tal vez, allá en su país, para casarse con otro. Luego el italiano creyó recordar mejor. La novia había muerto y Robledo juraba, como en las novelas, no casarse... Este hombre corpulento, gastrónomo y burlón llevaba en su interior una tragedia amorosa.

Pero como si Robledo quisiera evitar que le tomasen por un personaje romántico, se apresuraba á decir escépticamente:

—Yo busco á la mujer cuando me hace falta, y luego continúo solo mi camino. ¿Para qué complicar mi existencia con una compañía que no necesito?...

Una noche, al salir los tres de un teatro, Elena mostró deseos de conocer cierto *restaurant* de Montmartre abierto recientemente. Para sus amigas era un lugar mágico, á causa de su decoración persa—estilo *Mil y una noches* vistas desde Montmartre—y de su iluminación de tubos de mercurio, que daban un tono verdoso á los salones, lo mismo que si estuviesen en el fondo del mar, y una lividez de ahogados á sus parroquianos.

Dos orquestas se reemplazaban incesantemente en la tarea de poblar el aire de disparates rítmicos. Los violines colaboraban con desafinados instrumentos de metal, uniéndose á esta cencerrada bailable un *claxon* de automóvil y varios artefactos musicales de reciente invención, que imitaban dos tablas que chocan, un fardo arrastrado por el suelo, una piedra sillar que cae...

En un gran óvalo abierto entre las mesas se renovaban incesantemente las parejas de danzari-nes. Los vestidos y sombreros de las mujeres—espumas de diversos colores en las que flotaban briznas de plata y oro—, así como las masas blancas y negras del indumento masculino, se esparcían en torno á las manchas cuadradas de los manteles.

Con la música estridente de las orquestas, venía á juntarse un estrépito de feria. Los que no estaban ocupados en bailar lanzaban por el aire serpentinas y bolas de algodón ó insistían con un deleite infantil en hacer sonar pequeñas gaitas y otros instrumentos pueriles. Flotaban en el aire cargado de humo esferas de caucho de distintos colores que los concurrentes habían dejado escapar de sus manos.

Los más, mientras comían y bebían, llevaban tocadas sus cabezas con gorros de bebé, crestas de pájaro ó pelucas de payaso.

Había en el ambiente una alegría forzada y estúpida, un deseo de retroceder á los balbuceos de la infancia para dar de este modo nuevo incentivo á los pecados monótonos de la madurez. El aspecto del *restaurant* pareció entusiasmar á Elena.

—¡Oh, París! ¡No hay más que un París! ¿Qué dice usted de esto, Robledo?

Pero como Robledo era un salvaje, sonrió con una indiferencia verdaderamente insolente. Comieron sin tener apetito y bebieron el contenido de la botella de champán sumergida en un cubo plateado, que parecía repetirse en todas las mesas, como si fuese el idolo de aquel lugar, en cuyo honor celebraba la fiesta. Antes de que se vaciase la

II botella, otra ocupaba instantáneamente su sitio, cual si acabase de crecer del fondo del cubo.

La marquesa, que miraba á todos lados con cierta impaciencia, sonrió de pronto, haciendo señas á un señor que acababa de entrar.

Era Fontenoy, y vino á sentarse á la mesa de ellos, fingiendo sorpresa por el encuentro.

Robledo se acordó de haber oído á Elena hablar repetidas veces del banquero mientras estaban en el teatro, y esto le hizo pensar si se habrían visto aquella misma tarde. Hasta se le ocurrió la sospecha de que este encuentro en Montmartre estaba convenido por los dos.

Mientras tanto Fontenoy decía á Torrebianca, rehuendo la mirada de la mujer de éste:

—¡Una verdadera casualidad!... Salgo de una comida con hombres de negocios; necesitaba distraerme; vengo aquí, como podía haber ido á otro sitio, y los encuentro á ustedes.

Por un momento creyó Robledo que los ojos pueden sonreír al ver la expresión de jovial malicia que pasaba por las pupilas de Elena.

Cuando la botella de champán hubo resucitado en el cubo por tercera vez, Elena, que parecía envidiar á los que daban vueltas en el centro del salón, dijo con su voz quejumbrosa de niña:

—¡Quiero bailar, y nadie me saca!... Su marido se levantó, como si obedeciese una

orden, y los dos se alejaron dando vueltas entre las otras parejas.

Al volver á su asiento ella protestó con una indignación cómica:

—¡Venir á Montmartre para bailar con el marido!...

Puso sus ojos acariciadores en Fontenoy y añadió:

—No pienso pedirle que me invite. Usted no sabe bailar ni quiere ocuparse de estas cosas frí-



CÁMARA-FE

volas... Tal vez teme que sus accionistas le retiren su confianza al verle en estos lugares.

Luego se volvió hacia Robledo:

—¿Y usted, baila?...

El ingeniero fingió que se escandalizaba. ¿Dónde podía haber aprendido los bailes inventados en los últimos años? El sólo conocía la «cueca» chilena que danzaban sus peones los días de paga, ó el «pericón» y el «gato» bailados por algunos gauchos viejos, acompañándose con el retintín de sus espuelas.

—Tendré que aburrirme sin poder bailar..., y eso que voy con tres hombres. ¡Qué suerte la mía!

Pero alguien intervino como si hubiese escuchado sus quejas. Torrebianca hizo un gesto de contrariedad. Era un joven danzarín al que había visto muchas veces en los restaurantes nocturnos. Le inspiraba una franca antipatía, por el hecho de que su mujer hablaba de él con cierta admiración, lo mismo que todas sus amigas.

Gozaba los honores de la celebridad. Alguien, para marcar irónicamente la altura de su gloria, lo había apodado «el águila del tango». Robledo adivinó que era un sudamericano por la soltura graciosa de sus movimientos y su atildada exageración en el vestir. Las mujeres admiraban la pequeñez de sus pies montados en altos tacones, y el brillo de la abultada masa de sus cabellos, echada atrás y tan unida como un bloque de laca.

Esta «águila» bailarina, que se hacía mantener por sus parejas, según murmuraban los envidiosos de su gloria, se vió aceptada, y los dos empezaron a danzar. El cansancio obligó a Elena a volver a la mesa repetidas veces; pero al poco rato ya estaba llamando con sus ojos al bailarín, y éste acudía oportunamente.

Torrebianca no ocultaba su disgusto al verla con el mozo antipático. Fontenoy permanecía impasible ó sonreía distraídamente durante los breves momentos que Elena empleaba en descansar.

Volvió á acordarse Robledo de la expresión de lejanía que había observado en todos los que tienen un pagaré de vencimiento próximo. Pero este recuerdo pasó rápidamente por su memoria.

Miró con más atención al banquero y se dió cuenta de que ya no pensaba en cosas invisibles. La insistencia de Elena en bailar, siempre con el mismo jovencuelo, había acabado por imprimir en su rostro un gesto de descontento, igual al que mostraba Torrebianca.

Siempre que pasaba ella en brazos de su danzarín, sonreía á Fontenoy con cierta malicia, como si gozase viendo su cara de disgusto.

El ingeniero miró á un lado de la mesa; luego al lado opuesto, y pensó:

«Cualquiera diría que estoy entre dos maridos celosos.»

III

En uno de los tés de la marquesa de Torrebianca conoció Robledo á la condesa Titonius, dama rusa, casada con un noble escandinavo, el cual parecía absorbido por su cónyuge, hasta el punto de que nadie se fijaba en su persona.

Era una mujer entre los cuarenta años y los cincuenta, que todavía guardaba vestigios, algo borrosos, de una belleza ya remota. Su obesidad desbordante, blanca y flácida, tenía por remate una cabezita de muñeca sentimental; y como gustaba de escribir versos amorosos, apresurándose á recitarlos en el curso de las conversaciones, sus enemigas la habían apodado «Cien kilos de poesía».

Se presentaba en plena tarde audazmente escotada, para lucir con orgullo sus albas y gelatinosas superfluidades. Usaba joyas gigantescas y bárbaras, en armonía con una peluca rubia, á la que iba añadiendo todos los meses nuevos rizos.

Entre estas alhajas, escandalosamente falsas, la única que merecía cierto respeto era un collar de perlas, que, al sentarse su dueña, venía á descansar sobre el globo de su vientre. Estas perlas irregulares, angulosas y con raíces, se parecían á los dientes de animal que emplean algunos pueblos salvajes para fabricarse adornos. Los maldicientes aseguraban que eran recuerdos de amantes de su juventud, á los que la condesa había arrancado las muelas, no quedando nada que sacar de ellos. Su sentimentalismo y la libertad con que hablaba del amor, justificaban tales murmuraciones.

Al saber por su amiga Elena que Robledo era un millonario de América, lo miró con apasionado interés. Hablaron con una taza de té en la mano, ó más bien dicho, fué ella la que habló, mientras el ingeniero buscaba mentalmente un pretexto para escapar.

—Usted, que ha viajado tanto y es un héroe, ilustre con su experiencia... ¿Qué opina usted del amor?

Pero la poetisa, á pesar de sus ojeadas tiernas y miopes, vió que Robledo huía, murmurando excusas, como si le asustase una conversación iniciada con tal pregunta.

Elena le rogó semanas después que asistiese á una fiesta nocturna dada por la condesa.

—Son reuniones muy interesantes. La dueña de la casa invita á una bohemia inquietante para que aplauda sus versos, y la mezcla con gentes distinguidas que conoció en los salones. Algunos extranjeros van de buena fe, creyendo encontrar autores célebres, y sólo conocen fracasados viejos y ácidos. También protege á ciertos jóvenes que se presentan con solemnidad, convencidos de una gloria que sólo existe entre sus camaradas ó en las páginas de alguna revista que nadie lee... Debe usted ver eso. Difícilmente encontrará en París una casa semejante. Además, he prometido á la pobre condesa que asistirá usted á su fiesta, y me enfadaré si no me obedece.

Por no disgustarla, se dirigió Robledo á las diez de la noche á la avenida Kleber, donde vivía la condesa, después de haber comido con varios sudamericanos en un restaurante de los boulevares.

Dos servidores alquilados para la fiesta se ocupaban en recoger los abrigos de los invitados. Apenas entró el ingeniero en el recibimiento, se dió cuenta de la mezcolanza social descrita por Elena. Llegaban parejas de aspecto distinguido, acostumbradas á la vida de los salones, vestidas con elegancia, y revueltas con ellas vió pasar á varios jóvenes de abundosa cabellera, que llevaban frac lo mismo que los otros invitados; pero se despojaban de paletós



raídos ó con los forros rotos. Sorprendió la mirada irónica de los dos criados al colgar algunos de estos gabanes, así como ciertos abrigos de pieles con grandes calvas, pertenecientes á señoras que ostentaban extravagantes tocados.

Un viejo con melenas de un blanco sucio y gran chambergo, que tenía aspecto de poeta, tal como se lo imagina el vulgo, se despojó de un gabancito veraniego y dos bufandas de lana arrolladas á su cuerpo para suplir la falta de abrigo. Retiró la pipa de su boca, golpeándola con la suela de uno de sus zapatos, y la metió luego en un bolsillo del gabán, recomendando á los criados que lo guardasen mucho, como si fuese prenda de gran valor.

El abrigo de pieles que llevaba Robledo atrajo el respeto de los dos servidores. Uno de ellos le ayudó á despojarse de él, conservándolo luego sobre sus brazos.

—Puede usted admirarlo; le doy permiso—dijo el ingeniero—. Lo compré hace pocos días. Una rica pieza, ¿eh?...

Pero el criado, sin hacer caso de su tono burlón, contestó:

—Lo pondré aparte. Temo que á la salida se equivoque alguno y se lo lleve, dejando el suyo al señor.

Y guiñó un ojo, señalando al mismo tiempo los gabanes de aspecto lamentable amontonados en la antesala.

La noble poetisa mostró un entusiasmo ruidoso al verle en sus salones. Apartando á los otros invitados, salió á su encuentro y le estrechó ambas manos á la vez. Luego, apoyada en su brazo, lo fué llevando entre los grupos para hacer su presentación. Le acariciaba con sus ojos, como si fuese el principal atractivo de su fiesta; parecía sentir orgullo al mostrarlo á sus amigas. Con razón el día anterior le había dicho Elena, burlesco: «¡Mucho ojo, Robledo! La condesa está locamente enamorada de usted, y la creo capaz de raptarle.»

Expresaba la poetisa su entusiasmo con una avalancha de palabras al hacer la presentación del ingeniero.

—Un héroe; un superhombre del desierto, que allá en las pampas de la Argentina ha matado leones, tigres y elefantes.

Robledo puso cara de espanto al oír tales disparates; pero la condesa no estaba para reparar en escrúpulos geográficos.

—Cuando me haya contado todas sus hazañas—continuó—, escribiré un poema épico, de carácter moderno, relatando en verso las aventuras valerosas de su vida. A mí, los hombres sólo me interesan cuando son héroes...

Y otra vez Robledo puso cara de asombro. Cuando la condesa no vió cerca de ella más invitados á quienes presentar su héroe, lo condujo á un gabinete donde no había nadie, sin duda á causa de los olores que á través de un cortinaje llegaban de la cocina, demasiado próxima.

Ocupó un sillón, ancho como un trono, é invitó á sentarse á Robledo. Pero cuando éste buscaba una silla, la Titonius le indicó un taburete que estaba á sus pies.

—Así lograremos que sea mayor nuestra intimidad. Parecerá usted un paje antiguo prosternado ante su dama.

Robledo no podía ocultar el asombro que le causaban estas palabras; pero acabó por colocarse tal como ella quería, aunque el tal asiento le resultase molesto, á causa de su corpulencia.

Copiaba la Titonius los gestos pueriles y el habla ceceante de su amiga; pero estas imitaciones infantiles resultaban en ella extremadamente grotescas.

—Ahora que estamos solos—dijo—, espero que hablará usted con más libertad; y vuelvo á hacerle la misma pregunta del otro día: ¿Qué opina usted del amor?

Quedó sorprendido Robledo, y al fin balbució:

—¡Oh, el amor!... Es una enfermedad... Eso es: una enfermedad de la que vienen ocupándose las gentes hace miles de años, sin saber en qué consiste.

La condesa se había aproximado mucho á él, á causa de su miopía, prescindiendo del auxilio de unos impertinentes de concha que guardaba en su diestra. Inclinandose sobre el emballado hemisferio de su vientre, casi juntaba su cara con la del hombre sentado á sus pies.

—¿Y cree usted—prosiguió—que un alma superior y mal comprendida, como la mía, podrá encontrar alguna vez el alma hermana que la complete?...

Robledo, que había recobrado su tranquilidad, dijo gravemente:

—Estoy seguro de ello... Pero usted es todavía joven y tiene tiempo para esperar.

Sintió ella tal arrobamiento al oír esta respuesta, que acabó por acariciar el rostro de su acompañante con los lentes que tenía en una mano.

—¡Oh, la galantería española!... Pero separémonos; guardemos nuestro secreto ante un mundo que no puede comprendernos. Leo en sus ojos el deseo ardiente... ¡Conténgase, por el momento! Yo procuraré que nuestras almas vuelvan á encontrarse con más intimidad. Ahora, es imposible... Los deberes sociales..., las obligaciones de una dueña de casa...

Y después de levantarse del sillón-trono con toda la pesadez de su volumen, se alejó imitando la ligereza de una niña, no sin enviar antes á Robledo un beso mudo con la punta de sus lentes.

Desconcertado por esta agresividad pasional, y ofendido al mismo tiempo porque creía verse en una situación grotesca, el ingeniero abandonó también el solitario gabinete.

Al volver á los salones iba tan ofuscado que casi derribó á un señor de pequeña estatura; y éste, á pesar del golpe recibido, hizo una reverencia murmurando excusas. Le vió después yendo de un lado á otro, con timidez y humildad, vigilando á los servidores con unos ojos que parecían pedirles perdón, y cuidándose de volver á su sitio los muebles puestos en desorden por los invitados. Apenas le hablaba alguien, se apresuraba á contestar con grandes muestras de respeto, huyendo inmediatamente.

La condesa Titonius tenía en torno á ella un círculo de hombres, que eran en su mayor parte los jóvenes de aspecto «artista» vistos por Robledo en la antesala. Muchas señoras se burlaban francamente de la dueña de la casa, partiéndose de sus grupos irónicas miradas hacia su persona. El viejo que había dejado sus bufandas y su pipa en el guardarropa gritó de pronto con solemnidad:

—La asistencia reclama que nuestra bella musa diga algunos de sus versos incomparables.

Muchos aplaudieron, apoyando esta petición con gritos de entusiasmo. Pero la musa se mostró displicente, y empezó á moverse en su asiento haciendo signos negativos. Al mismo tiempo dijo con voz débil, como si acabase de sentir una repentina enfermedad:

—No puedo, amigos míos... Esta noche me es imposible... Otro día, tal vez...

Volvió a insistir el grupo de admiradores, y la condesa repitió sus protestas con un desaliento cada vez más doloroso, como si fuese a morir.

Al fin, los invitados la dejaron en paz, para ocuparse en cosas más de su gusto. Los grupos volvieron sus espaldas a la poetisa, olvidándola. Un músico joven, afeitado y con largas guedejas, que pretendía imitar la fealdad «genial» de algunos compositores célebres, se sentó al piano e hizo correr sus dedos sobre las teclas. Dos muchachas acudieron con aire suplicante, poniendo sus manos sobre las del pianista. Oírían después con mucho gusto sus obras sublimes; pero por el momento debía mostrarse bondadoso y al nivel del vulgo, tocando algo para bailar. Se contentaban con un vals, si es que sus convicciones artísticas le impedían descender hasta las danzas americanas.

Varias parejas empezaron a bailar, y cuando iba aumentando rápidamente su número y no quedaba ya quien se acordase de la condesa, ésta miró a un lado y a otro con asombro y se puso de pie.

—Ya que me piden versos con tanta insistencia, accederé a su deseo. Voy a decir un pequeño poema.

Tales palabras esparcieron la consternación. El pianista, por no haberlas oído, continuó tocando; pero tuvo que detenerse, pues el señor humilde y anónimo, que iba de un lado a otro como un doméstico, se acercó a él, tomándole las manos. Al

cesar la música, las parejas quedaron inmóviles; y, finalmente, con una expresión aburrida, volvieron a sus asientos. La condesa empezó a recitar. Algunos invitados la oían con una atención dolorosa ó una inmovilidad estúpida, pensando indudablemente en cosas lejanas. Otros parpadeaban, haciendo esfuerzos para repeler el sueño que corría hacia ellos montado en el sonsonete de las rimas.

Dos señoras ya entradas en años y de aspecto maligno fingían gran interés por conocer los versos, y hasta una de ellas se llevaba una mano a una oreja para oír mejor. Pero al mismo tiempo las dos seguían conversando detrás de sus abanicos. En ciertos momentos dejaban éstos sobre sus rodillas para aplaudir y gritar: «¡Bravo!»; pero volvían a recobrarlos y los desplegaban, riendo, de la dueña de la casa, bajo el amparo de su tela.

Robledo estaba detrás, apoyado en el quicio de una puerta y medio oculto por el cortinaje. Como la condesa declamaba con vehemencia, las dos señoras se veían obligadas a elevar un poco el tono de su voz, y el ingeniero, que era de oído sutil, pudo enterarse de lo que decían.

—Sería preferible—murmuraba una de ellas—que en vez de regalarnos con versos, preparase un *buffet* mejor para sus invitados.

La otra protestó. En casa de la Titonius, la mesa era más peligrosa cuanto más abundante. Se necesitaba un valor heroico para aceptar la invitación a sus comidas, que ella misma preparaba.

—A los postres hay que pedir por teléfono un médico, y alguna vez será preciso avisar a la Agencia de pompas fúnebres.

Entre risas sofocadas, recordaban la historia de la dueña de la casa. Había sido rica en otros tiempos; unos decían que por sus padres; otros, que por sus amantes. Para llegar a condesa se había casado con el conde Titonius, personaje arruinado é insignificante, que consideró preferible esta humillación a pegarse un tiro. Ocupaba en la casa una situación inferior a la de los domésticos. Cuando la condesa tenía excitados los nervios por la infidelidad de alguno de sus jóvenes protegidos, arrojaba escaleras abajo las camisas y calzoncillos del conde, ordenándole como una reina ofendida que desapareciese para siempre. Pero pasada una semana, al organizar la poetisa una nueva fiesta, reaparecía el desterrado, siempre humilde y melancólico, encogiéndose como si temiese ocupar demasiado espacio en los salones de su mujer.

—Yo no sé—continuó una de las murmuradoras—para qué da estas fiestas estando arruinada. Fíjese en la mesa que nos ofrecerá luego. Los grandes pasteles y las frutas ricas que adornan el centro son alquiladas por una noche, lo mismo que sus domésticos. Todos lo saben, y nadie se atreve a tocar esas cosas apetecibles por miedo a su enfado. La gente se limita al té y galletas, fingiéndose desganada.

Cesaron en sus murmuraciones para aplaudir a la poetisa, y ésta, enardecida por el éxito, empezó a declamar nuevos versos.

Como a Robledo no le interesaba la maligna conversación de las dos señoras, y menos aún el talento poético de la dueña de la casa, aprovechó un momento en que ésta le volvía la espalda para saludar a sus admiradores, y pasó al gabinete donde había estado antes.

El mismo señor humilde y obsequioso con el que se había tropezado repetidas veces estaba ahora medio tendido en un diván y fumando, como un trabajador que al fin puede descansar unos minutos. Se entretenía en seguir con los ojos las espirales del humo de su cigarrillo; pero al ver que un invitado acababa de sentarse cerca de él, creyó necesario sonreírle, preguntando a continuación:

—¿Se aburre usted mucho?...

El español le miró fijamente antes de responder:

—¿Y usted?...

Contestó con un movimiento de cabeza afirmativo, y Robledo hizo un gesto de invitación, que pretendía decirle: «¿Quiere usted que nos vayamos?». Pero los ojos melancólicos del desconocido parecieron contestar: «Si yo pudiese marcharme..., ¡qué felicidad!»

—¿Es usted de la casa?—preguntó al fin Robledo.

Y el otro, abriendo los brazos con una expresión de desaliento, dijo:

—Soy su dueño; soy el marido de la condesa Titonius.

Después de tal revelación, creyó oportuno Robledo abandonar su asiento, guardándose el cigarrillo que iba a encender.

Al volver a los salones vió que todos aplaudían ruidosamente a la poetisa, convencidos de que por el momento había renunciado a decir más versos. Estrechaba efusivamente las manos tendidas hacia ella, y luego se limpiaba el sudor de su frente, diciendo con voz lánguida:

—Voy a morir. La emoción... La fiebre del arte... Me han matado ustedes al obligarme con sus ruegos insistentes a recitar mis versos.

Miró a un lado y a otro como si buscase a Robledo, y al descubrirle, fué hacia él.

—Deme su brazo, héroe, y pasemos al *buffet*.

La mayor parte del público no pudo ocultar su regocijo al ver que se abría la puerta de la habitación donde estaba instalada la mesa. Muchos corrieron, atropellando a los demás, para entrar los primeros. La Titonius, apoyada en un brazo del ingeniero, le miraba de muy cerca con ojos de pasión.

—¿Se ha fijado en mi poema *La aurora sonrosada del amor*?... ¿Adivina usted en quién pensaba yo al recitar estos versos?

El volvió el rostro para evitar sus miradas ardientes, y al mismo tiempo porque temía dar libre curso a la risa que le cosquilleaba el pecho.

—No he adivinado nada, condesa. Los que vivimos allá en el desierto, ¡nos criamos tan brutos!...

Se agolparon los invitados en torno a la mesa, admirando los grandes platos que ocupaban su centro, como algo imposible de conquistar. Eran magníficos pasteles y pirámides de frutas enormes, que se destacaban majestuosos sobre otras cosas de menos importancia.

Los dos criados que estaban antes en el recibimiento y un *maitre d'hôtel* con cadena de plata y patillas de diplomático viejo parecían defender el tesoro del centro de la mesa, dignándose entregar únicamente lo que estaba en los bordes de ella. Servían tazas de té y de chocolate ó copas de licor;



CAMARAFU

y en cuanto á comestibles, sólo avanzaban los platos de emparedados y galletas.

El viejo de las bufandas, al que llamaba la condesa *cher maître*, se esforzó sin éxito haciendo señas á un criado que no quería entenderle. Avanzaba un plato vacío para obtener un pedazo de pastel ó una de las frutas, señalando ansiosamente el objeto de sus deseos. Pero el doméstico le miraba con asombro, como si le propusiese algo indecente, y acababa por volver la espalda, luego de depositar en su plato una galleta ó un emparedado.

Robledo quedó junto á la mesa, cerca de aquellas materias preciosas y alquiladas defendidas por la servidumbre. La condesa abandonó su brazo para contestar á los que la felicitaban. Satisfecho de que la poetisa le dejase en libertad por unos instantes, fué examinando la mesa, con un plato y un cuchillito en las manos. Como el *maître d'hôtel* y sus acólitos estaban ocupados en atender al público, pudo avanzar entre aquella y la pared, y cortó tranquilamente un pedazo del pastel más majestuoso. Aún tuvo tiempo para tomar igualmente una de las frutas vistosas, partiéndola y mondándola. Pero cuando iba á comerla, la dueña de la casa, libre momentáneamente de sus admiradores, pudo volver hacia él su rostro amoroso, y lo primero que vió fué el enorme pastel empezado y la fruta despedazada sobre el platillo que el héroe tenía en una mano.

Su fisonomía fué reflejando las distintas fases de una gran revolución interior. Primeramente mostró asombro, como si presenciase un hecho inaudito que trastornaba todas las reglas consagradas; luego, indignación, y, finalmente, rencor. Al día siguiente tendría que pagar este destrozo estúpido... ¡Y ella, que se imaginaba haber encontrado un alma de héroe, digna de la suya!...

Se apartó de Robledo, y fué al encuentro del pianista, que rondaba la mesa, pasando de un criado á otro para repetir sus peticiones de emparedados y de copas.

—Deme su brazo..., Beethoven.

Al deslizarse entre dos grupos, dijo, mostrando al músico:

—Voy á escribir un día de éstos un libreto de ópera para él, y la gente se verá obligada á hablar menos de Wagner.

Se lo llevó al gran salón, que estaba ahora desierto, y le hizo sentarse al piano, empezando á recitar á toda voz con acompañamiento de arpeggios. Pero las gentes no podían despegarse de la atracción de la mesa, y permanecieron sordas á los versos de la dueña de la casa, aunque fuesen ahora servidos con música.

Los invitados de más distinción formaban un grupo aparte en la pieza donde estaba instalado el *buffet*, manteniéndose lejos de las otras gentes reclutadas por la Titonius.

Robledo vió en este grupo á los marqueses de Torrebianca, que acababan de llegar con gran retraso, por haber estado en otra fiesta. Elena hablaba con aire distraído, pronunciando palabras faltas de ilación, como si su pensamiento estuviese lejos de allí. Adivinando el ingeniero que la molestaba con su charla, fué en busca de Federico, pero éste tampoco se fijó en su persona, por hallarse muy interesado en describir á un señor los importantes negocios que su amigo Fontenoy estaba realizando en diversos lugares de la tierra.

Aburrido, y no dándose cuenta aún de la causa del abandono en que le dejaba la dueña de la casa, se dejó caer en un sillón, é inmediatamente oyó que hablaban á sus espaldas. No eran las dos señoras de poco antes. Un hombre y una mujer, sentados en un diván, murmuraban lo mismo que la otra pareja maldiciente, como si todos en aquella reunión no pudieran hacer otra cosa, apenas formaban grupo aparte.

La mujer nombró á la esposa de Torrebianca, diciendo luego á su acompañante:

—Fíjese en sus joyas magníficas. Bien se conoce que á ella y al marido les ha costado poco trabajo el adquirirlas. Todos saben que las pagó Fontenoy.

El hombre pretendía estar mejor enterado.

—A mí me han dicho que esas joyas son falsas, tan falsas como las de nuestra poética condesa. Los Torrebianca se han quedado con el dinero que dió el banquero para las verdaderas; ó han vendido las verdaderas substituyéndolas con falsificaciones.

La mujer acogió con un suspiro el nombre de Fontenoy.

—Ese hombre está próximo á la ruina. Todos lo dicen. Hasta hay quien habla de tribunales y de cárcel... ¡Qué rusa tan voraz!

Sonó una risa incrédula del hombre.

—¿Rusa?... Hay quien la conoció de niña en Viena, cantando sus primeras romanzas en un *music-hall*. Un señor que perteneció á la diplomacia afirma por su parte que es española, pero de padre inglés... Nadie conoce su verdadera nacionalidad; tal vez ni ella misma.

Robledo abandonó su sillón. No era digno de él

permanecer allí escuchando en silencio tales cosas contra sus amigos. Pero antes de alejarse sonó á sus espaldas una doble exclamación de asombro.

—Ahí llega Fontenoy—dijo la mujer—, el gran protector de los Torrebianca. ¡Qué extraño verle en esta casa, que nunca quiere visitar; por miedo á que su dueña le pida luego un préstamo!... Algo extraordinario debe ocurrir.

El ingeniero reconoció á Fontenoy en el grupo de gente distinguida, saludando á los Torrebianca. Sonreía con amabilidad, y Robledo no pudo notar en su persona nada extraordinario. Hasta había perdido aquel gesto de preocupación que evocaba la imagen de un pagaré de próximo vencimiento. Parecía más seguro y tranquilo que otras veces. Tal vez lo único anormal en su exterior era la exagerada amabilidad con que hablaba á las gentes.

Como el español seguía estudiándole de lejos, pudo ver cómo hacía una leve seña con los ojos á Elena. Luego, fingiendo indiferencia, se separó del grupo y fué aproximándose lentamente al gabinete solitario donde había estado al principio Robledo con la condesa.

Tomaba al pasar distraídamente las manos que le tendían algunos, deseosos de entablar conversación. «Encantado de verle»... Y seguía adelante.

Al pasar junto á Robledo le saludó con la cabeza, haciendo asomar á su rostro la sonrisa de bondad protectora habitual en él; pero esta sonrisa se desvaneció inmediatamente.

Los dos hombres habían cruzado las miradas; y Fontenoy vió de pronto en los ojos del otro algo que le hizo retirar el antifaz de su sonrisa. Parecía que hubiese encontrado en las pupilas del español el reflejo de su propio interior.

Tuvo el presentimiento Robledo de que se acordaría siempre de esta mirada rápida. Apenas se conocían los dos, y sin embargo hubo en los ojos de este hombre una expresión de abandono fraternal, como si le librase toda su alma durante un segundo.

Vió al poco rato cómo Elena se dirigía también disimuladamente hacia el gabinete, y sintió una curiosidad vergonzosa. El no tenía derecho á inmiscuirse en los asuntos de estas dos personas. Pero al mismo tiempo, le era imposible desinteresarse del suceso extraordinario que se estaba preparando en aquellos momentos, y que su instinto le hacía presentir.

Este hombre había necesitado hablar á Elena con una urgencia angustiosa; sólo así era explicable que se decidiese á buscarla en una casa como la de la condesa Titonius. ¿Qué estarían diciéndose?...

Se atrevió á pasar, fingiendo distracción, ante la puerta del gabinete. Ella y Fontenoy hablaban de pie con el rostro impasible y muy erguidos. Sus labios se movían apenas, como si temieran dejar adivinar en sus contracciones las palabras deslizadas suavemente.

Robledo se arrepintió de su curiosidad al ver la rápida mirada que le dirigía Fontenoy, mientras seguía hablando á Elena, puesta de espaldas á la puerta.

Esta mirada volvió á emocionarle como la otra. El hombre que se la dirigía estaba tal vez en el momento más crítico de su existencia. Hasta creyó ver en ella una reconvención. «¿Por qué te interesa, si nada puedes hacer por mí?...

No se atrevió á pasar otra vez ante la puerta. Pero obedeciendo á una fuerza oscura, más potente que su voluntad, permaneció cerca de ella, aparentando distracción y aguzando su oído. Reconocía la incorrección de su conducta. Estaba procediendo como cualquiera de aquellos murmuradores, á los que había escuchado por casualidad. Sin duda, el ambiente de esta casa empezaba á influir en él...

No era fácil escuchar lo que decían las dos personas al otro lado del quicio de la puerta. Además, los invitados habían empezado á bailar en los salones; y el pianista golpeaba rudamente el teclado.

Unas palabras confusas llegaron hasta él. La pareja del gabinete levantaba el tono de sus voces á causa del ruido. Tal vez las emociones de su diálogo les hacían olvidar también toda reserva.

Reconoció la voz de Fontenoy.

—¿Para qué frases dramáticas?... Tú no eres capaz de eso. Yo soy el que se irá... En ciertos momentos es lo único que puede hacerse.

La música y el ruido del baile volvieron á obstruir sus oídos. Pero todavía al humanizar el pianista por unos instantes su tempestuoso teclado, pudo oír otra voz. Ahora era Elena la que hablaba, lejos, ¡muy lejos!, con un tono de inmenso desaliento:

—Tal vez tienes razón. ¡Ay, el dinero!... Para los que sabemos lo que puede dar de sí, ¡qué horrorosa la vida sin él!...

No quiso oír más. La vergüenza de su espionaje acabó por vencer á la malsana curiosidad que le había dominado por unos momentos. Debía respetar el secreto que había hecho buscarse á estas dos

personas. Presintió además que el tal misterio iba á ser de corta duración. Tal vez durase lo que la noche.

Cuando volvió á la pieza donde estaba el *buffet* vió á su amigo Federico que seguía conversando con el mismo personaje; un señor ya viejo, con la roseta de la Legión de Honor en una solapa y el aspecto de un alto funcionario retirado.

Ahora era éste el que hablaba, después que Torrebianca hubo terminado la explicación de los grandes negocios de Fontenoy.

—Yo no dudo de la honradez de su amigo, pero me abstendría de colocar mi dinero en sus negocios. Me parece un hombre audaz, que sitúa sus empresas demasiado lejos. Todo marchará bien mientras los accionistas tengan fe en él. Pero, según parece, empiezan á no tenerla; y el día que exijan realidades y no esperanzas, el día que Fontenoy tenga que presentar con claridad la verdadera situación de sus negocios..., entonces...

IV

Robledo se levantó muy tarde; pero aún pudo admirar el suave esplendor de un día primaveral en pleno invierno. Una neblina ligera saturada de sol extendía su toldo de oro sobre París.

—Da gusto vivir—pensó al abandonar su hotel después de haber almorzado rápidamente en un comedor donde sólo quedaban los criados.

Paseó toda la tarde por el Bosque de Boulogne, y poco antes del ocaso volvió á los boulevares. Se proponía comer en un restaurante, buscando luego á los Torrebianca para pasar juntos una parte de la noche en cualquier lugar de diversión.

Estando en la terraza de un café compró un diario, y antes de abrirlo presintió que este papel recién impreso guardaba algo que podía sorprenderle. Tuvo el obscuro aviso de que iba á conocer cosas hasta entonces envueltas en el misterio... Y en el mismo instante sus ojos tropezaron con un título en la primera página: «Suicidio de un banquero.»

Antes de leer el nombre del suicida tuvo la certeza de conocerlo. No podía ser otro que Fontenoy. Por eso no experimentó sorpresa alguna al continuar su lectura. Los detalles del suicidio le parecían naturales, como si alguien se los hubiese revelado previamente.

Fontenoy había sido encontrado en su lujosa vivienda, tendido en la cama y guardando todavía en la diestra el revólver con que se había dado muerte.

Desde el día anterior circulaba por los centros financieros la noticia de su quiebra en condiciones tales que hacían necesaria la intervención de la Justicia. Sus accionistas le acusaban de estafa, y el juez iba á visitar aquel mismo día sus oficinas, lo que hacía esperar á muchos la prisión inmediata del banquero.

El colonizador leyó por dos veces el final del artículo:

«La muerte de este hombre deja visible el engaño en que vivían los que le confiaron su dinero. Sus empresas mineras é industriales en Asia y en Africa son casi ilusorias. Están todavía en el principio de un posible desarrollo y, sin embargo, él las presentó al público como negocios en plena prosperidad. Era un hombre que, según afirman algunos, tuvo más de iluso que de criminal; pero esto no impide que haya arruinado á muchas gentes. Además, parece que invirtió una parte considerable del dinero de sus accionistas en gastos particulares. Su tremenda responsabilidad alcanzará indudablemente á los que han colaborado con él en la dirección de estas empresas engañosas.

«A última hora se habla de la probable prisión de algunos personajes conocidos que trabajaron á las órdenes del banquero.»

Cesó de pensar en el suicida para ocuparse únicamente de su amigo. «¡Pobre Federico! ¿Qué va á ser de él?...» Y tomó inmediatamente un automóvil para que le llevase á la avenida Henri Martin.

El ayuda de cámara de Torrebianca le recibió con cierto aire fúnebre, como si hubiese muerto alguien en la casa. El marqués había salido á mediodía, así que supo por teléfono la noticia del suicidio, y aún estaba ausente.

—La señora marquesa—continuó el criado—se siente enferma, y no quiere recibir á nadie.

Robledo, escuchándole, pudo darse cuenta del efecto que había producido en aquella casa la muerte del banquero. La disciplina glacial y solemne de estos servidores ya no existía. Mostraban el aspecto azorado de una tripulación que presiente la llegada de la tormenta capaz de tragarse su buque. Robledo oyó pasos discretos detrás de los cortinajes, con acompañamiento de susurros, y vió cómo se levantaban aquellos levemente, dejando asomar ojos curiosos.

Sin duda, en las inmediaciones de la cocina se

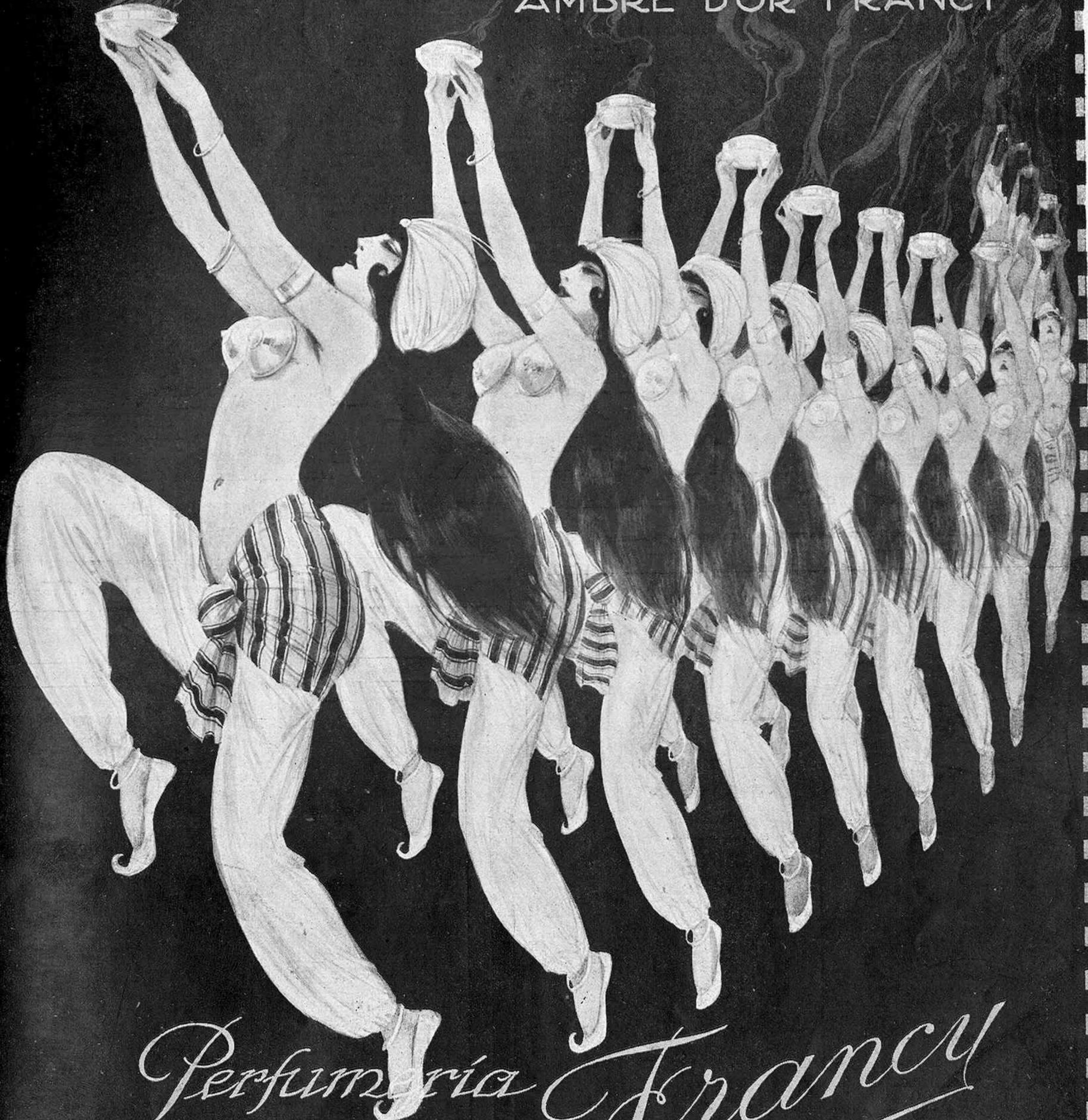
(Continúa en la página E)

Los mejores y mas finos perfumes de Oriente

ORIGAN D'OR FRANCY

CHYPRE D'OR FRANCY

AMBRE D'OR FRANCY



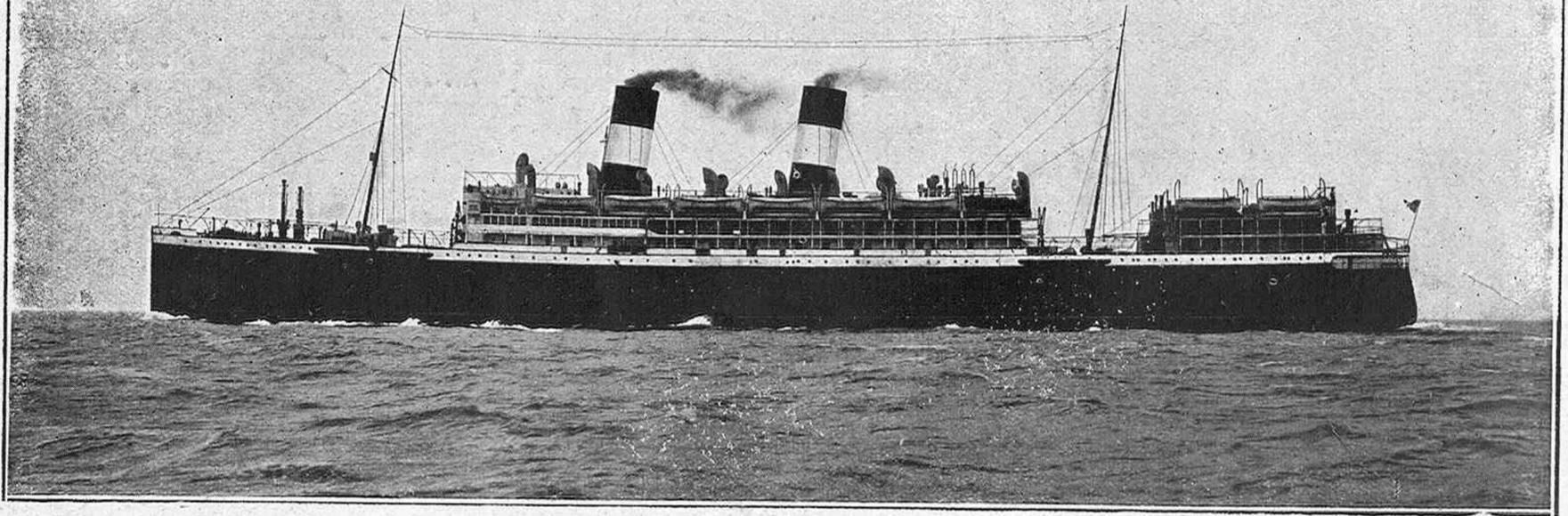
Perfumería Francy

MADRID—APARTADO 532
Y EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS

Perez Durán

Segundo viaje del transatlántico "Giulio Cesare"

•N•G•I•
GENOVA



**SUD AMERICA
EXPRESS**

'GIULIO CESARE'
de la NAVIGAZIONE GENERALE ITALIANA
27.000 toneladas — 4 hélices — Velocidad: 20 nudos hora

Salida de BARCELONA en su
SEGUNDO VIAJE, el
25 JUNIO 1922 para RIO JANEIRO,
MONTEVIDEO y BUENOS AIRES
Travesía de Barcelona á Buenos Aires en 12 días

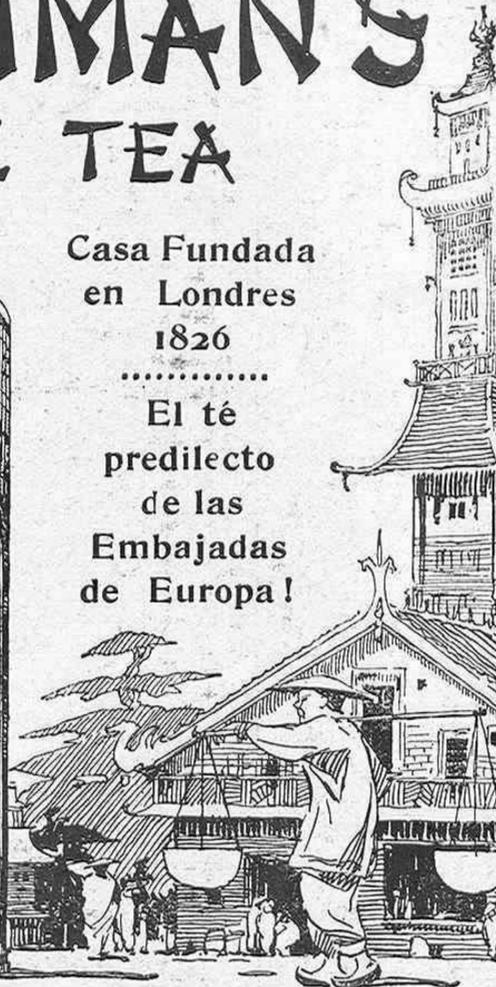
Agentes generales en España: Soc. "Italia-America", Barcelona, Rambla Sta. Mónica, 1 y 3.—Madrid, Alcalá, 47

HORNIMAN'S PURE TEA



Casa Fundada
en Londres
1826

.....
El té
predilecto
de las
Embajadas
de Europa!



REINE DES
CREMES
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU-PARIS

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse a Hermosilla, número 57.

Crossley



Coche de turismo de Crossley
de 196 caballos de fuerza

Automóviles Crossley para España

LOS automóviles Crossley tienen fama en todas partes del mundo por su belleza y excelente calidad. Los usan muchos de los miembros más distinguidos de la sociedad inglesa y fueron los únicos coches escogidos para acompañar oficialmente a S.A.R. el Príncipe de Gales durante su viaje a la India.

S.M. el Rey y la Reina de España usaron los coches Crossley durante sus visitas recientes en Londres.

Los automóviles Crossley son de los más elegantes del mundo. Son construidos con escrupulosa atención para asegurar a sus propietarios la mayor satisfacción. Tienen fama extraordinaria por su rendimiento, fuerza, velocidad y la facilidad con que vencen pendientes y quienes deseen adquirir un coche de elegantísimo acabado, con todas estas ventajas, no pueden hacer mejor elección.

Sírvanse pedir plenos pormenores.

Crossley Motors Ltd., Man-
chester Export Office, 30-31
Conduit Street, London W. 1.
Se solicitan agentes provin-
ciales

Agentes:
THE MOTOR CAR WORKS CO.,
15, Cooperage Lane,
GIBRALTAR.



S. M. el Rey Don Alfonso XIII en la inauguración del Concurso Nacional de Ganados, que se celebra actualmente en la Casa de Campo, y en la que hay ejemplares é instalaciones verdaderamente admirables

FOT. CAMPÚA

CÁMARA-FE

DE LA VIDA QUE PASA

EL FILÓSOFO POETA

¿Por qué no? La más genuina Filosofía, la Metafísica, es una alta y grave poesía que escucha, meditativa, la armonía de los mundos, y no hay verdadera poesía en cuyos ángulos líricos no exista algún eco misterioso del pensar filosófico. Si la Filosofía ha perdido su reputación poética, fué acaso porque los escolásticos la encerraron en las mallas de una nomenclatura adusta y de una estrecha red metódica que la obligó a plegar las alas, que antes pudieron abrirse en el diálogo antiguo de Academias y Pórticos. Fué como la princesa encantada de los cuentos, cautiva de unos encantadores repletos de silogismos, pero que ignoraban la sonrisa.

Nuestro filósofo poeta es José Ortega Gasset. El lector ha debido de adivinarlo, porque no hay otro. No sé si poetiza en el kantismo; pero como ensayista y como crítico, que son dos modalidades anejas, hace obra de poeta; la obra magna de los alquimistas de la poesía: creación, ya de delicadas y finas imágenes, ya de ideas aladas, que con su vuelo arrastran muy lejos nuestra visión. La crítica de sus ensayos tiene un valor constructivo, substantivo, y al mismo tiempo una gran eficacia formal. Están asistidos estos trabajos de la gracia de la forma. Ambas cosas son categorías poéticas.

ooo

Le he oído hace poco en el Instituto Francés una conferencia acerca de Marcelo Proust, el más sutil y fino de los nuevos novelistas de Francia. José Ortega Gasset habla tan bien como escribe, tan limpia y fluidamente. Sin embargo, yo apartaría de su elocuencia este título sonoro de orador, que por el uso evoca imágenes de vocero en los Foros ó de postulante en los Pretorios. La palabra orador deja en la imaginación una estela de pomposidad verbal, de aparato retórico, de sonoridad excesiva, que es difícil hacer rimar con cierta música suave y sutil de las almas. Puede ser sublime la oratoria en los momentos de electricidad colectiva, en que es la condensación de la voz de la multitud; pero como instrumento destinado á actuar sobre la vulgaridad de las asambleas, tiene que ser densa, sólida, demasiado material. Ortega es el tipo del conferenciante. La conferencia no viene de las Agoras agitadas, ni de los Pretorios severos. Su cuna fué más espiritual. Nació en el banquete antiguo, en el diálogo de los filósofos. Se desarrolló en los salones cultos, porque la conferencia no es más que el arte de la conversación, que ha salido del salón ó del cenáculo íntimo, para presentarse ante una concurrencia mayor, que conviene no sea demasiado crecida, porque la conferencia pide un cierto matiz de intimidad, que se traduce hasta en el tono de voz del orador. Es una conversación en que habla uno. ¿Pero no sucede eso en todas las conversaciones en que aparece una superioridad? Todos hemos podido observar el monopolio de la palabra, que insensiblemente adquiere en el banquete ó en el salón aquel que es el conversador por excelencia.

Mi admiración hacia José Ortega Gasset no es, por lo general, una actitud de asentimiento á sus pensares. En ella marchan mano á mano la simpatía y la contradicción. La palabra de este pensador tiene una gran virtud estimulante, es un poderoso excitante espiritual. El acero fino de su dialéctica hace saltar chispas. Muchas veces (hablo de mí, porque esto es cuestión de reflejo subjetivo) la sugestión que provoca es de contradicción, comezón de polémica, estímulo de lucha ó juego de las ideas, en que habría cierta temeridad en oponerse á este diestro púgil; pero que es una fuerte tentación y un íntimo homenaje, aquel género de homenaje que pide Nietzsche más de una vez á su lector.

ooo

De Marcelo Proust dijo muchas cosas sutiles y penetrantes. Creo que no se puede caracterizar mejor la índole de las novelas de Proust que llamándolas Memorias líricas. El papel y modo del recuerdo, no como medio instrumental para reconstruir una cierta realidad lejana, sino, al contrario, como un fantasma amado que vuelve al conjuro de las cosas, de esas cosas

«que tienen sus lágrimas»... y también sus sonrisas, me parece asimismo una observación muy certera, de eficacia definidora. No lo es menos el ser Proust un reflejo del amor á la vida de Francia, origen de su gracia, herencia helénica.

Siendo el conferenciante un filósofo, había de tender á colocar el objeto en el plano de las causas y á situar el fenómeno particular de una personal obra literaria en aquella posición y relación que le corresponde entre los fenómenos generales del pensamiento y el arte. En todo crítico que no responda sólo á una sensibilidad elemental, hay la tendencia á universalizar el caso y á conducirlo hacia la corriente de las interpretaciones históricas. Así, á propósito de Proust, Ortega habla del estado actual, histórico, del arte y aun de su íntima esencia. Estas consideraciones incidentales suelen ser, en un ensayo ó en una conferencia, tan importantes como el argumento. Aquí es donde empiezo á oír la voz de la contradicción.

¿Estamos en un momento de decadencia del arte? ¿Se ha roto en mil pedazos el espejo de la belleza, como dijo bellamente nuestro filósofo poeta? Hay momentos de crisis ó de transformación que á los contemporáneos parecen decadencias. Las decadencias sólo pueden ser identificadas *a posteriori*. La fragmentación del arte, de las letras singularmente, ¿no será un fenómeno parejo de la especialización científica? ¿No será la compensación y el efecto de la mayor penetración, de la mayor finura de percepción y de sensibilidad, que da un valor inagotable á cada aspecto?

¿Está agotada la novela? ¿No será que es otra cosa que en el siglo XVII, porque los nombres cambian de significación, y las palabras tienen su metempsicosis, su cambio de almas? Más que agotada, parece la novela difundida en todo, como un género imperial. Todo es novelesco: teatro, historia, periodismo. No se pueden te-

ner estas expansiones imperiales sin perder de lo específico, del primitivo carácter. La Roma del imperio no tuvo ya el sabor romano, cete-go, de la pequeña ciudad del Lacio, sobre cuyas siete colinas volaban, lejanos aún, los destinos de la dominación.

En su antirrealismo, Ortega Gasset evoca un pensamiento de Nietzsche: «La realidad sólo puede ser para el artista lo que el tablado para el bailarín: para tocarla con la punta del pie.» Pero aunque el bailarín se figure que rechaza desdeñoso al suelo con el pie, lo que hace es tomar impulso de él. Sin el apoyo de la realidad no podría alzarse el vuelo estético de la danza, la ascensión artística. Aunque el *noumeno* nos llame desde su velado santuario—maestro kantiano—, no podemos salir del fenómeno. Hasta para hablar de la hora que no existió, tenemos que pensar en una muestra de reloj y en otras horas que existieron.

Pero no nos entreguemos á la magia pérdida de las palabras. Son signos que cada cual interpreta, que hasta en sus evaluaciones históricas de más concreta apariencia dejan largo margen de diferencia. En las discrepancias de pensamientos, hay casi siempre una diversidad original de evaluación de las palabras que tiene algo de inefable, que son, á par que signo común entre los hombres, signo personal de cada uno que las emplea.

El signo de Ortega está lleno de gracia y elegancia. Es un verbo fino, sutil, matizado, pleno de sugestión. Una palabra alada y jugosa que se apodera del oyente. El mejor homenaje á su conferencia era la expresión interesada y expectante que se iba pintando en los rostros femeninos. Las oyentes suelen ser más difíciles que los oyentes. A Ortega, como á Bergson, le oían con la pasión con que se lee una novela.

E. GOMEZ DE BAQUERO



LLUVIA

La lluvia tiende sus cortinas
grises, tristes, luctuosas...
¡Lágrimas vespertinas
que deshojan á las rosas!

Las tristezas otoñales,
¡cómo entran en el alma! Lluve el cielo
con finas lágrimas letales.
Lloran sus rosas los rosales
tácitamente, sin consuelo.
Delicadeza... Dulces males...
Hojas mojadas en el suelo
sobre el verdín de los viales.

Fina arboleda idealizada
bajo un sopor de llanto inmenso,
como al través de un cendal denso...
Una humareda aletargada,
nube que sueña, triste y quieta.
Troncos de color violeta
entre la fina lluvia callada.

Las estatuas de la gloria
tienen frío... La fuente está mojada.
El agua se estremece como inquieta
mariposa argentada.

Bajo la lluvia todo expresa
un dolor mudo, interminable.
El cielo gris, llorando, besa
la tierra triste y lamentable.
La bruma, informe y lenta, vaga
y hace confusos giros, lejos.
La tarde, pobremente, se apaga
sin oros ni reflejos.

Hoy no hubo sol. ¡Monotonía
desoladora! El cielo se oscurece
como una brasa que se enfría.
¡Oh, qué tristeza! Avanza y crece
el gran misterio. El alma mía
llora angustiada bajo el cielo.
Y entre la lluvia se va el día
como llorando sin consuelo.

Rafael LASSO de la VEGA

ARTISTAS FRANCESES

Cora Laparcerie

TAL vez el Teatro francés sea el único que aún conserva el vigor necesario, la fuerza emocional suficiente para que se sumen á él los fervorosos entusiasmos, constantemente renovados, de una juventud que llena Conservatorios, Academias de Declamación, y que luego, ya en contacto con el público, le dedica por completo, día á día, lo más sano de su expresión y lo más bello de sus ilusiones. En Italia, en Inglaterra—no hablo de España, porque las actrices que no hacen el milagro de disolver la nieve de los años por el fuego de la inspiración no merecen llamarse actrices, á excepción de Catalina Bárcena—ha huído del teatro para dedicarse al arte fácil de la película una mocedad estudiosa y trabajadora de la que se hacía esperar la aportación de un valor nuevo, de una manifestación artística inédita, mediante el perfeccionamiento alcanzado por la rítmica constancia, que es signo de honestidad, en la profesión.

Pero en Francia, no. Ciertamente es que derivan actrices y actores que á la husma de cuantioso rendimiento dejan muerta ante la pantalla la expresión cálida de su voz; pero derivan sin que un solo instante abandonen su condición de actrices ó de actores, y hasta muestran junto á sus nombres, pues su crédito es así más firme, el de los teatros á que pertenecen. En Francia el artista escénico siente, y muy legítimamente, decidida fe por el arte á que se ha dedicado; y es porque el arte no sólo conserva, como antes menciono, el vigor necesario y la fuerza emocional suficiente, sino que se encuentra asistido del concurso de férvidas atenciones que le crean un ambiente que le eleva y le hace fuerte.

Y en ese ambiente es donde se pueden dar temperamentos de actrices tan excelsos como el de María Teresa Pierat, ó el de Cora Laparcerie-Richepin. De la gran comedianta de la Renaissance cuenta Nozière, con su desenfadada agilidad de pluma, no sólo algunos episodios pintorescos de su vida, sino ciertas crisis románticas que pueden haber actuado sobre el sentimiento y, aún más, sobre el temperamento. Sí. Cora Laparcerie casó con un poeta—con Jacques Richepin—, y ese casamiento fué como su romántico asidero á la vida.

Porque allá, en los años de mocedad, la que hoy, aún en plena juventud, es eximia artista, intentó poner entre ella y el mundo los religiosos paredones de un convento. Quiso ser monja, vestir hábitos y aquietar su espíritu en tormenta en la paz bienhechora de un claustro. ¿Llegó á realizar su deseo? No lo sé, pero nada importa saberlo. Tuvo, y vivió, la ensoñación romántica de su existir en la quietud solemne donde se abandona la existencia, y eso basta para marcar una línea descriptiva, sintomática, de su sentimiento y de su temperamento.

La paz espiritual sólo se desea cuando se vive en una continua lucha espiritual. Cora Laparcerie, pues, había de llevar á la escena, ya actriz, no la frialdad lunar de las horas que pasara como sombra en el claustro esclarecido, sino el fuego de sol que en esas mismas horas ardía en su corazón ebrio de belleza lírica... En aquellos instantes de su abandono del mundo; en aquellos instantes de calma monástica que pretendía desrealizar la realidad, la que hoy asombra á los públicos con la paradoja de su gesto duramente enérgico, unido á su voz suavemente musical, comenzó á ser actriz. Sí. No sentía en su sentimiento el sentimiento del claustro por ser claustro, sino el sentimiento lírico del claustro por ser lírico.

Aunque la Laparcerie no llegara á ingresar en un convento—ya antes digo que la especie de sus fervores monacales arranca de frases veladas de viejas revistas francesas—, el sentimiento lírico con un dejo místico está latente en ella. Es como á modo de una hoguera de la que se fuera desprendiendo la llama cálida, viva, multiforme de su recitación. Su voz recorre todos los tonos y tiene todas las gradaciones; acaricia y maltrata; se adolora y gime, se encoleziza y hiere; posee la expresión apagada de la tristeza y la fuerza emocional de la pasión ardiente y continuada. No es una actriz más; es una actriz que ha trabajado constantemente para mostrar en su arte una línea suya, característicamente personal. Y lo ha conseguido. A ninguna actriz actual se le parece, ni de ningun-



Cora Laparcerie-Richepin, directora del Teatro de la Renaissance

na actriz del pasado, de aquellas maravillosas actrices del siglo XVIII francés—la Clairon, la Dumesnil, la Arnould—, tiene parecido. Es hija de la época actual, del ambiente artístico de la época actual, y, ¿por qué no decirlo?, del sicopatismo de la época actual.

ooo

Cora Laparcerie-Richepin es una de las comediantas predilectas del público de París. ¿Sabéis la enorme importancia que tiene ser la actriz predilecta del público de París? Pues tiene más importancia que la que puede alcanzar un torero siendo el ídolo de los públicos de España, porque hasta en la admiración hay categorías, y hay categorías, sencillamente, por establecerlas el distinto nivel mental de los que saben admirar á una actriz y de los que siguen con creciente entusiasmo, con locura menopáusica, á los toreros... Ser la actriz predilecta del público de París es la celebridad; es que sus gestos, sus ademanes, sus vestidos, la manera de llevar un guante ó de poner una flor, de iniciar una sonrisa ó de pronunciar una palabra, se comente y luego se copie con alabanzas y ditirambos. Cora Laparcerie es lo que antes fué, durante aquella florida juventud que duró cuarenta años, Cecilia Sorel, cuyas opiniones eran oídas y á veces atendidas en el viejo Palacio de Borbón.

Y por si su arte no fuese lo suficiente para llegar á la celebridad, casó con un poeta, con Jacques Richepin, que á sus méritos propios une el prestigio poético de un apellido ilustre entre los ilustres en los anales de la poesía francesa. En Francia existe, hondamente sentido, el culto á los poetas, porque de la poesía se tiene aún

una idea elevada, y al poeta se le cree un hombre casi perfecto al que su talento le pone en comunicación directa con los dioses. Cora Laparcerie á su celebridad ha unido la de su marido, el fuerte poeta autor de *Molière et son Ombre*, el delicado y lírico poeta, autor de *Le minaret*.

De entre todas las actrices francesas de la *avant-guerre* y de la *post-guerre*; de entre las que hoy ocupan el primer puesto en los carteles de los teatros de París—la Sylvie, la Brandis, la Levallière, la Mary—, la Laparcerie ocupa el primer lugar; y lo ocupa no merced á la casualidad ó á la intriga, sino por fuero de su talento. Su arte, repito, no es vulgar, y tiene, firmemente acusadas, dos facetas que si son diametralmente opuestas y están normativamente distantes, se ajustan y se completan, se enlazan y se ponderan; me refiero á su volubilidad graciosa, de gran vodevillista, junto con su gesto heroico de gran trágica.

¿Acaso con estas condiciones, planeando sobre su vida la poesía, no es fácil que se abran de par en par las puertas de oro de la celebridad?...

ooo

¡Oh, la celebridad! Parece dispuesta para ella. Los autores que buscan ir al encuentro de su suave caricia, la hacen intérprete de sus obras. Carlos Enrique Hirsch, que ha concebido las emocionales escenas de *La danseuse rouge*, buscó el talento, el arte nuevo y genial de la Laparcerie, para que llevase á la escena, dotándola de vida y de nervios, la figura ya lejana, empoemada por el dolor y por la desgracia, de Mata-Hari.

LUCIANO DE TAXONERA

CUENTOS DE "LA ESFERA" SIN CARETA

EN la oficina se había dado la hora más temprana que de costumbre, á causa de una solemnidad oficial anunciada para primera tarde, y al salir, Somoza le propuso á Martínez:

—¿Quiere usted que paseemos un rato? Martínez aspiraba á sorprender á su novia, aguardándola en las inmediaciones del obrador; pero no se atrevió á desairar la oferta de Somoza, que era el más influyente del Negociado y le distinguía con su aprecio.

—Bueno. Como usted guste. Echaron á andar juntos por la ancha calle de Alcalá, confundiendo con una multitud desocupada que disfrutaba el sol de la mañana de-cebrina. A plena luz, la ropa de Martínez, tan vulgar y tan modesta, se diría más modesta y más vulgar en contraste con la correcta indumentaria de Somoza, y hasta los tipos de ambos ofrecían la misma falta de similitud: pusilánime é insignificante el uno, aun con todas las ventajas juveniles; maduro el otro, de una madurez que obtendría mayor número de sufragios femeninos en parangón con los veinticuatro años sosos del primero, evocaban la idea de una primavera tímida y un estío pletórico.

Al llegar á la puerta de uno de esos establecimientos que se instalan en el mejor trozo de la calle y tienen un aspecto indefinible, mezcla de *bar* americano, de café castizo y de parisien-se *restaurant* nocturno, Somoza invitó al joven:

—¿Le parece que tomemos el aperitivo aquí?

—Me es indiferente el sitio. Y entraron. Un local con pretensiones decorativas algo rígidas, de un vago Luis XVI; un público compuesto de gomosos, de nuevos ricos y de impuras internacionales. Se acercó un camarero muy británico.

—¿Qué prefiere usted, Martínez? No prefería nada. —Cualquier cosa. —*Cock-tail*, ¿eh? —Sí. *Cock-tail*.

—Dos *cock-tails* de *cognac*. —La verdad es que agrada poder salir de la oficina á esta hora—observó el convidado, que era expansivo por naturaleza, y, además, estaba conmovido por las deferencias de Somoza—.

No hay nada como la libertad. —Y, sin embargo, más ó menos pronto, la perdemos todos ó casi todos por nuestro propio gusto.

Se refería á su inminente matrimonio con una opulenta heredera.

—Sí. Claro—condescendió su compañero. Y envidió á Somoza con honda admiración de su alma. Mientras algunos no se casaban por

miedo á las escaseces de dinero, aquél lo hacía, sin duda, para dejar en seguida la oficina y poseer automóvil. ¡Qué suerte la de ciertas personas!

El camarero trajo los aperitivos, preparándolos con limpieza, y Martínez tomó un sorbo del suyo: sabía mal; era una mezcla absurda de licores y jarabes; pero lo paladeó como si lo saboreara con deleite, dispuesto á que Somoza no le tachase de ordinario.

—Oiga, amigo Martínez: ¿tiene usted libre esta tarde?

—Hasta las siete—respondió el interpelado, tomándose otro sorbo del *cock-tail*, que sabía á demonios, decididamente.

—Me alegro, porque así podrá prestarme un gran servicio..., siempre que eso no le moleste.

—¿No, hombre! ¡Qué ha de molestarme!

Volvió á beber para acabar cuanto antes con la antipática mixtura; pero Somoza le llenó de nuevo el vaso con amable solicitud.

—Verá usted...

Y le contó una historia. Iba á casarse, conforme no ignoraba el joven, y contaba con liquidar en absoluto su vida de soltero. Somoza, igual que todo célibe, había tenido varios trapicheos, y el último duraba aún; era preciso terminarlo á todo trance; y como la mujer con quien proyectaba concluir adolecía de un sentimentalismo exagerado y á él le irritaban las escenas dramáticas—una simple cuestión de temperamento—, se le había ocurrido que un buen amigo suyo la revelara la noticia de su próximo matrimonio. La pobre lloraría; acaso amenazará con un espectáculo en la ceremonia de la boda, y entonces quizá resultase conveniente ofrecerle algún dinero, aunque lo probable sería que se limitara á exteriorizar su pena, á llamar canalla al seductor y á marcharse muy afligida luego.

Martínez bebía poquito á poco, escuchando con asombro á su interlocutor.

—Para esa comisión he pensado en usted, porque otros no me inspiran confianza... Comprendo que el papel que le adjudico es ingrato; pero comprenda usted, á su vez, que no debo verla, pues ella ó yo ó ambos empeoraríamos la situación, de seguro: figúrese una histérica y un impulsivo...

—El caso es que...

—Sin compromiso, Martínez. Está usted en su derecho á negarse si estima que abuso de nuestra amistad. No desconozco que se trata de un favor inmenso; y si á usted le cuesta mucha violencia... La he citado para hoy á las cuatro de la tarde en mi *garçonnière*, de la que ella guarda una llave; cuando vaya y se encuentre á otro hombre en mi lugar, usted me disculpa, arguyendo que no me siento con ánimos para presentarme á ella; que me voy á casar; que me olvide... En fin: lo de rigor en estas circunstancias. Después de todo, usted se halla al margen del asunto, y ha de estar menos cohibido que el interesado.

—Por supuesto.

—¿De modo que acepta?...

Martínez se sorbió de un trago lo que le restaba de su *cock-tail* —¡por fin!—y aceptó, suponiendo que Somoza le quedaría agradecido y tal vez le sirviese de mucho en adelante. El otro le facilitó las señas y la llave de la *garçonnière*, recordándole que fuera antes de las cuatro para



estar ya allí cuando se presentara la víctima. Y después de despedirse con palabras entrecortadas, el ingenio, al pisar la calle, se notó un tanto mareado...

ooo

La *garçonnière* no era un modelo de refinamiento; pero al oficinista se le antojó de una elegancia cabal. Como no estaba abierta más que una habitación, penetró en ella, conjeturando que allá se dirigiría la mujer, y respetó el misterio de los otros cuartos. El que había escogido para esperar ostentaba un relativo orientalismo de mantones alfombrados en el amplio diván y en las cortinas, amén de la consabida mesita árabe, del consabido espejo y del consabido tapiz turco; en las paredes, tendidas de una tela con motivos persas, imágenes de pájaros y paisajes japoneses manufacturados en Europa; del techo pendía por encima del diván un farol realmente exquisito.

Ya estaba pesaroso de su complacencia. Había tenido la culpa el *cock-tail*... Y disipada por completo su ligera embriaguez, sentía una leve aprensión de que todo aquello fuese una especie de encerrona, un endoso forzado... No debía haberse comprometido; los asuntos sentimentales los solventa cada cual á su modo, sin recurrir á terceras personas que le saquen á uno del apuro.

¿Cómo sería ella? ¿Una muchacha candorosa ó una experta matrona? Su amigo no le había dicho nada á este respecto, y, sin querer, el visitante se doblegaba á una curiosidad irreprimible... ¿Morena ó rubia? La preferiría rubia, porque suelen ser de un natural más dulce... ¿Y si se desmayaba?... A medida que iba recapacitando acerca de ello, advertía la gravedad del compromiso en que se había metido. Luego rió á la idea de que ella se mostrara insinuante y saliese él de allí con una querida deliciosa.

Las cuatro y cuarto. Lo mejor sería que no acudiera la emplazada, negándose él entonces á repetir su abnegación. Cogió el sombrero, resuelto ya á marcharse y á decir que había estado aguardando cerca de una hora; pero de pronto sonó la llave que daba acceso al nido.

Martínez se puso densamente pálido, y por las piernas le corrió un ridículo temblor nervioso; para no delinquir, se encomendó al recuerdo de su fiel Araceli, la novia hacendosa, la novia buena, con el mismo fervor con que se encomendaría á una santa.

En el pasillo resbalaban pisadas amortiguadas por la alfombra, no tardando en agitarse una cortina y en resonar un doble grito:

—¡Tú!
—¡Araceli!

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

DIBUJOS DE R. BERNARDO



El solemne momento



La vida es más monótona que una sesión en el Senado; pero el hombre, afortunadamente, halla manera de intercalarle, «á modo de trufado», instantes que él juzga absolutamente solemnes y, lo que es peor, decisivos para el resto de su existencia. Estos son aquellos en que cobra su primer sueldo, en el que le dan la primera bofetada en un baile, cuando visita á un político empingorotado ó en el que ha de declarar su volcánico amor á la morena ó rubia que le ha flechado completamente. Este último, sobre todo, acelera el corazón de tal modo, que el interesado no tiene más remedio que pensar: «¡Qué barbaridad! Parece que tengo el despertador dentro del pecho.»

La Humanidad no ha estudiado detenidamente que semejante caso no tiene nada de particular ni es nuevo: es de la misma antigüedad que el Mundo. Adán se declaró á Eva, y ésta, equivocándose, en vez de hortalizar, dándole calabazas, fruteó, dándole la célebre manzana que ha hecho que luego andemos por ahí teniendo que pagar las peras á cuarto. ¿Cómo nos vamos á extrañar que todos los mortales—y aun los que no lo son, como los académicos y los pelmazos—sigan por el derrotero que les marcó el primer hombre? Indudablemente que no tenemos derecho, y cuando vemos á un amigo en guisa de hacer semejante tontería, no tenemos más remedio que dejarle, diciendo: «Es la ley fatal. Este desgraciado trata de empeñar su libre albedrío y romper luego la papeleta; pero hay que dejarle.» ¡Ah! Si todos supieran la cola que trae luego ese acto, al parecer tan sencillo de decir: «¡La amo á usted!» Son poquitas palabras, ¿verdad? Pues ellas bastan para dar cuerda á toda la vida.

El que trata de dar semejante paso, juzga

aquello el instante más solemne de su vida, y luego, cuando tiene que pagar las consecuencias y echa de menos las manos para tirarse de los pelos, es cuando exclama: «¡Y pensar que fui tan idiota que si no me dicen que sí, me hubiera tomado unas pastillas de sublimado!»

Pero no se las tomó, sino que, sintiéndose satisfecho de la existencia, cogió su mejor traje, adquirió un ramo que parecía una banderilla de lujo, de esas que clavan á los toros en las corridas de beneficencia, y se dirigió á casa de su adorado tormento para caer postrado á sus pies, diciendo: «¡Ah! Me hace feliz completamente.»

La interesada, por su parte, presa de casi la misma emoción, deja que su mirada vague y oscile entre el ramo y el rostro del pretendiente, para pensar, en la mayoría de los casos: «Me parece que éste ya ha caído. ¡Jesús, y qué cara de idiota tiene el pobrecillo!»

Cuestión psicológica interesantísima sería el averiguar el efecto que causa en las muchachas el trascendental acto de recibir una declaración amorosa; pero, ¡cualquiera las confiesa y arranca la verdad! A los hombres no les ocurre lo mismo, y tan pronto han recibido el anhelado sí, corren en busca de alguien á quien hacer participe de la alegría que les rebosa por encima del cuello de la camisa.

—¡Qué muchacha más preciosa!—dicen—Creo que he hallado mi felicidad.

Y lo que han hallado es una ciudadana que les gruñirá si salen todas las noches, que no sabrá ni dirigir la confección de unos macarrones al *gratin* y que les pondrá en relación con una porción de amigas ñoñas que no tiene interés en conocer y, lo que es peor, con modistas y sombrereras que le harán pagar muy cara la idea que tuvo de ponerse su flamante traje, adquirir su ramo de flores y echarse á los pies de la muchacha asegurándole que suyo ó del claustro.

¿Está bien organizada la vida? ¡Ah! Ese será tema que hoy no, hemos de tratar, dejándolo para una serie de conferencias en el Ateneo ó en el Centro de Retirados de Ultramar. Baste decir que así nos la hemos encontrado y así hemos de continuarla. El acto aquel de papá Adán ha marcado la norma de «petición de mano» que la Humanidad ha seguido poniendo en práctica.

Y adelante con los faroles y, como es natural, con los ramos, que son símbolo de felicidad y que muchas veces se truecan en manojos de espinacas que nos amargan para toda la vida.

Y ustedes perdonen el pesimismo.

A. R. BONNAT

DIBUJO DE PÉREZ DURIAS

AVE TERRERA

(Tema lírico para una novela poemática)

Tierra arada en surcos unánimes.
 Obra del buey, de firme y lento paso.
 Animal majestuoso, como un Dios;
 dócil y de provecho, porque está mutilado.
 Uncido al yugo, arrastra
 la reja de acero. Zaguero, en la mano
 la esteva asida, el terruñero
 enjuto, correoso y encorvado,
 como un interrogante, sobre el cielo.
 Entre dos terrones, un escarabajo
 se muestra. Zaino, menudo, cornudo,
 es al modo de un pobre buey frustrado.
 He aquí que los dos terrones se animan
 y, como piedras de honda ó flechas de arco,
 el uno—y el otro, á seguida—
 surten, al azul, disparados.
 Suben. Suben, en derechura.
 Y según suben, van cantando.
 Son dos alondras. Aves terreras. Y altaneras.
 Música de las esferas, infundida en seco barro.
 No quiere ser menos el escarabajo.
 Lánzase altivo en un gran vuelo.
 Alzase apenas cuatro palmos.
 Y cae al polvo del camino,
 sobre el despojo estercolario
 de las mulas de la arriería.
 Y las alondras siguen volando
 más arriba; aún más arriba;
 cara al sol, enclavado
 en la clave del arco del cielo.
 El sol, que es como un grano
 de oro ardiente,
 perteneciente al trigo paradisiaco,
 que hace fecundo el surco abierto
 por el sol, el buey y el arado.
 El sol, cuya es tanta la lumbre
 que los ojos deslumbra y torna opacos.
 Desde el aire, ven las alondras
 en lo hondo, á la linde de un prado,
 fulgores breves y sutiles,
 al modo de pequeños pedazos
 ó migas de fuego que hubieran caído á la tierra
 desde el sol, hirviendo y dorado.
 Una de las alondras
 tuerce el vuelo hacia abajo,
 atraída del espejuelo,
 y es presa en una red de cáñamo.
 La otra sigue subiendo.
 Está á cada aletazo
 más vecina del sol.
 Y es cada vez más puro su canto.
 Y ya es una gota de luz
 (antes era un terrón, entre terrones áridos).
 Ya la pella de tierra inerte
 en el éter se ha meteorizado.
 Ya supera y excede la región de las águilas.
 Cae de su garganta un rosario
 de perlas, más lucientes que el propio sol.
 Ya es una nota en el acorde soberano
 de la música sideral.
 Ya penetra en la esfera de los divinos pasmos.
 «Trasumanar significar per verba
 non si poria.» Ya el aire es tan delgado
 que á las alas les falta apoyo
 y al pecho respiro. ¡Cuitado
 corazón! De emoción se le ha roto,
 y la alondra cae muerta al polvo originario,
 una gota de sangre en el pico,
 y en la frente la quemadura del apolíneo dardo.

Ramón PÉREZ de AYALA

LÁMINAS DE MARRUECOS

COMO en los tiempos de Wamba y como en las ciudades bíblicas, así están los campos y así viven en los campos y en las poblaciones marroquíes los descendientes de nuestros abuelos del Andaluz; los fundadores y creadores de los imperios agrícolas de la vieja Andalucía, la Andalucía de las acequias maestras y de las torres granadinas.

Ese moro labrador de la *Chauia*, haciendo su obra de santificación de la tierra en los campos de Fez, yo lo he visto igualmente en los del Rif y Tetuán. Y ese es el mismo hombre que todavía continúa la bíblica tradición del arado, aunque la civilización se resienta de la sencillez trabajadora de estos incultos cultivadores de la tierra.

¿Y no véis en esa realísima estampa de qué manera tan cristiana ó franciscana el campesino marroquí, con su semidesnudez de bárbaro, hermana al soberbio toro con el humilde borriquito? Vedlos. Su gracia es tan encantadora como evocadora.

Del mismo modo, he ahí á los Dioses del Campo y los Penates del hogar marroquíes. Estas son las célebres cigüeñas de Rabat, que han sido recantadas en los romances morunos y en las historias tradicionalistas del país, desde Fez y Rabat hasta Casablanca y Tetuán. La cigüeña es inviolable. Infunde á los moros el respeto sagrado de los antiguos ídolos.

Y el sentido práctico, la utilidad ó conveniencia de esta veneración no excluyen el espíritu religioso y hasta el fanatismo. Yo he oído contar en Rabat y Tetuán leyendas peregrinas, que elevan á la cigüeña á pájaro sagrado.

Y el hecho es que si el moro la venera con su religión, también le mueve su razón de hombre de la tierra, de labrador de la tierra, la que da el buen trigo, y de la que es la cigüeña limpiadora y cuidadora, ¿de orden, ó por mandato divino?

También la concede su humanidad. Así, las cigüeñas heridas ó enfermas tienen refugios hospitalarios. Y esta cuidadosa ternura del moro hacia estos curiosos animales, contrasta con su cruel barbarie de guerrero hacia ó contra el hombre. Si las miráis en su estampa, veréis que también ellas parecen poseídas y engreídas de su «personalidad». Tales son sus graciosas posturas de dominadoras, pero buenas; y tales son sus perfiles hieráticos, como de Diosas y Esfin-



Peregrinación á Muley Idris
Santo Fundador

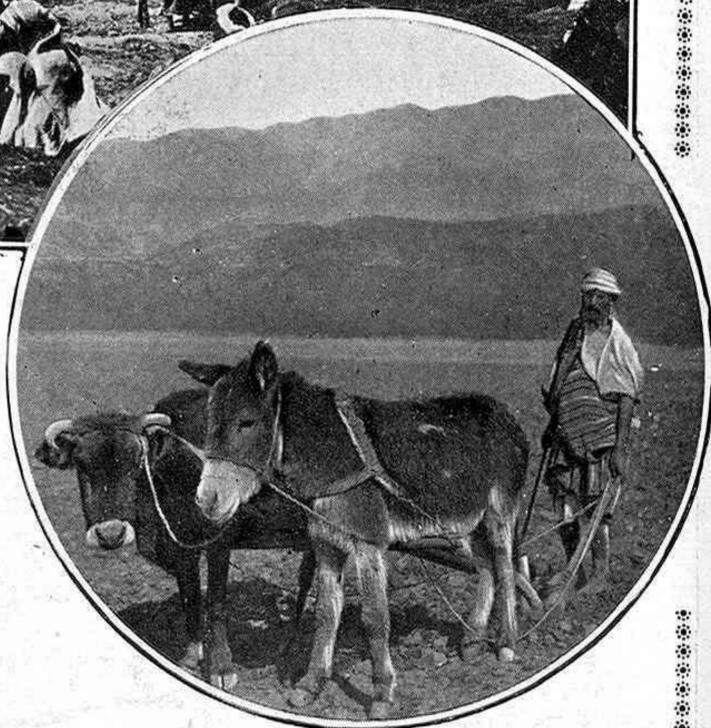
ges que encierran el secreto de la vida ó que disponen del porvenir de la tierra y del hombre.

Para las cigüeñas, también para ellas, que viven de la tierra y para la tierra, aunque siempre están como vigías del cielo, los moros celebran sus oficios sagrados, no sólo ya en los tiempos de Pascua, sino en los de sequía; y hacen sus peregrinaciones á Muley Idris, pidiendo que el agua bendita descienda á sus secos campos, donde las cigüeñas se mueren de sed y los hombres se consumen de desesperación.

Y esos son los *Aissauas*, formando el círculo ritual, con la víctima propiciatoria en el centro. Ofrecen el hombre á su Dios. Esta Cofradía de la sangre presencia sus ritos y asiste á sus rogativas— como las de pro lluvia — con cánticos religiosos y algarabias guerreras.

Y allá van de peregrinación á Muley Idris, como los católicos á Roma y Lourdes. Y allí están acampados y prosternados frente al santuario del Santo Fundador, al que piden el agua de los cielos para la tierra y para sus buenas cigüeñas y para sus pintorescas yuntas de dóciles asnillosy mansos bueyes.

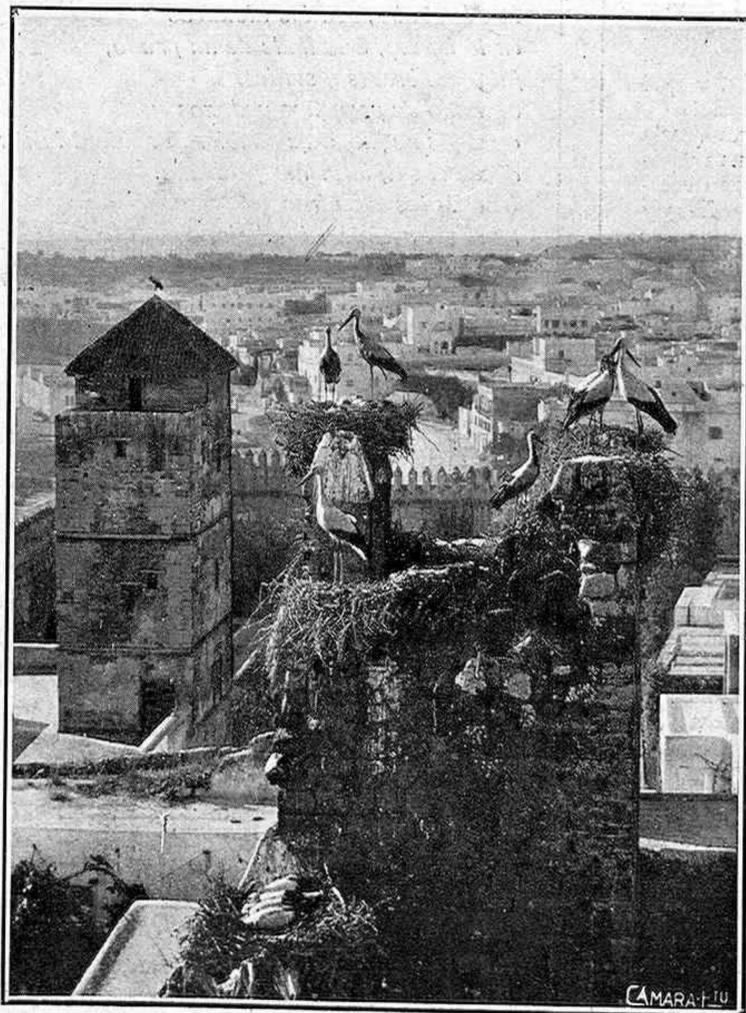
¡Bíblico Marruecos, el de las cigüeñas y los arados; el de las mezquitas y las peregrinaciones; el de Oriente y Occidente, desde el Rif, tan seco, tan sin ciudades ni cigüeñas ni camellos bíblicos, hasta Tetuán, la noble y burguesa, y la campesina y tejedora de floridas chilahas; la escondida *Chauen*, y la campaña encantadora de Tánger y Casablanca, y



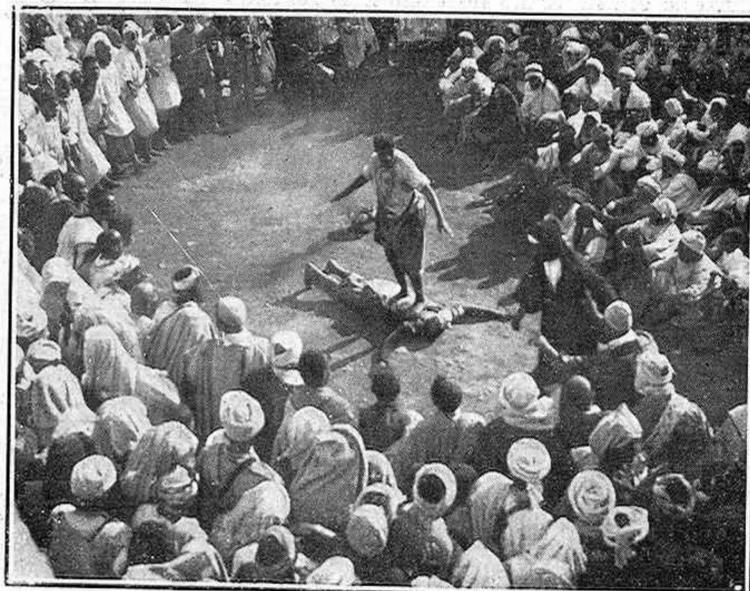
Campeño de «Chaula»
(Zona francesa)

las llanuras de huertas y granjas de entre Rabat y Fez, pasando por Marrakech, la monumental, aristócrata y guerrera, y *Kinitra*, la industrial — ciudad del corazón de Marruecos y de la zona francesa —, compuesta de trabajadores españoles: sólo de españoles! Que la paz de estas láminas, la del labrador en su campo, la del ave en su nido y la del hombre en su fiesta, en su costumbre y su viaje vuelva á vosotros por nosotros, todos hermanos. Amén.

FEDERICO NAVAS

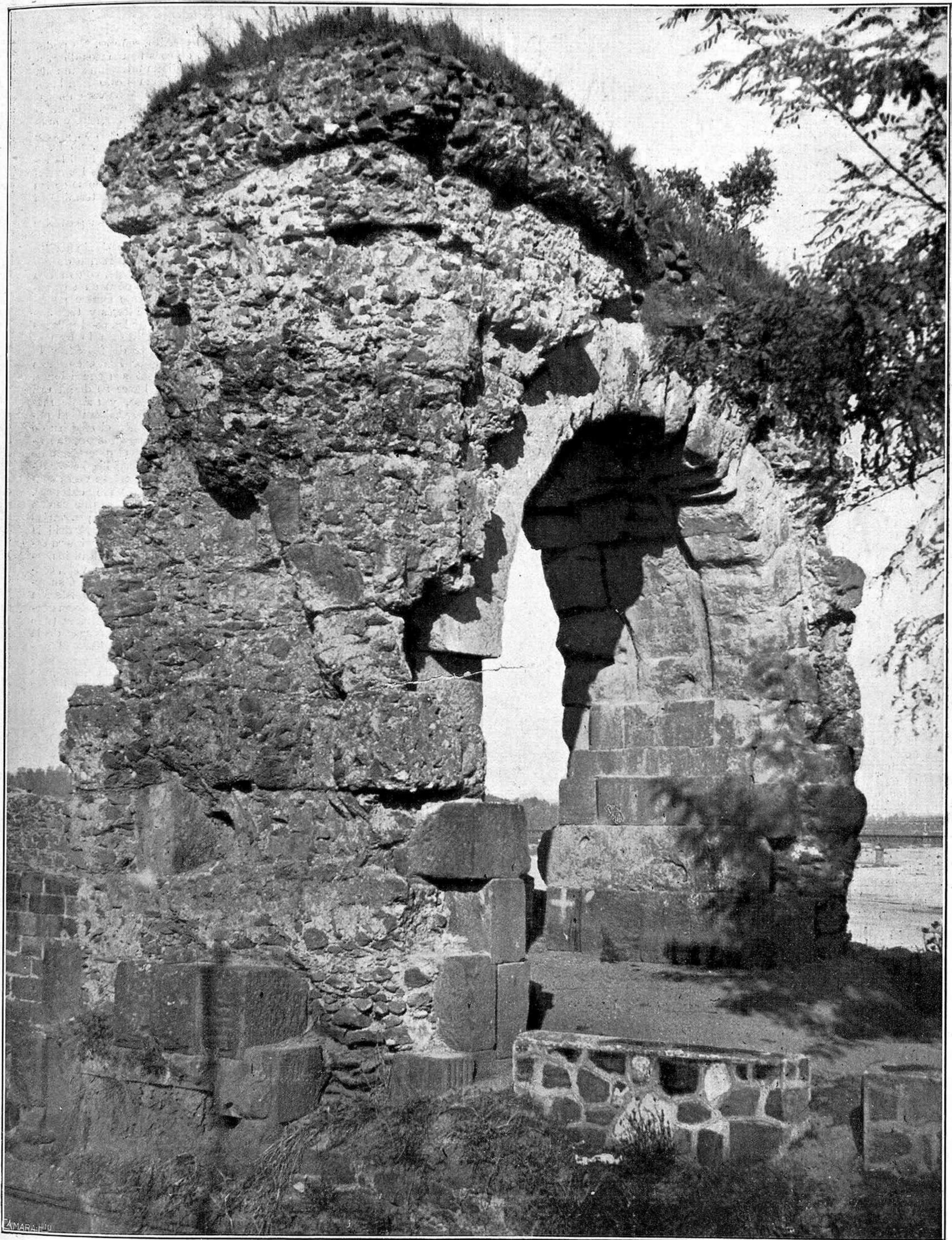


Las cigüeñas de Rabat en sus famosos nidos



La Cofradía de los «Aissauas» en uno de sus ritos de sangre

LA ESFERA
ESPAÑA MONUMENTAL



Arco del Triunfo, de la época románica, que tiene á su entrada el puente del Diablo, sobre el río Llobregat, cerca de Martorell (Cataluña)

FOT. PEDRO CANO BARRANCO

DEL TIEMPO PASADO

CONFERENCIA con el alma de D. Francisco Camprodón, autor de *Marina* y de muchas zarzuelas aplaudidas y celebradas.

Continúo evocando el espíritu de los hombres de algún valer, y acudo al de Francisco Camprodón para que me cuente cosas relacionadas con el estreno de su zarzuela *Marina*, que, á pesar de su *ancianidad, sigue, cada vez más joven, coqueteando* por esos escenarios de Dios, siempre solicitada y requerida.

—¿Cuándo fué estrenada tu popular zarzuela?—le preguntó.

—En 2.º de Septiembre de 1855, en el Teatro del Circo, que fué edificado en 1841 para dar funciones acrobáticas. Después convirtiéndose en teatro de ópera, y en él trabajaron Tamberlick, Bellini y Ronconi. Más tarde actuaron allí Matilde Díez, Teodora y la niña Elisa Boldún (que muy pronto llegó á ser gloria legítima de la escena española), Romea, Arjona y Valero.

Como dato curioso, te diré que cuando en 1859 se representó en dicho teatro *La campaña de la Almudaina*, un crítico dijo al día siguiente en su periódico:

«Lástima que las facultades de Teodora y de Valero vayan decayendo, hasta el punto de tener que apelar, en las grandes situaciones dramáticas, á gestos y escenas mimicas que desvirtúan y falsean la verdad.»

Gracias á estas saludables advertencias, los *decadentes* comediantes se *enmendaron*, mereciendo que la escena patria se honrara con los prestigiosos nombres de tan eminentes artistas.

El Teatro del Circo adquirió su mayor y más entusiasta celebridad cuando en él actuó una Compañía francesa de bailes de espectáculo. Al frente de ella se hallaba la preciosísima bailarina Guy Stephani, con el famoso—pero no precioso—Petipá. El éxito más delirante para la linda artista fué cuando se decidió á bailar el *Jaleo de Jerez*, composición de Victoria Vera, y música del maestro alemán Skozedopole. Toda la Prensa estuvo conforme en que aquella bailarina francesa bailó con la gracia y garbo de una saladisima española.

En aquel Coliseo se estrenó en Febrero de 1853 *El dominó azul*, con música del maestro Arrieta, ya conocido y aplaudido por su ópera *Ildegonda*, representada la primera vez (Octubre de 1849) en el Teatro del Real Palacio. Barbieri sacó la copia de los papeles de voces y orquesta, desempeñando la plaza de *suggestore* en todos los ensayos de la obra.

El éxito de *El dominó azul* fué clamoroso, como decís ahora, en cuanto la *claque* os aplaude por mandato vuestro. Salimos á escena Arrieta y yo al final de la representación, porque entonces no era costumbre llamar al autor á cada momento, según se hace en la actualidad. Se aplaudía durante el curso de la obra y, al terminar, el público emitía su fallo definitivo, haciendo repentinamente y por pasmoso instinto el balance de los defectos y de las bellezas de la producción dramática cuya representación acababa de presenciar.

Yo quedé encantado de la música de Arrieta, que era en sus gustos aristocrático, en su conversación, ameno é ingenioso, discreto y ocurrente. Por esta razón escribí para él mi *Marina*, cuyos canta-

bles yo le dictaba desde el lecho del dolor. Me hospedaba, convaleciente del cólera, en una fonda situada en la calle de Alcalá, y llamada *Las Peninsulares*, porque de sus patios partían las diligencias para toda la Península.

A mediados de Agosto leímos la zarzuela á D. Francisco Salas, empresario del Circo y excelente bajo cómico. Asistieron Barbieri, Gatzambide y García Gutiérrez, que ya había estrenado, dos años antes, su lindísimo *Grumete* con Arrieta. Esta joya del arte lírico la compusieron en diez días. Para aislarse de toda comunicación con las gentes, alquilaron una casita en Chamberí. Conforme García Gutiérrez escribía el libro, Arrieta iba haciendo la música.

Las personas ya citadas y algunas más que oyeron la lectura de *Marina* hicieron al terminar gestos, si no de reprobación, al menos de indiferencia.

La obra fué repartida de este modo:

<i>Marina</i> ...	Srta. Amalia Ramírez.
<i>Teresa</i>	» Teresa Fernández.
<i>Roque</i>	Don Francisco Salas.
<i>Jorge</i>	» José Fons.
<i>Pascual</i> ..	» Ramón Cubero.

En el primer ensayo de orquesta, al llegar á la salida del tenor, Arrieta, dando un fuerte golpe con la batuta en el atril, exclamó, visi-

blemente contrariado: «Alto, señores. No podemos seguir. Por uno de esos fenómenos de misteriosa sugestión, he copiado íntegramente toda la sinfonía de Gounod. Dejemos esto á un lado, y mañana traeré escrita otra romanza en sustitución de ésta, que, sinceramente, creí mía.»

Finalmente, fué estrenada la zarzuela, y apenas si gustó. Nadie celebró el libro, y, exceptuando el brindis del segundo acto, no hubo ningún aplauso para el músico. Concluyó la representación sin que fueran llamados los autores á escena. La obra no pudo sostenerse en los carteles más de seis noches. Y así terminó la primera etapa de su existencia.

—¿Que te explique la causa de su posterior glorioso prestigio?

—Pues mira: fué de la manera siguiente: En 1865 presenté á la Empresa del Teatro de Jovellanos mi zarzuela *El Relámpago*, con música del insigne Barbieri. En esta obra en tres actos no tomaban parte más que cuatro personajes; pero en ella todo era interés y todo acción, que es lo que deben tener las producciones teatrales (y rieta del que sostenga lo contrario). Necesitábamos un tenor de fuerza, y la Empresa contrató á un señor Prats, entonces en justa boga. Este presentó sus condiciones, siendo una de ellas la de hacer su debut con *Marina*. La cantó, en efecto, y fué de ma-

nera que entusiasmó al público, levantó el espíritu de los que intervinieron, de mala gana, en el desempeño de la obra, y ésta llegó á ser representada veinte veces consecutivas. Desde entonces, todos los tenores que venían contratados de provincias para trabajar en Madrid la escogían para su primera salida, con lo cual adquirió nueva y esplendorosa vida, contribuyendo también á su resurgimiento la circunstancia de haberla convertido en ópera. El maestro Arrieta tuvo el acierto de encargar de la adaptación del libro al meritísimo autor de preciosísimas zarzuelas, Miguel Ramos Carrión, quien cumplió su cometido maravillosamente.

Y ahora, quiero que sepas y que propagues que yo jamás puse en labios del pretendiente de Marina aquello de

«Mi madre, aunque está impedida la pobre, te quiere tanto.»

Lo que escribí y lo que dijo el discretísimo Ramón Cubero, que hacía el papel de Pascual, fué:

«Mi madre, aunque está impedida [dida vendrá á verte.»

Lo cual es muy distinto de lo que me atribuyen los humoristas para hacer reír á los sandios.

Cierto que el disparate aparece en el libro, y confieso que la culpa es mía, que he sido descuidado al corregir las pruebas de mis obras.

Que he sido mal escritor, sí. Que he sido buen poeta, sí también. La poesía no está en la forma, sino en la idea. En mis versos siempre he dicho algo; y no me negarás que ha habido y hay brillantes versificadores que nunca han dicho nada.

El inmenso Ayala me dijo una vez:

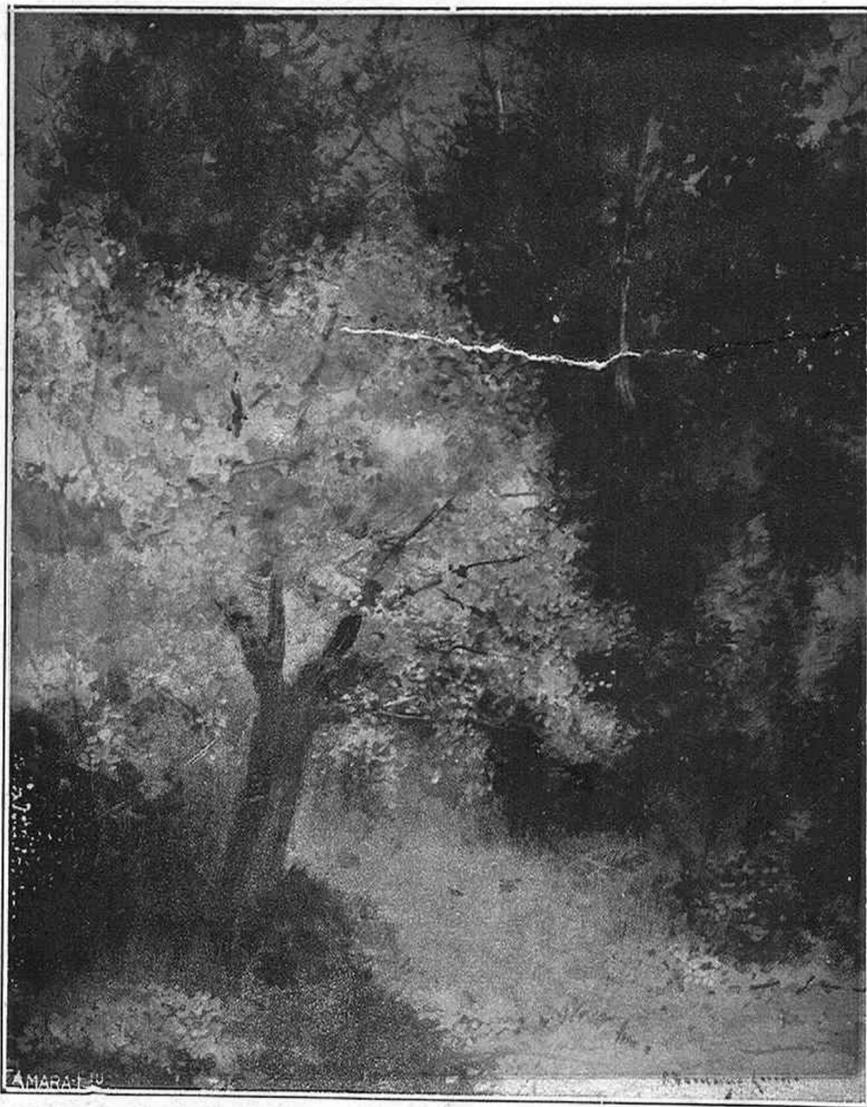
—Pero, Paco, ¡qué versos tan malos haces!

Y yo le respondí:

—¡Pues si vieras el trabajo que me cuestan!...

TOMÁS LUCEÑO

EL AÑO DE ORO



They all sing love, and love is always new.

Es la dulce hora del cerezo en flores;
es el alba noble de la soñación,
de la sinfonía de los ruiseñores
y de las primicias de tu corazón.

Es el año de oro—el único año
de los optimismos, en que la interior
fragancia nos colma de un vigor extraño:
cuando la existencia, con su azul engaño,
incendia el espíritu con llamas de amor.

Es la gran bonanza que al salir del puerto
da á los navegantes confianza en el mar:

las ondas dormidas del azul desierto,
y brilla, piadosa, la estrella polar.

Colombina es santa; Arlequin, dichoso...
No se ven espinas en el florestal...
Abril es lo mismo que un príncipe hermoso
que ríe con risa de claro cristal.

Por eso, ¡mi Blanca divina!, yo canto
la dulce belleza de tu amanecer...
Si el jardín del alma ha sufrido tanto,
con tu primavera podrá renacer.

E. CARRASQUILLA-MALLARINO
DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA ESFERA

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



RETRATO DE MI HERMANA

Cuadro original de Alfonso Grosso, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

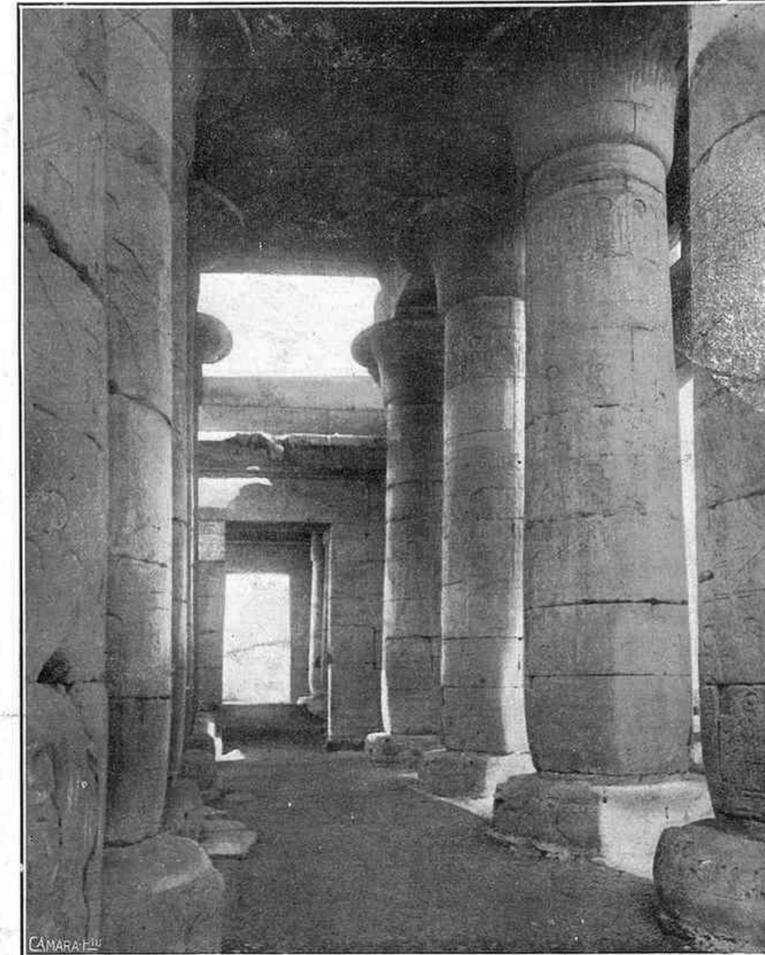
POR TIERRAS DE EGIPTO



Detalle del templo de Kon-Ombos



El gran peristilo del templo de Kon-Ombos



Nave central del Rameseum

VAN las aguas del Nilo recorriendo terrenos cada vez más desiertos y amarillentos; las aldeas y los bosques de palmeras son menos frecuentes, y cada paso dado hace olvidar Egipto para acordarse de Nubia. Levántase cerca del río el templo de Kon-Ombos, santuario de la destruida Ciudad de oro, que han hecho desaparecer el agua y el desierto. Estos dos elementos han arruinado la ciudad fundada por Tutmosis III y sólicitamente restaurada por el tercero de los Ramsés.

Templo dedicado a la adoración de la luz y de las tinieblas, dos divinidades tan opuestas, como lo eran Horo y Seth que las personificaban, ha quedado reducido a gloriosos restos que parecen evocar algo espiritual que desapareció y se empeñan en enterrar las arenosas ráfagas del desierto.

Consérvase, sin embargo, en él, como algo que recuerda pasadas grandezas Tolomeas, la inscripción griega que, grabada en caracteres oficiales, indica al visitante que allí dejaron su gratitud los soldados y gentes que asistieron al enlace de los monarcas de aquella dinastía.

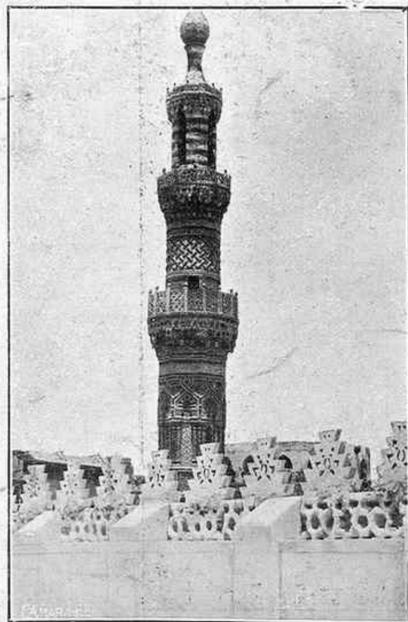
Egipto antiguo, vivido en las páginas grandiosas de sus templos paganos; en sus paisajes faltos de belleza, recogida á veces en oasis alegres y verdosos; Egipto, hallado por conquistadoras plantas que del Asia y de la Europa allí fueron, como buscando algo que en la fantasía del ensueño creían encontrar; Egipto, lleno de misterios, que parece quisieron aplastar la pesadumbre de las pirámides para que no pasaran á la posteridad. Egipto es visión de algo que fué y que no volverá á ser.

Y si de estos templos pasamos á la contemplación de las mezquitas, recuerdo del poder musulmán, de una época de dominio guerrero, alternada con la predicación de la fe del Corán, recordemos aquel caudillo de Moerz, que fundió la obra religiosa de El Azhar, cuyo



Mezquita de Tolum y Fuente de las Abluciones, en el Cairo

FOTS. J. DE LAFUENTE



Mezquita El Azhar, en el Cairo

minarete airoso se recorta en el cielo intenso, formando contraste con la pesadez de las columnas del Rameseum.

Es la ley del contraste; la arquitectura pagana, primitiva, fuente pesada, grandiosa por su magnitud y su esfuerzo; representativa de un sentimiento de firmeza que triunfó en todo pueblo antiguo; la arqueta árabe, esbelta, ligera, soñadora, como conviene á un pueblo que dominó en el mundo; que esparció por la tierra y los mares la fantasía de su imaginación ardiente.

Y este contraste se aquilata más en la mezquita de Tohm y en la de Mohamed Ali y en la llamada «Corona de las mezquitas», la más antigua del Cairo, que vió reunidos en sus naves judíos, cristianos, moros, todos pidiendo la crecida del Nilo, como sentimiento único, capaz de reunir en su recinto confesionales de tan diversa fe.

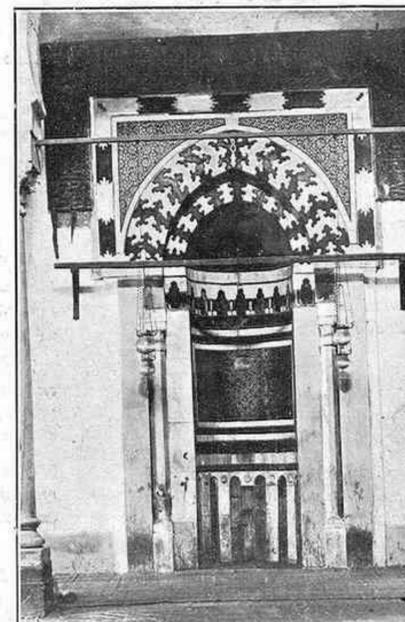
Ruinas y recuerdos hacen del Egipto un lugar de recogimiento espiritual y un libro abierto de Historia, en que no falta ni el arte, ni la filosofía; porque si aquél aparece en la arquitectura y en la escultura, ésta abunda en lo que representa cada pilastra derruida, cada piedra separada, cada momia encontrada.

Es la crítica histórica puesta de manifiesto por la arqueología, que ha querido enseñar con la realidad lo que pudiese parecer fantasía de los historiadores.

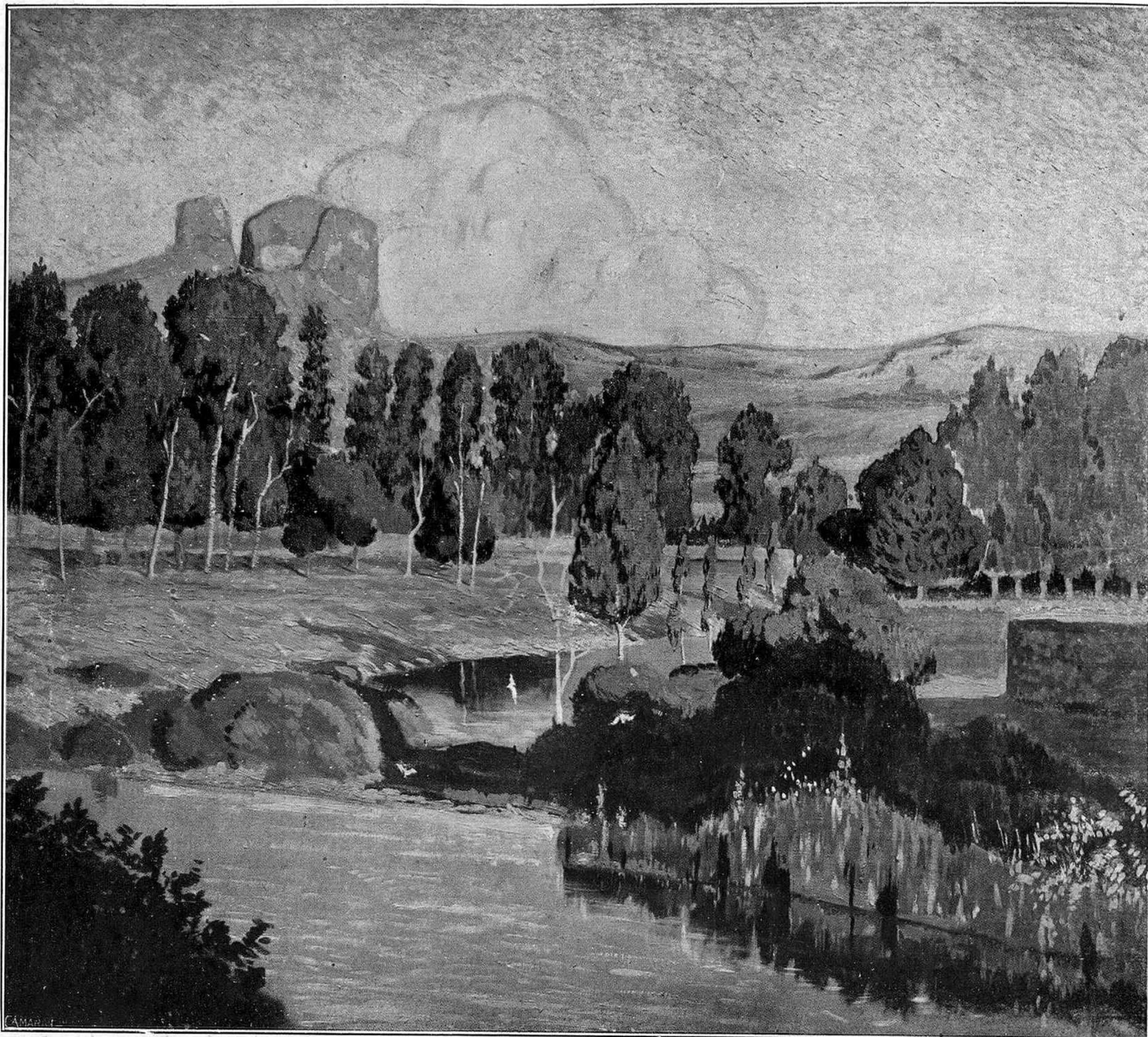
Y hasta parecen perpetuarse las fantasías para ejemplo del futuro, con sus errores y con sus sacrificios inútiles, al contemplar estas obras, que viven y recuerdan el pasado de hombres que trataron de regir al mundo sin considerar aquella sentencia que reza en una de las mezquitas del Cairo:

«Mi pobreza es mi orgullo.»

FEDERICO PITA



El santuario de la mezquita El Azhar



«Peñaguilón» (Aguilar de Campoo), cuadro original de Enrique Igual Ruiz, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes

MUJERES DE FÁBULA

CORDELIA

*Dulce cordera del amor filial,
triste princesa toda corazón,
rosa humilde en el jardín real
trémula de rubor y de emoción.*

*Por no saber leer en tu alma clara,
el rey, tu padre, te maldijo un día;
mas aunque su furor te condenara,
tu dulce amor herido le seguía.*

*Ciego, sin trono, triste y andrajoso,
vió al cabo tu heroísmo y tu grandeza
y ante ti arrodillóse tembloroso*

*como si le rezase á tu tristeza,
dulce cordera, corazón hermoso
poseído de heroica fortaleza.*

DESDÉMONA

*La fiera de los celos, Desdémona inocente,
tu albo cuello de cisne tronchó con su zarpazo...
Perdona á tu verdugo... Te amaba locamente.
Su amor, que creyó un Inri, fué quien movió su brazo.*

*Tu pecho presentía la muerte que llegaba;
en tanto la doncella tus ropas desceñía,
por disfrazar el miedo, tu dulce voz cantaba
vieja canción velada por la melancolía.*

*Una oración quisiste rezar para morir,
mas ya el león clavaba su zarpazo mortal
en la adorada carne por que hubo de sufrir...*

*Y luego, al verte muerta, Desdémona leal,
sintió la fiera el bárbaro tormento de vivir
después de haber matado tu vida y su ideal.*

JULIETA

*Capuletos y Montescos disputaron
y sus odios eran valla á tus amores;
pero siempre los rendidos amantes
de las vallas y las leyes se burlaron.*

*Tu alma abriste, sin saberlo, á quien odiabas;
jamás hubo un enemigo tan amado,
pues que viste en amor nuevo transformado
todo el odio que en el pecho sustentabas.*

*Tú creías que el amor era eternal
y perenne de tus noches de dulzor,
y temías á la alondra matinal,*

*que ponía triste término á tu amor...,
pues la alondra canta el término fatal
y la dicha—breve y dulce—el ruiseñor.*

J. ORTIZ de PINEDO

EL PAISAJE



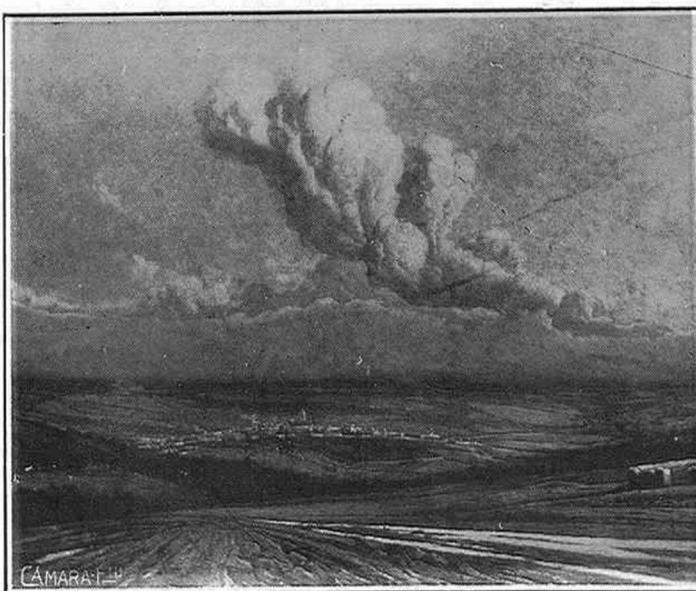
«Atardecer», cuadro de Ricardo Verdugo Landi

Se ha dicho y se ha escrito en muy diversos tonos, pero con unánime desdén, que el actual Certamen del Retiro es el peor de todos cuantos se vienen celebrando en lo que va de siglo, el que señala de un modo ya necesario de atajar la descomposición de los procedimientos oficiales puestos al servicio de la mediocridad pseudoartística.

Séame permitido disentir un poco de la opinión general, siquiera en gracia á mi notoria hostilidad contra esta clase de Exposiciones. Nunca he dejado de atacarlas; siempre me han parecido algo nefasto para el arte, la antítesis de cuanto significa esteticismo, la suma, en fin, de cuantos errores, prejuicios, concupiscencias y chalaneos de granjerías mutuas al amparo de la ley. Coincidentes con exhibiciones aisladas y personales, esas ferias del desconcierto y la desarmonía deben ser suprimidas.

Todo eso lo hemos dicho bastantes veces y lo seguimos pensando este año; pero es injusto no aliviar á la Exposición actual de los pecados de las anteriores, obstinándose en no ver sus cualidades propias.

Yo creo que esta Exposición es mejor que



«La otoñada en Extremaduras», cuadro de Adelardo Covarsí

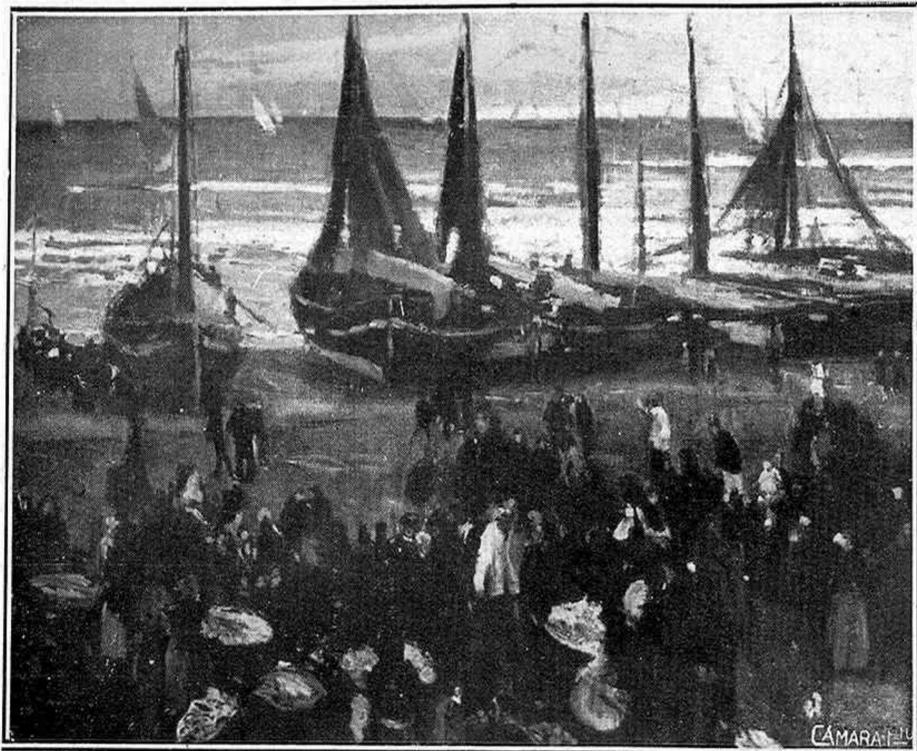
otras. Se encuentran en ella obras de mérito positivo; se notan esfuerzos aislados que parecen surgir á pesar y al margen de la codicia medallable. Acaso en otro local, con otra selección más rigurosa y, sobre todo, con otra colocación, lacrítica habría sido menos dura en sus ataques.

Lo que sucede es que nunca ha tenido la Exposición Nacional ese aspecto de almacén de cuadros, de tienda de marchante, de Museo del siglo XIX, que ahora. En el conjunto de obras expuestas habrá unas seis ó diez, excelentes; unas veinte, notables; hasta una cincuentena, interesantes, y unas cuarenta, discretas. A ellas debió limitarse la Exposición.

Y si á esto no se atrevió el Jurado por espíritu de selección, debió atreverse, al menos, por exigencias del local.

He aquí el defecto capital de las Nacionales: la falta de local. Ese ridículo, exiguo é incapaz palacete del Retiro es insuficiente para el arte contemporáneo. Hay que construir cuanto antes un Palacio de Bellas Artes digno de Madrid.

De lo contrario, se repetirá el espectáculo lamentable de este año: un centenar de cuadros



«Playa vilanovina», cuadro de Joaquín Mir



«Poesía», cuadro de Elíseo Meifren

merecedores de la atención pública y del examen crítico, agobiado, anulado, mediatizado, destruido, incluso por tres ó cuatro centenares de obras anodinas ó francamente detestables.

La sección de Pintura, la sección de Grabado (ya dijimos algo en nuestro artículo anterior de la Centésima Escultura), están colocadas de una manera bochornosa, mientras lo que llaman *Arte decorativo* baila dentro de cuatro salas medio vacías—y con la honrosa excepción de cuatro ó cinco expositores—la zarabanda grotesca de la ineptitud y la presunción.

No culpemos, pues, al Jurado de Pintura y Escultura sino de benevolencia en la admisión y de falta de energía frente al Jurado de Arte Decorativo.

La consecuencia de ambas cosas ha sido ese confuso amontonamiento de cuadros y esa desdichadísima actitud de *huésped molesto* que presenta la sección de Grabado.

ooo

Ya en Exposiciones anteriores marcaba la sección de Pintura una bella supremacía del paisaje sobre el retrato y el cuadro de género.

En el actual Certamen, la supremacía es aún más clara y elocuente. No ya por el número—que esto nos haría dudar convencidos de la errónea opinión de las mayorías—, sino por la calidad intrínseca y característica de cada obra.

Incluso en aquellos cuadros destacados desde el primer momento: *La vuelta de la pesca*, de Solana; *Cogiendo la manzana*, de Piñole; *Ofelia aldeana*, de Juan Luis, el tema y las figuras de primeros términos son algo secundario ante las visiones certeras y emocionadas de aspectos naturales: un rincón de puerto

montañés, una pomarada asturiana, un valle galaico... Mientras en la pintura de retrato y de género resulta escaso el número de expositores ya triunfantes

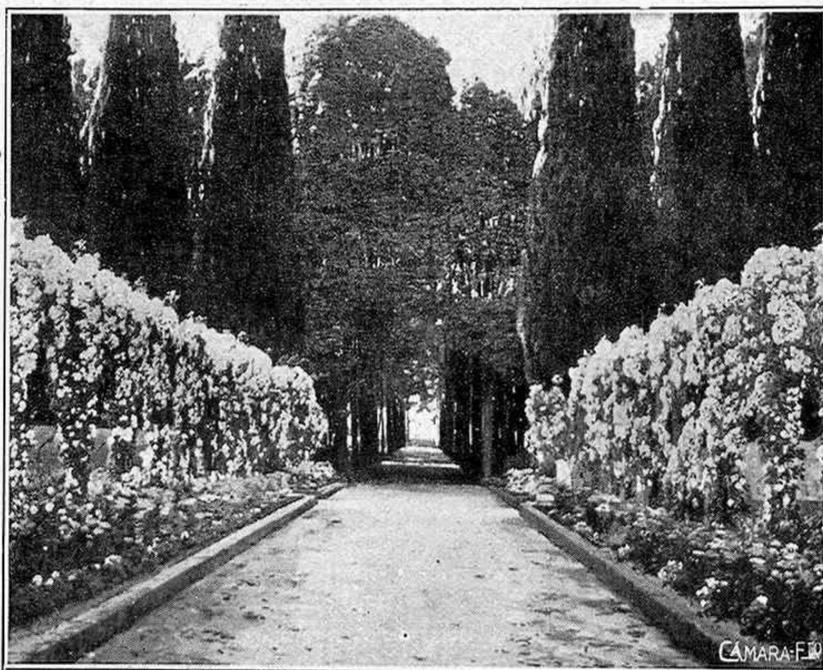
y colmados de medallas que siguen acudiendo á los Certámenes nacionales, en el paisaje hallamos siempre los maestros de ayer, junto á las turbulencias jóvenes é impacientes. Desde Mir y Rusiñol, por ejemplo, hasta ese mocerío deslumbrado y deslumbrador que en los aledaños del Pualar exaltan la Naturaleza.

Hallamos, además, disgregados, repartidos, como inéditos para el público madrileño, envíos tan considerables como el de los catalanes ó el de los valencianos. Pero ahí están, sin embargo, con su acento propio y su credo definido.

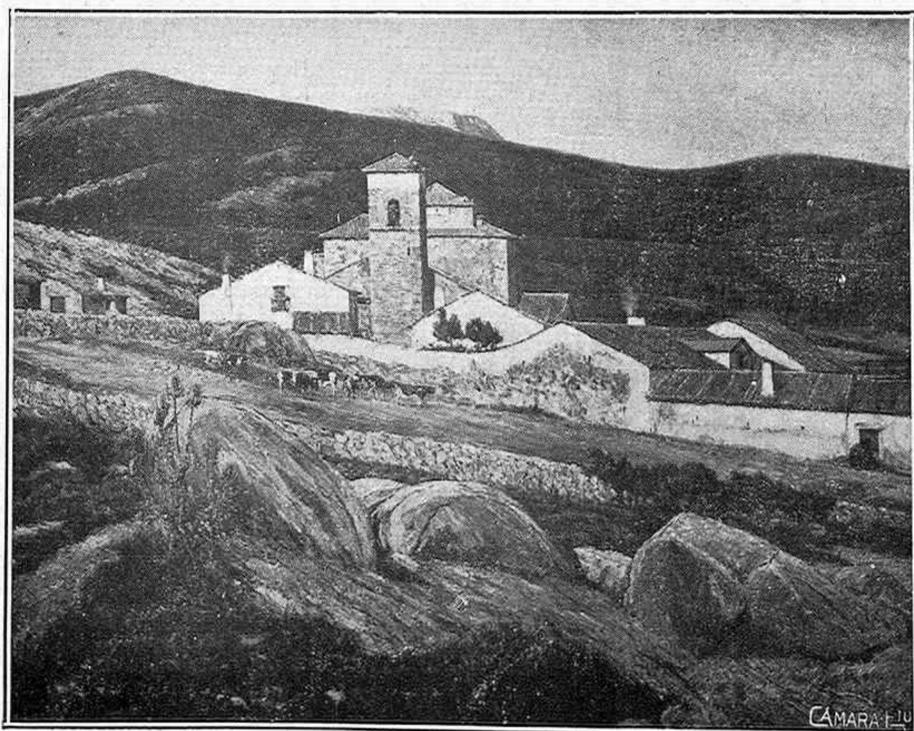
Ello nos hace pensar en lo interesante, en lo dotada de eficacia representativa, que sería una Exposición Nacional de paisajistas españoles seleccionados y agrupados por regiones, dando todos y cada uno la visión colectiva y personal del espíritu, las formas y el color de la tierra donde hayan nacido.

Con ese amor á su Cataluña están creados los bellos paisajes—con aliento y serenidad clásica—de Ivo Pascual; la nota profunda y amable de Puig Perucho; los fogosos lirismos cromáticos de Joaquín Mir—¡oh, esa recia fulguración de *Peñas y abrojos!*—; la un poco seca y acre certeza de Domingo Carles; el *Puerto de pescadores*, de Gili Roig, rebosante de realidad seductora; el melancólico *Sol de la tarde*, de Cabauyes, y la nocturna calma *Poesía*, de Elíseo Meifren, que hemos vuelto á ver con la misma emoción causada en nosotros hace mucho tiempo.

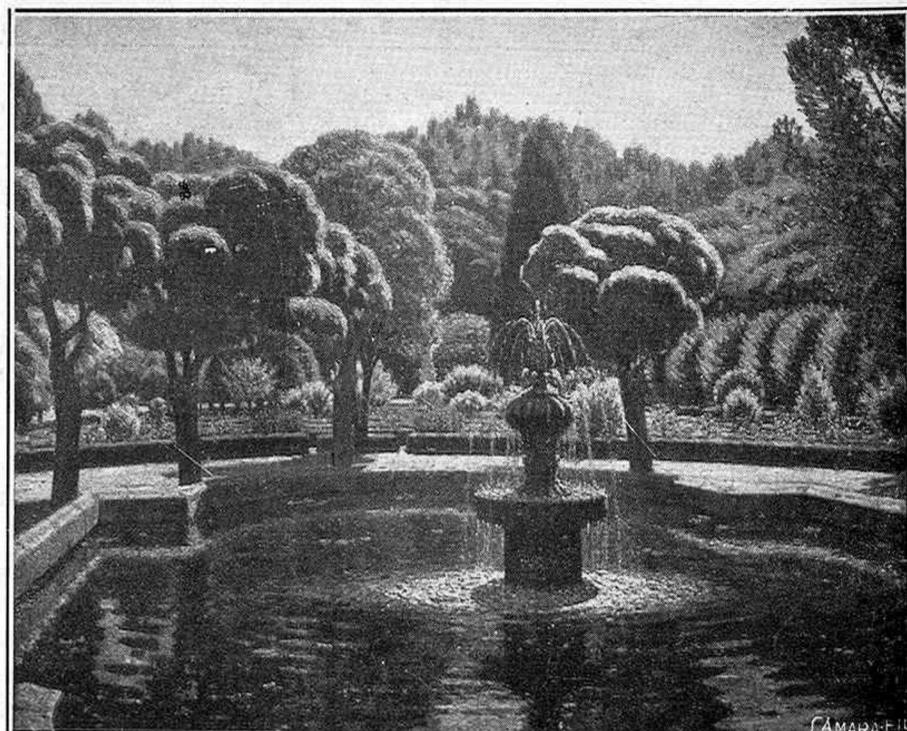
Rusiñol, bien dentro de la pintura catalana, ratifica con tres lienzos admi-



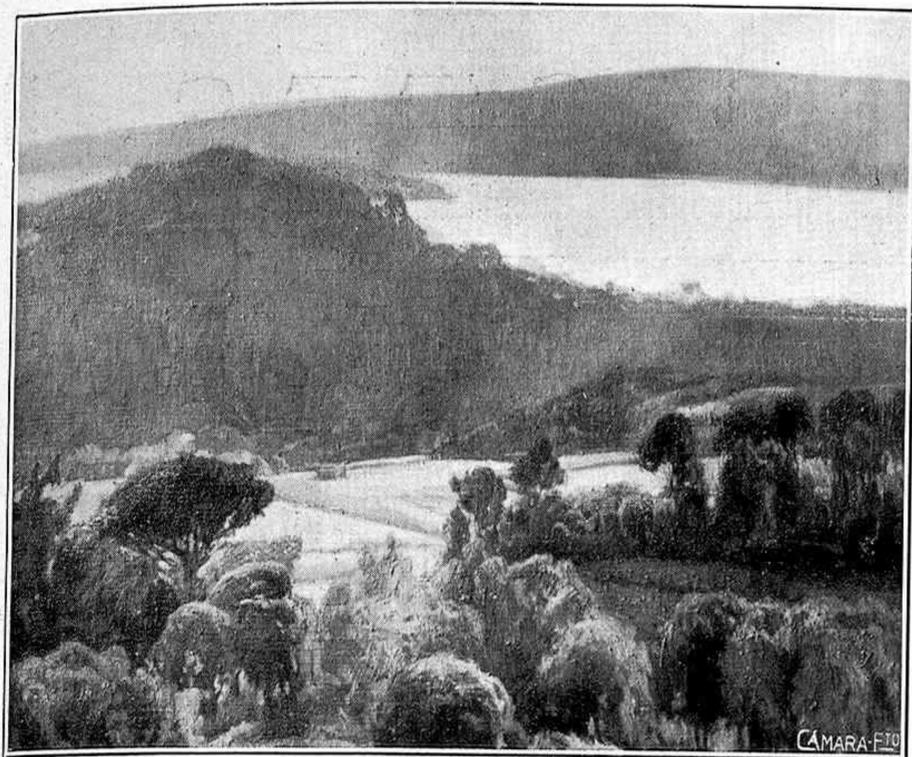
«Rosas y cipreses», cuadro de Santiago Rusiñol



«La iglesia de Cercedilla», cuadro de J. Blanco Coris



«Jardín», cuadro de Ernesto Gutiérrez



«Rías bajas», cuadro de Francisco Llorens



«Paisaje de Segovia», cuadro de R. Aguado Arnal

rables—*Embarcadero, Rosas y cipreses y Jardín de la Isla*—su amor á la pompa lánguida y decadente de nuestro Aranjuez.

En los valencianos, se destaca Antonio Esteve con uno de los más hermosos cuadros de la Exposición y que, sin embargo, tememos pase inadvertido del Jurado por su desdichada é injusta colocación. Es una huerta valenciana plena de ambiente, de atmósfera, de palpitante aire, de luz exacta. Esteve es hoy día, acaso, el mejor paisajista de Valencia y uno de los primeros de España. Siguen en mérito las notas de tierra palentina y madrileña firmadas por Enrique Igual Ruiz, artista de enorme sensibilidad frente á la Naturaleza; la huerta de Mulet que hace pensar en las amplias sinfonías cromáticas de Sorolla á través de un tamiz de modernidad y dulzura; la interpretación de un aspecto londinense, de Rafael Forn, siempre notable como paisajista de grandes bríos y científico conocimiento de la luz, y la *Laguna del Paular*, donde Manaut Viglietti refugió este verano su ansiedad de luminista levantino.

El andaluz Verdugo Landi exalta su costa malagueña con un lienzo de grandes dimensiones y vencidas dificultades, titulado *Atardecer*.

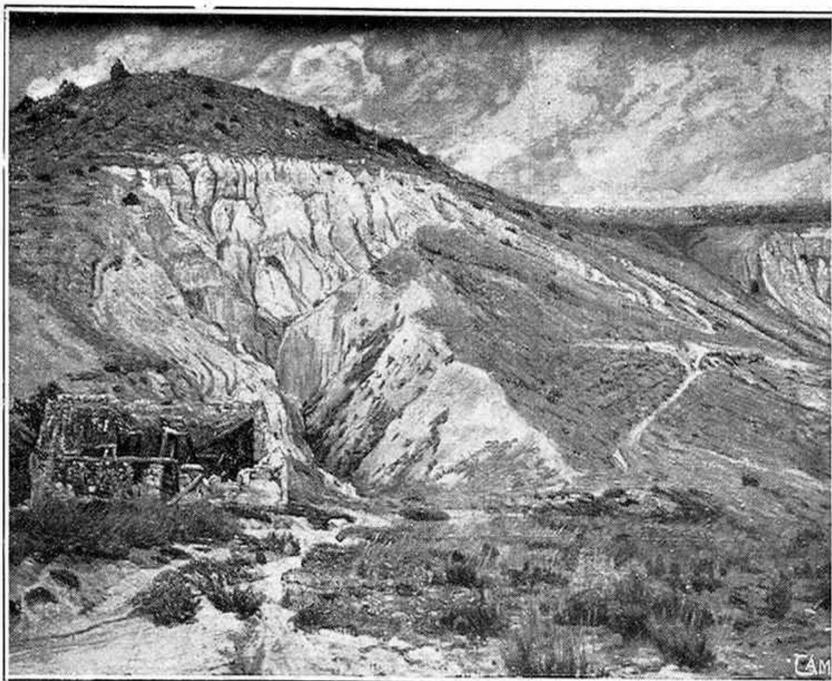
El ilustre marinista ha logrado dar la sensación de fuerza, de transparencia sutilísima, de lo que pudiéramos llamar «trémolos luminosos», en la magia tranquila del sol agonizando sobre olas mansas y rocas oscuras. Así, *Atardecer* seduce y encanta con su sencillez verídica, con su sobriedad técnica que le hacen por igual atrayente á los expertos en arte y al público libre de prejuicios estéticos.

Castilla, la madre calumniada á la que se niega el poder emotivo de sus bellezas naturales, está representada por dos cuadros de Juan Angel Gómez Alarcón—uno de ellos, *Mañana de sol*, verdaderamente magnífico—, que este año se muestra en toda la maestría y la potencialidad colorista de su temperamento; Aurelio García Lesmes, tan fuerte, tan seguro de sí mismo, alcanzando en sus visiones de la tierra vallisoletana un acento epopéyico; Martínez Vázquez, respirando en la atmósfera elevada de su maestro Muñoz Degrain y continuando la lírica é himnaria exaltación de la Sierra de Gredos; Vicente Carrasco, humilde como un franciscano que diera su acento caricioso al campo segoviano; Gregorio Prieto, autor de una de las notas más brillantes y más cordiales de la sección de Paisaje; María Pérez Herrero, que con viril, con rusiñolesco acento y personalísima emoción transmite la dulce nostalgia de los jardines de Aranjuez; Bernardini, que ha salido en el glosario plástico y juvenil de los mozos pensionados en la Cartuja del Paular, destácase noblemente.

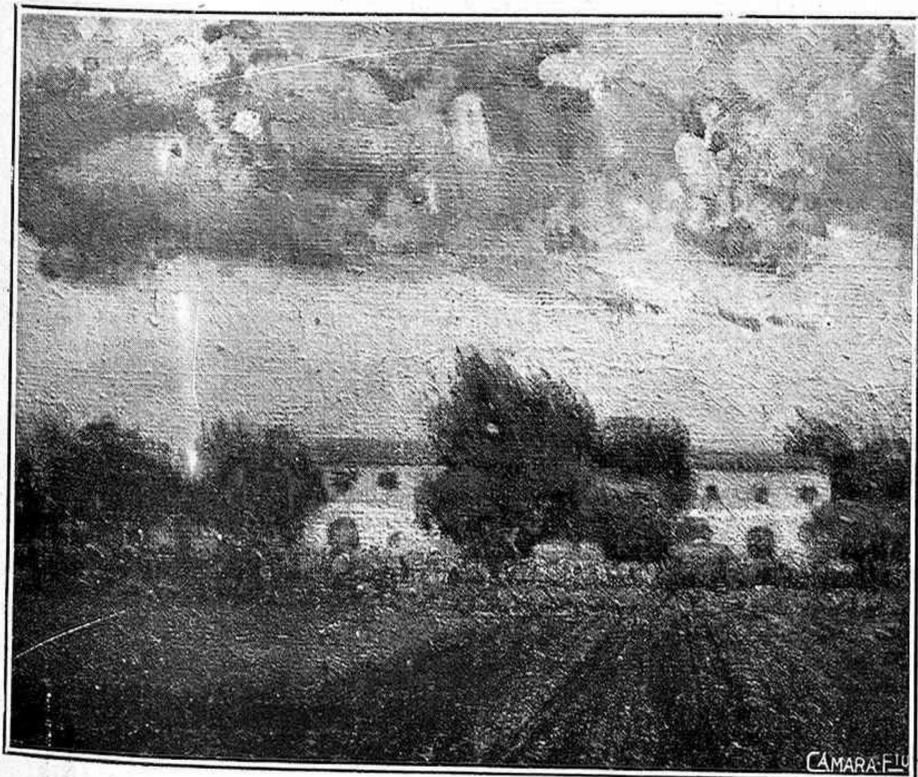
El paisajista gallego Francisco Llorens, si bien en *La fuente de los rosales* parece alejarse de su trayectoria, expresa con *Rías bajas* la dulce, la cariciosa ternura de su arte afiliado para siempre á la tierra galaica. Tenreiro y Seijo Rubio ofrecen aspectos de la Coruña, muy justos de color y de ambiente.

Por último, La Rocha, Pons Frau, Covarsi, Brañez, Serra, Núñez Losada y Blanco Coris, merecen mayores atenciones y comentarios del que consiente una simple reseña periodística.

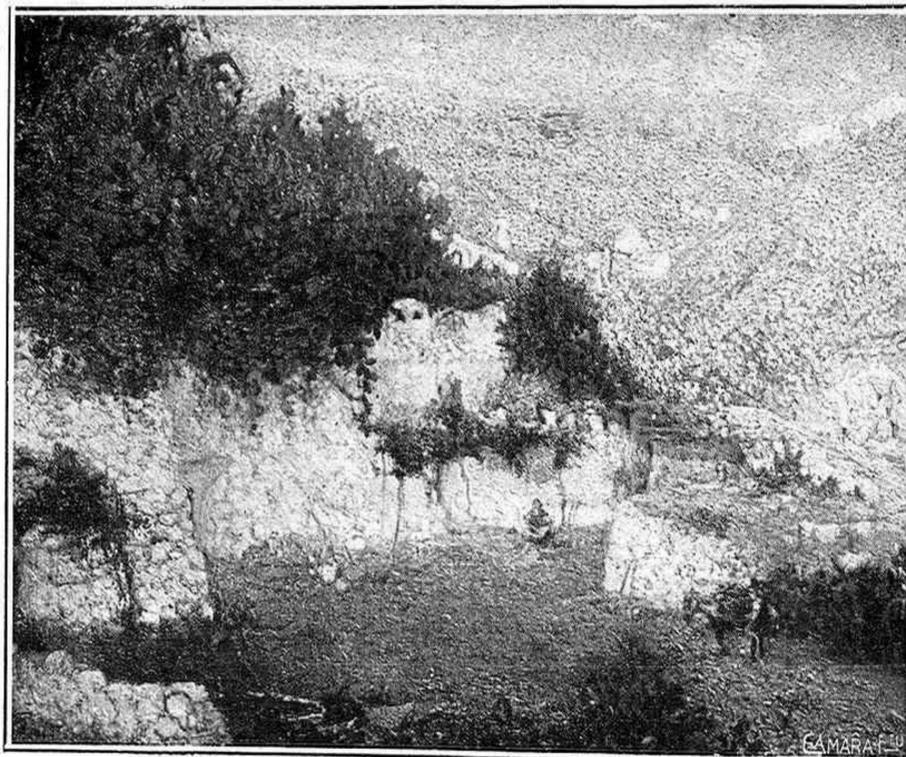
SILVIO LAGO



«La barranca de la Tejera», cuadro de Aurelio García Lesmes



«Huerta valenciana», cuadro de Antonio Esteve



«Pueblo de la Sierra», cuadro de Martínez Vázquez

UN POCO TRISTES...



SE encontraron cuando ya los dos creían estar arrepentidos de todas las ilusiones. En adelante, nada de quimeras. Limitaríanse á paladear la vida sibaríticamente, como si cada día fuese un sorbo de un vino generoso.

Sin embargo, cayeron otra vez en la pasión de amor. Y llegaron al primer abrazo decididos y francos, no embarullándose en pudores y timideces, al contrario que les había ocurrido siempre. Pero, al mismo tiempo, no sentían tampoco las impacencias febriles y los desvelos de otros idilios suyos. Señal de madurez, entrabas manifestaciones de su carácter.

El amor adolescente ó con exceso juvenil, es un juego, ó un peligro, si no una embriaguez. Un amor tardío, flor solitaria de la existencia ya agostada, tiene algo de refugio, de consolación y hasta diríamos de fe de erratas. Desde el equilibrio de la voluptuosidad otoñal, contemplamos los episodios del ayer, llameantes y puerilmente terribles, como una colección de *bi-belots*.

Ellos decidieron quererse con verdad y rehuyendo los lirismos de ocasión. Se prometieron no sufrir de celos retrospectivos, olvidar, ignorar el pasado. Pero ese pasado les impedía, como un plomo atado á los pies, lanzarse á tejer en el aire piruetas confiadas. Ya para ellos el

amor era, al par que un deleite precioso, una melancolía profunda. Se consideraban convalecientes de una enfermedad, la de su juventud. Y renacían con la esperanza enfrenada por el recuerdo importuno.

Los dos tenían su vida cristalizada ya, creados sus intereses. Pertenecían á gentes y cuidados ajenos del uno para el otro, incluso desconocidos. Si en el primer amor se construye alrededor de él, y en los que le sucedan se camina paralelamente á las propias conveniencias, en el último hay que ir corrigiendo y destruyendo obstáculos y barreras que levantó el transcurso de los años.

Decidieron, por fin, la fuga de su ambiente, de su historia, de ellos mismos. Fuera de su ciudad y de su cotidianismo, podrían entregarse sin reparos, no espantando fantasmas, no alborotando prejuicios. Y emprendieron un viaje con un rumbo peregrino. Buscaban la intimidad en el infinito. Y, en definitiva, ¿no es esto el amor?

Con sus siluetas estilizadas en ultramodernidades; con sus uniformes de elegancias acentuadas por el *chic*, recorrían el mundo. Bellísima pareja de los fatigados y espirituales, todo serenamente. No creemos nosotros que la extrema lozanía de la juventud signifique la suprema belleza. Sólo se da esto en los tipos vul-

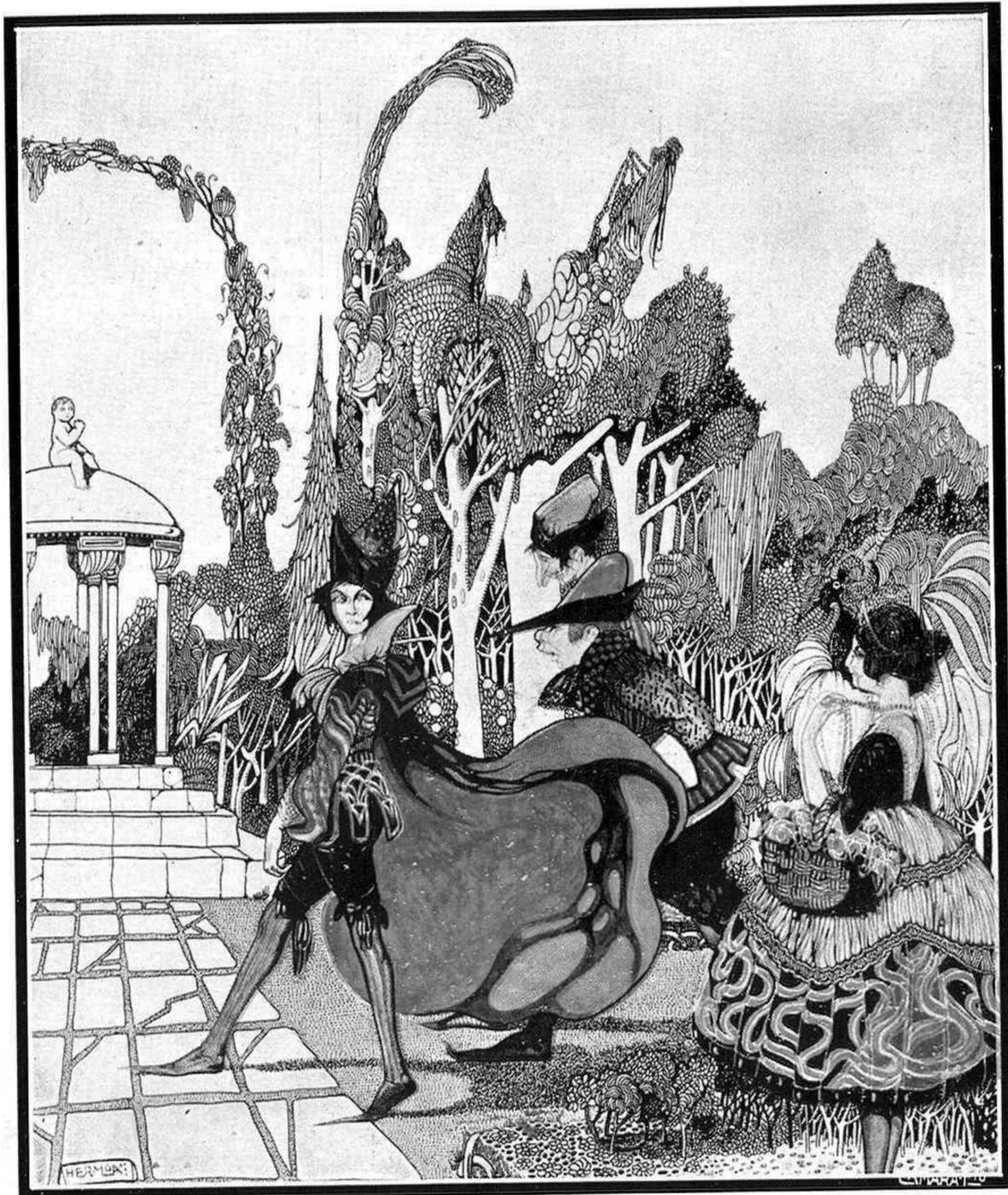
gares, en aquellos que lucen como un traje nuevo. La expresión, la delicadeza del color, el ritmo de las líneas, se aristocratizan al paso del tiempo. Como un traje bueno parece mejor de viejo, ya usado. Y así en su aspecto como en su espíritu, los que se encontraron tarde guardaban la armonía con su situación sentimental.

Una vez se hallaban en un parque otoñado, con la lisura esmeraldina del césped, con las bolas aurinejas de las frondosidades, bajo el cielo de acuarela. Ella trazaba con su sombrilla signos distraídos en su arabesco, reveladores de interna inquietud. Por su parte, él estaba abandonado á una contemplación sin horizonte. Sentían, mejor que pensaban, en la tristeza de lo irremediable y del esfuerzo por intentar el remedio. Una golondrina cruzó delante de sus ojos. Emprendía acaso la emigración á las tierras calientes africanas. Y fué su vuelo como una parábola. Comprendieron los enamorados cómo el alma necesita la tibieza y la luz del amor, conforme se apaga y enfría con los desencantos nuestro pecho. Y el alma que era alondra se convirtió en golondrina, el pájaro que arrancó las espinas al Crucificado.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

DIBUJO DE ZAMORA

EL JARDÍN DE LA DICHA



Florece las lilas, con la poética palidez de una enamorada exangüe de pasión, en el primaveral desmerecimiento del jardín.

Flores de romance y de ilusión, sus tirso demayados y olorosos embalsaman el céfiro, hasta hacerle semejar su propio suspiro, con la poesía de un enervante perfume de amor que siembra en los corazones deleitosos delirios, exquisitos ensueños de felicidad; en el pico de oro de los ruiseñores, arpegios sentimentales y estrofas cristalinas cual granizada de perlas sobre campana de plata, y galantes sonrisas de palmera en el místico capuchón de los cipreses, dándoles traza subversiva y rebelde de agitarse á impulsos de interna lumbre, cual monjes tentados por el demonio de la voluptuosidad...

EL ALMA DEL PRÍNCIPE.—Andad alerta, amigos...

EL ALMA DEL PAJE GORDO.—¡Que en cuanto nos necesita haya de honrarnos con ese título, y cuando no le hacemos falta nos trate á puntapiés y empujones!...

EL ALMA DEL PAJE FLACO.—No seas necio. Cree sincera la amistad del Príncipe y goza este instante de honor que la muerte te brinda. Los grandes sólo tienen miramientos y delicadezas para los pequeños cuando los necesitan. Después de todo, no sé qué te extraña; los pequeños hacemos lo mismo: si les guardamos miramientos á los grandes es porque los necesitamos...

EL ALMA DEL PRÍNCIPE.—No os distraigáis... Este hechicero perfume de amor nos revela que se ha deslizado bajo estas frondas la Felicidad, que ha tiempo persigo... Quiero hacerla mi amante y mi esclava. Id alerta; aguzad la vista, amigos; que no se nos escape; suele apare-

cerse tan grande, que encoge el ánimo; ó tan pequeña, que no se la percibe.

EL ALMA DEL PAJE GORDO.—¡Loca ambición! Perseguir la felicidad, una cosa que no existe, figura engañosa de leyenda con que le envenenaron su espíritu en la infancia para hacerle de por vida desdichado, porque nunca dejará de buscarla y nunca la hallará; no se prende un fantasma. Si algo me consuela en mi dura condición de miserable es el pensar que desde niño me enseñaron que la felicidad no existe... Esa desdicha menos habré de sufrir: la de desear imposibles...

EL ALMA DEL PAJE FLACO.—No lo creas: tienes una desgracia más: la de no creer que la felicidad existe... Mira á Su Alteza; es feliz en este momento porque va en busca de la Felicidad... Y es que sólo por el hecho de desearla, se siente ya dentro de uno mismo. Que se la encuentre que no, es lo de menos. Menguado corazón quien no cree en ella, ni la pretende, ni la busca...

LA FELICIDAD (vestida de aldeana).—Señor: ¿queréis reposar un instante?... Parecéis fatigado. ¿Queréis honrarme aceptando estos sabrosos frutos para refrescar vuestros labios, secos de ansiedad?

EL ALMA DEL PRÍNCIPE.—Quitad allá, buena moza... No puedo perder un minuto... Necesito ahora refrescarme algo que me importa más que mis labios: mi alma, sedienta de dicha... ¿No habéis visto á la Reina Felicidad?...

LA FELICIDAD.—No, señor. Pero no extrañe á Vuestra Alteza. ¡Es tan difícil verla!...

EL ALMA DEL PAJE GORDO.—Señor: ¿por qué no nos detenemos un poco á refrescar nuestras bocas secas con el presente que nos brinda esta amable moza, que parece admiraros? (Pesi-

mista é irónico.) Se me antoja que habremos de trotar demasiado para desperdiciar un delicioso alto en nuestra caminata... (Misterioso, con más punzante ironía y por disuadir al alma de su señor de seguir peregrinando.) ¿Y si fuese esta la Felicidad?...

EL ALMA DEL PRÍNCIPE.—¡Una villana! Jamás. La Felicidad que yo persigo es una gran señora, reina de elegancias, esencia de exquisiteces... De no ser así, no la quiero, porque para mí no sería la Felicidad...

EL ALMA DEL PAJE FLACO.—¡Qué error el de Su Alteza! Si esta moza fuese la Felicidad, ¡desdeñarla por no ser como se la imaginó, como él la deseaba!... A bien que no sé por qué se la reprocho; cuantas almas creemos en ella parecemos príncipes en ese respecto; no queremos la felicidad si no es como nos la antojamos...

EL ALMA DEL PRÍNCIPE.—Vamos, amigos; no perdamos tiempo; no vaya á escapársenos la Felicidad...

EL ALMA DEL PAJE FLACO (por distraer su fatiga con un galanteo).—De buena gana me quedaría contigo; pero... ya lo ves: ¡no me dejan!...

LA FELICIDAD.—¡Otro desencanto! En vano me ofrezco á almas! Seguirán diciendo que no existo. Unas por no hallarme como imaginaron que debo ser, y otras, porque no les dejan prenderme...

(Mientras huye, levemente contristada, el momento en que la Felicidad es más bella y emocionante, el Príncipe y sus pajes siguen su loca búsqueda de la Felicidad, embriagados por el hechizo de aquel perfume de amor que desprenden las lilas como en un suspiro de tentación...)

E. GONZALEZ FIOLE

DIBUJO DE HERMÚA

DE NORTE A SUR



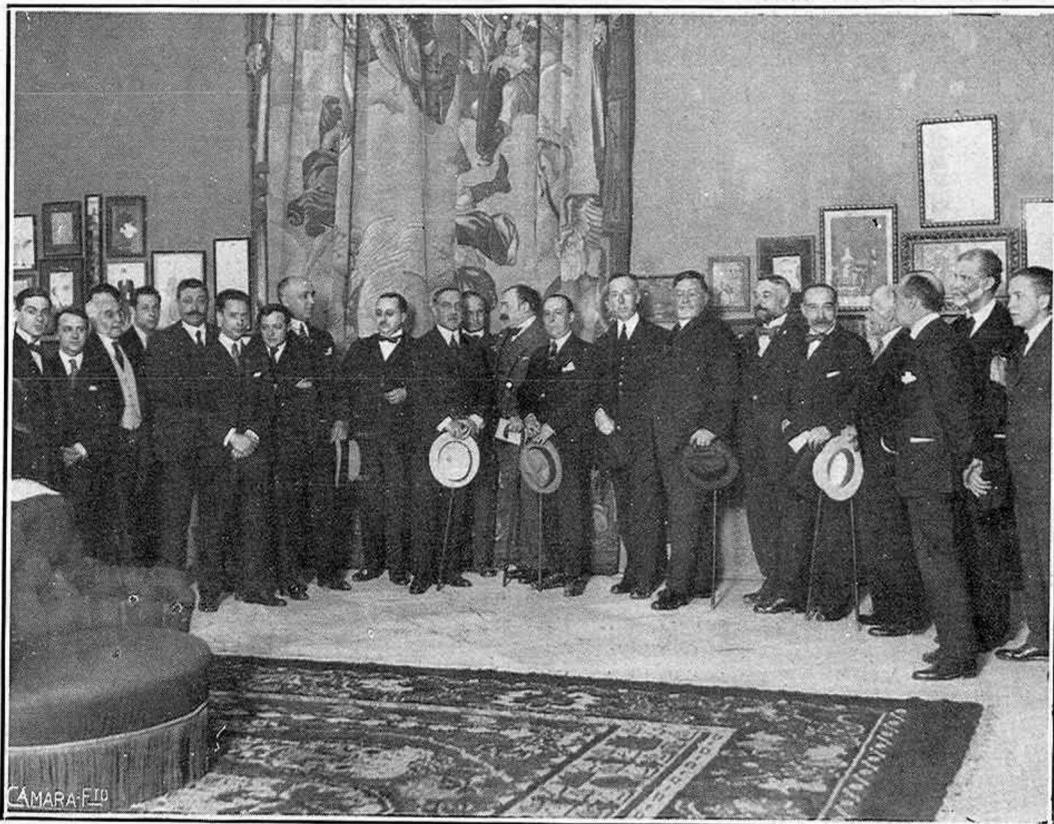
D. FRANCISCO J. GARCÍA DE LEANIZ
director general de Bellas Artes

Nuestro fraternal camarada y dilecto colaborador de Prensa Gráfica, José Francés, entusiasta luchador pro arte, ha obtenido un indiscutible y enorme triunfo con el VIII Salón de Humoristas, inaugurado recientemente por el director general de Bellas Artes, señor García de Leaniz, en el Palacio de Bibliotecas y Museos. En este Salón, después de una severa y escrupulosa depuración, ha reunido Francés un considerable número de obras, firmadas unas, la mayoría, por los artistas más prestigiosos y notables, y otras por jóvenes aún desconocidos, pero de mérito indiscutible. El acto inaugural de este interesante Salón resultó brillantísimo.

Nos complace publicar en esta página la fotografía del ilustre director general de Bellas Artes, D. Francisco Javier García de Leaniz, á cuyas gestiones se debe la gran brillantez y el éxito enorme con que actualmente se celebra la Exposición Nacional de Bellas Artes. Es ésta una nueva demostración del entusiasmo é interés que el Sr. García de Leaniz pone en el desempeño de su cargo.



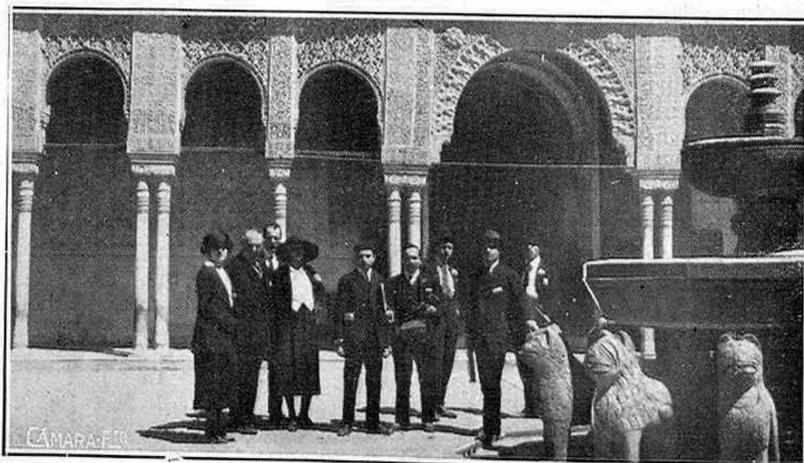
Monumento que se erigirá en el Cementerio de Málaga á las víctimas del incendio de la Aduana, ocurrido recientemente



Inauguración de la Exposición de Humoristas, organizada por nuestro compañero José Francés, á la que asistió el Director general de Bellas Artes



Copa modelada por Luis Perinat y donada por los Reyes para la Fiesta de la Flor en el Tiro de Pichón de la Casa de Campo



Uno de los últimos viajes de estudio efectuados por los alumnos de la Escuela de San Fernando, y á expensas de dicho Centro pedagógico, ha sido el realizado por el grupo de la clase del ilustre artista D. José Garnelo, pintor admirable y profesor eminentísimo. En las dos notas gráficas que recogemos de dicha excursión aparece el Sr. Garnelo con sus alumnos en el Teatro Romano de Mérida y en el Patio de los Leones de la Alhambra de Granada

LA MODA FEMENINA

REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

Toca de mañana,
de tul blanco



Sombrero de paja gris con
adorno de plumas de gallo

Sombrero de paja de tafia,
azul marino



CREO haber descubierto una gran verdad. Es posible que con el tiempo resulte que la tal verdad no haya sido revelada por mí; pero hasta en el presente estoy en el derecho de suponerlo, ya que jamás la oí de otros labios ni la leí en libro alguno. Por otra parte, es lógico que la descubra una mujer, puesto que ella es quien se aprovecha.

Tal vez piensen algunos que lo que aprecio como principio trascendental no tiene, en realidad, la menor importancia. Por ellos lo siento; su opinión no bastará á alterar un hecho: el de que por esta verdad se aumenta el poder de atracción de la mujer, y, en su consecuencia, las posibilidades de que rabie el hombre.

Pero hora es de que emita mi juicio y sostenga debidamente esta teoría.

La mujer silenciosa es la que á fin de cuentas triunfa...

Antes de que yo adquiriese el conocimiento del corazón humano que ahora poseo, tuve por simples á las mujeres que no hablaban. Hasta llegué á compadecerlas. Hoy, que he visto la vida más de cerca, me he convencido de que la manera de resultarle irresistible al sexo fuerte es callando; es decir: dejando que el hombre luzca sus dotes de palabra cuanto desea. Tengo hecha la prueba, y los efectos obtenidos por medio de este sistema pueden calificarse, á más de excelentes, fulminantes. Y no con un solo tipo de hombre, sino con todos. Claro es que el silencio á que me refiero no significa petrificación. Precisa que le acompañe el gesto y la sonrisa. Yo al menos así acostumbro á hacer. Mis



Abrijo en gabardina,
negro, con guarnición
gris y adorno de
cuentas de acero

escenas conquistadoras se inician siempre en la siguiente forma:

El (el de turno) se acerca á saludarme. Yo extendiendo una mano y callo.

Clava en mí sus ojos, y sonrío.

Yo bajo los ojos, y le correspondo con otra sonrisa.

Este preliminar silencioso establece desde luego entre nosotros cierta misteriosa relación. El, por supuesto, me cree turbada, y tamaña idea halaga deliciosamente su vanidad. Antójasele al punto que sin darse cuenta ha debido producir en mí una gratísima impresión, y en justa reciprocidad la siente hacia mi persona.

Inmediatamente ocupa un asiento próximo y procura ver mi rostro, que yo oculto tras el ala del sombrero; inapreciable valor de los sombreros grandes.

Entonces me dirige algunas preguntas convencionales, para contestar á las cuales suspendo momentáneamente la mudez. Pero mis respuestas son monosílabos. Viene entonces un momento de preocupación por parte de él. No quisiera desbaratar el efecto producido por una conversación banal, y al mismo tiempo el silencio prolongado empieza á pesar. Entonces es el momento, el único, en que la mujer puede hablar, preguntando al hombre—cual si él sólo poseyera la ciencia precisa para resolver el problema—su opinión acerca de algún asunto: política, literatura, arte, cualquier cosa de relativa importancia.

Animado por la confianza que en su criterio

se deposita, el hombre se dispone á hablar, y aquí terminó nuestra misión. Con expresión de sorpresa unas veces, de incredulidad otras y de admiración las más, basta para sostener el interés, máxime si de vez en cuando alguna exclamación, pronunciada en voz dulce, señala los párrafos más brillantes de la oración. Terminando todo ello con la convicción profunda, por parte de él, de que semejante mujer es el tipo ideal: inteligente, comprensiva, espiritual, y por añadidura nada pedante, puesto que ni un sólo momento ha pretendido teorizar.

Y si á esto se agrega una *toilette* adecuada, ¡ah!, entonces el triunfo es rotundo.

Yo tengo para tales casos una vestimenta deliciosa, con la que hice nada menos que tres conquistas consecutivas en el último *garden party*. Se trata de una falda de brecha lo color crema muy estrecha, y una sobrefalda de igual tono, de falla gruesa amplísima. Un cuerpo largo del brochado, ceñido á las caderas, y anchas mangas de lo mismo, en las que oculto las manos en los instantes de mayor emoción, de más intenso silencio... Un collar de cuentas de ágata y un enorme sombrero de encaje de seda verde, del que pende una cinta verde también, la que circunda la copa; luego se enrosca á mi cuello y cae hasta el borde de la sobrefalda. Unos guantes de gamuza, largos, y un bolsillito de oro sujeto á la muñeca son los únicos complementos.

LAS ESFINGES DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO

EL problema de la vulgarización científica tiene en España varios y valiosos propagadores, que algo consiguieron en orden a sus nobles propósitos; pero el de la vulgarización histórica, fuera de los Manuales que se dan a los niños de las escuelas, no cuenta con personas que se amolenden a bajar de las alturas en que se mueven para llegar con sus conocimientos al plano en que conviven la mayoría de los nacidos en España. Digo esto porque en veinte años de asidua observación en lo que se relaciona con la cultura histórica de la España antigua, no vi a un individuo de pueblo que supiera más allá de la resobada letanía de: Ataulfo, Sigerico, Walia, Teodoro, etcétera, y de aquello otro de

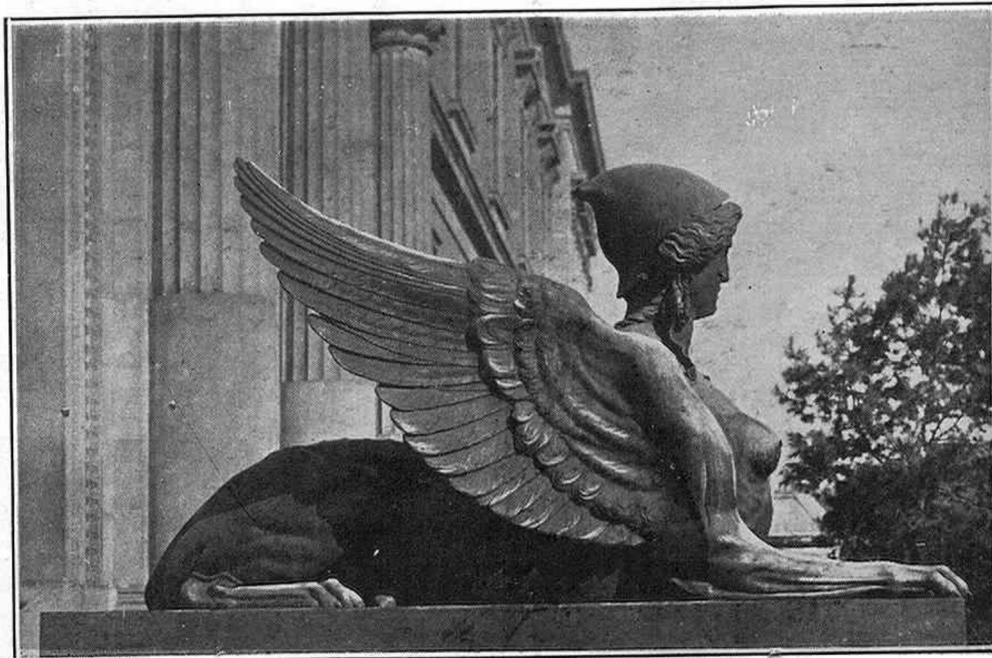
que todo edificio que es antiguo es obra de moros. Consecuencia verdadera de la anterior observación es que todos los visitantes que llegan a la entrada del Museo Arqueológico Nacional y ven las dos esfinges de bronce que la adornan, dicen con disculpable curiosidad: «¿Qué bichos serán éstos?» En cierta ocasión, yo satisficé la curiosidad de unos «isidros» que hicieron ante mí esa pregunta, y quedaron tan asombrados, que volvieron a bajar las escaleras de esa entrada, y estuvieron una hora filosofando a su modo a la vista de las esfinges.

Esa escena referente a las esfinges se podría hacer extensiva a miles de objetos conservados en el citado Museo; mas como no hay quienes estén prontos a contestar las preguntas similares a la de: «¿Qué bichos serán éstos?», resulta que el tal Museo se visita y se recorre ni más ni menos como se visitaría un cementerio en el que no hay enterrado conocido ni pariente alguno.

Llenar este vacío histórico es lo que se intenta con la publicación de algunos artículos en Revistas de extensa suscripción.

Las esfinges que adornan la entrada del Museo Arqueológico no ocupan ese lugar por un capricho ni por una necesidad arquitectónica; esas dos artísticas figuras de bronce resumen en sí todo lo que hay dentro del edificio, que es el eco de la vida del hombre desde que Dios le crió hasta los tiempos modernos. Esas esfinges están tomadas de las monedas acuñadas en las poblaciones de la España antigua llamadas *Cástulo*, *Hiberis* y *Ursona*, que corresponden al actual poblado de Cazorla, a Granada y a Osuna de la región de Andalucía. No existe ese tipo de la esfinge en población alguna de la España Citerior; y este detalle, que parece insignificante, demuestra, a mi entender, un punto histórico muy debatido con respecto al camino por donde vino un gran núcleo de civilización a nuestra patria, que unos sostienen entró por el Norte de la Península, y los menos, por el Sur. Esta última opinión tiene apoyo en estas esfinges, cuyo principal origen está en Egipto, y cuya evolución la hizo el arte griego. Las del Museo Arqueológico, tomadas de las monedas del Sur de España, hacen revivir una tradición, que sólo pudo venir en las naves de aquellos fenicios que antes que los pueblos del Norte se establecieron en nuestra Península. Esas esfinges demuestran que el origen de nuestra cultura procede más de abajo que de arriba.

Las esfinges del Museo Arqueológico rememoran la celeberrima de



Museo Arqueológico Nacional. Esfinge de la entrada, vista de costado

Tebas, que, según la tradición, apareció, poco tiempo después de la muerte dada por Edipo a su padre, en un monte próximo a dicha ciudad; y colocándose en la angostura del único camino que conducía a la capital de Beocia, detenía a todo viajero que por allí pasaba y le proponía un enigma, que debería descifrar, con la terrible condición de que si no le resolvía le devoraba incontinenti. Edipo, a quien se le ofreció la mano de Yocasta y el título de Rey si conseguía la desaparición del monstruo, se presentó ante la esfinge, la cual le propuso este enigma: «¿Qué animal es el que por la mañana tiene cuatro pies, durante el día dos y por la noche tres?» Edipo contestó que tal animal era el hombre, que cuando niño anda en cuatro pies; cuando adulto, en dos pies, y cuando viejo, en tres. Y ante esta solución, la esfinge abandonó su puesto y desapareció para siem-

pre. Esta es la esencia de la tradición; pero el problema filosófico que encierra es el siguiente, digno de meditarse con el reposo y seriedad que merece. Todos los seres humanos que venimos al mundo nos encontramos con la esfinge de la existencia ó, mejor dicho, de la subsistencia, que nos dice: «Si eres fuerte; si eres trabajador; si eres honrado, la vida será para ti llevadera y beneficiosa; pero si no eres así, morirás física ó moralmente.»

La esfinge de Tebas es el símbolo más perfecto de nuestra vida y de la vida de la Humanidad; los pueblos, lo mismo que los individuos, vienen a la vida con una misión que cumplir: una esfinge misteriosa les propone el enigma que ellos referente, y si le resuelven con acierto, viven; si no le resuelven bien, el abrazo con la muerte es seguro.

Pasando la entrada del Museo se conoce perfectamente qué civilización resolvió con acierto el enigma, que a su aparición les propuso la esfinge. La civilización egipcia, por ejemplo, acertó con el enigma; pasó la encrucijada del camino y llegó a su término con honor: hicieron lo mismo la civilización griega y la romana, y todavía perduran los recuerdos de la civilización árabe, que testifican su victoria sobre la esfinge.

Fuera del Museo, por las calles, por las casas, por los caminos y por las poblaciones se ven a cada paso ejemplos del enigma de la esfinge. Ese hombre viejo que miedosamente se acerca a un transeunte, diciéndole que no ha comido hace veinticuatro horas, es una víctima que no acertó a resolver el enigma que al nacer le propuso la esfinge. Ese señorito que, a pesar de haber sido envuelto en finos pañales y recibido educación costosa, está desmedrado y lleva en su rostro señales inequívocas de su arrastrada vida, es otra víctima de la esfinge. Esa Empresa que empezó bajo auspicios favorables y quebró al poco tiempo, es un bocado que sirvió de alimento a la esfinge. Ese pueblo en el que las autoridades no saben mandar y los súbditos se convierten en manadas de borregos, también son pasto de la esfinge.

Si cuantos leen este artículo dedicasen unos momentos a reflexionar sobre el simbólico sentido que representan las esfinges que bordean la entrada del Museo Arqueológico Nacional, quizá no subirían por sus escaleras con la indiferencia que las suben; y parándose ante esas esfinges, oírían una voz interior que les haría entender si en lo que llevan de vida aciertan ó desaciertan el enigma de la existencia que les proponen esos dos monstruos fabulosos, tan admirablemente representados en este edificio nacional.

En las adjuntas fotografías se presentan de manera que puedan ser examinadas de frente y de costado. Ambas esfinges tienen cabeza y pecho de mujer, cuerpo y garras de león y alas de águila; sublime conjunto que representa la belleza, el vigor y la agilidad, altísimas cualidades con las que se desenvuelve y progresa la verdadera vida, y sin las cuales todo es sombra, frío, enfermedad ó muerte.



Esfinge de la entrada, vista de frente

IGNACIO CALVO



EL BAÑO NO ES COMPLETO
si no usa luego

JABÓN HENO DE PRAVIA

Su abundante espuma libra á la piel
de los efectos del agua salada.

PASTILLA 1.50

PERFUMERÍA GAL.-MADRID



Pasad el VERANO en SUIZA

Paraíso de los deportes de verano por el aire tonificante de sus montañas

Para cuantos informes se deseen referentes á los ferrocarriles, excursiones, estaciones veraniegas, balnearios y sanatorios, deportes y diversiones, escuelas públicas ó privadas, curiosidades artísticas, etc., dirigirse á:

Office Suisse du Tourisme, Zurich, Löwenstrasse, 55, ó á su Sucursal en Lausanne, Place St. François, 6.

Banca Marsans, Barcelona, Rambla Canaletas, 2, ó á las Agencias de Viajes: Thos. Cook & Son en todos los países.

America Express Co. en todos los países.

GINEBRA

Para el turista el nombre de Ginebra evoca la estancia risueña al borde de un lago incomparable

El Lago de Ginebra

El panorama es admirable. Hay que ver desde Ginebra el majestuoso Mont Blanc

VEVEY

Lago Lemán

Gran Centro de Excursiones.

Estación climatérica Mont Pélerin (900 m.)

Les Pléiades (1.364 m.). Blonay.

ESTACIÓN **MONT PÉLERIN** Suiza francesa. V E V E Y Altitud 900 m. "Villégiature" ideal en toda estación. Hoteles modernos. Facilidad de acceso por funicular y hermosas carreteras para "autos". Reune ventajas montaña, llano y lago. Folleto ilustrado gratuito por la oficina de informes, MONT PÉLERIN.

ZERMATT 1.620 m.

Estación climatérica y centro de alpinismo, al pie del Cervin (4.505 m.) y del Mont Rose (4.638 m.)

ZURICH

La ciudad más importante de Suiza, con una situación espléndida al borde del lago y al pie de los Alpes. Todos los deportes de verano. Golf. Escuelas afamadas en el mundo entero.

Del 3 al 10 de Septiembre Meeting Internacional de Aviación, con Exposición.

Precios de pensión: Hoteles de primer orden desde 18 francos. Hoteles de segundo orden desde 12 francos y pensiones desde 10 fcs.

GSTAAD 1.100 m.

Línea Montreux-Interlaken.

Estación curativa de primer orden.

Grandioso panorama de montañas.

Bosques de abetos.

Ascensiones de alta montaña.

14 Hoteles. Pensiones desde 10 pesetas.

Temporada **INTERLAKEN** Entre los lagos de Abril-Octubre Thoun y de Brienz

Estación climatérica de gran fama

"Villégiature" incomparable. Paseos por los bosques. Iglesia católica. Todos los deportes de verano. Magnífico Casino. Nuevo establecimiento de baños. Punto de partida más conveniente para todas las excursiones en el Oberland Bernes. Precios reducidos para estancia prolongada en los Hoteles.

Prospectos por las Agencias de Viajes.

EL CENTRO MUNDIAL DE LOS DEPORTES ALPINOS

Wengen - Murren
Grindelwald - Lauterbrunnen
y los ferrocarriles de
Murren, Schynige Platte
y de la Jungfrau

VENID A QUI

Lago de Thoune OBERLAND BERNES

Estaciones al borde del Lago: Thoune con Kursaal, Hilterfingen, Oberhofen, Gunten, Merlingen, Spiez y Hondrich, Leissigen.

Estaciones de altitud: Sigriswil, 800 m. Goldiwil, 1.000 metros. Staffalp, 1.000 m. St. Beatenberg, 1.150 m. Gurnigelbad, 1.155 m.

120 Hoteles y pensiones. Baños. Deportes de verano de todas clases. Barcos y numerosos ferrocarriles de montaña. Oficina Oficial de Informes, Thoune.

GRISONS

ESTACIONES DE ALTITUD DE VERANO

Afamadas aguas carbónicas-ferruginosas * * * Centro de Golf 20 campos de Tennis * * *

1.500-1.800 m. Estación alpina **Davos**, 6.000 camas. Estación climatérica

1.800 m. Estación climatérica **Arosa**, 2.400 camas. Estación de deportes

1.800 m. Centro de turistas **Pontresina**, 2.100 camas. Engandina

1.100 m. Baños de lago **Flims**, 1.300 camas. Hermosos bosques

Tarasp **Schuls** **Vulpera**

1.250 m. El Karlsbad suizo 2.200 camas

Klosters **Celerina**

Estación climatérica alpina El centro de la Alta Engandina

Bergün **Passugg-les-Bains**

1.400 m., cerca de la Engandina Aguas alcalinas, ferruginosas y yodadas

Lenzerheide

1.500 m. La residencia ideal de vacaciones

Guía ilustrada "Les Grisons" enviada por la Oficina Oficial de Informes de "Les Grisons", en Coire

LUCERNA

Al borde del incomparable Lago de Lucerna.

Casino. Distracciones. Deportes.

Exposiciones.

Excursiones en «auto», barco y funiculares.

Almacenes de especialidades suizas.

Guía por la Oficina Oficial de Informes, Lucerna.

ENGELBERG, cerca de Lucerna, 1.019 m.

Estación de altitud de primer orden. Ferrocarril eléctrico

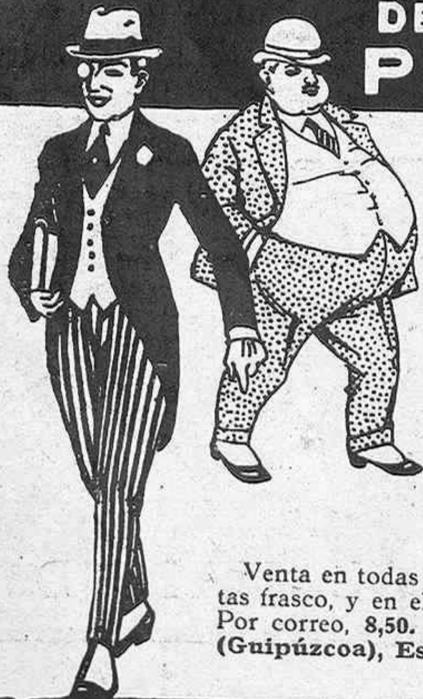
Stansstad-Engelberg. Funicular Gerschnialp, 1.300 m.

Programa de los deportes y festejos enviado por la Oficina de Informes de Engelberg.

PRECIOS DE PENSIÓN Hoteles de primer orden, 15 á 35 pesetas. Hoteles de segundo orden, 10 á 18 pesetas. Pensiones, 8 á 15 pesetas.

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

Desde el 1.º de Junio actual hasta el 30 de Septiembre, ambos inclusive, como todos los años, regirá en las oficinas de la Compañía de Coches-Camas el horario de verano, de las 8 á las 14. El despacho de billetes estará abierto al público de las 9 á las 13 y de las 16 á las 19.

ELIXIR ESTOMACAL de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

había hablado mucho de la posibilidad de ciertas visitas, y cada vez que llegaba alguien á la casa temían todos que fuese la policía. El chófer preguntaba con sorda cólera á sus compañeros:

—Se mató el capitán, y este barco se va á pique. ¿Quién nos pagará ahora lo que nos deben?...

Regresó el ingeniero al centro de la ciudad para comer en un restaurante, y tres veces llamó por teléfono á la casa de Torrebianca. Cerca ya de media noche le contestaron que el señor acababa de enochar, y Robledo se apresuró á volver á la avenida Henri Martin.

Encontró á Federico en su biblioteca considerablemente avejentado, como si las últimas horas hubiesen valido para él años enteros. Al ver entrar á Robledo lo abrazó, buscando instintivamente un apoyo para sostener su cuerpo desalentado.

Le parecía asombroso que pudieran soportarse tantas emociones en tan poco tiempo. Por la mañana había sentido la misma impresión de felicidad y confianza que Robledo, ante la hermosura del día. ¡Daba gusto vivir!... Y de pronto el llamamiento por teléfono, la terrible noticia, la marcha apresurada al domicilio de Fontenoy, el cadáver del banquero tendido en la cama y arrebatado después por los que intervienen en esta clase de muertes para hacer su autopsia.

Aún le había causado una impresión más dolorosa ver el aspecto de las oficinas de Fontenoy. El juez estaba en ellas como único amo, examinando papeles, colocando sellos, procediendo á un registro sin piedad, apreciándolo todo con ojos fríos, recelosos é implacables. El secretario del banquero, que había llamado á Torrebianca por teléfono, hacía esfuerzos para ocultar su turbación, y acogió la presencia de éste con gestos pesimistas.

—Creo que vamos á salir mal de esta aventura. El patrón debía habernos prevenido...

Pasó Torrebianca el resto del día buscando á otras personas de las que habían colaborado con Fontenoy, cobrando grandes sueldos por figurar como autómatas en los Consejos de Administración de sus empresas. Todos se mostraban igualmente pesimistas, con un miedo feroz capaz de toda clase de mentiras y vilezas contra los otros para conseguir la propia salvación.

Se quejaban de Fontenoy, al que habían alabado hasta pocas horas antes para que les proporcionase nuevos sueldos. Algunos le llamaban ya «bandido». Los hubo que, necesitando atacar á alguien para justificarse, insinuaron sus primeras protestas contra Torrebianca.

—Usted ha dicho en sus informes que los negocios eran magníficos. Debe haber visto con sus propios ojos lo que existe en aquellas tierras lejanas, pues de otro modo no se comprende cómo puso su firma en unos documentos técnicos que sirvieron para infundirnos confianza en los negocios de ese hombre.

Y Torrebianca empezó á darse cuenta de que todos necesitaban una víctima escogida entre los vivos, para que cargase con las tremendas responsabilidades evitadas por el banquero al refugiarse entre los muertos.

—Tengo miedo, Manuel—dijo á su amigo—. Yo mismo no comprendo ahora cómo firmé esos papeles, sin darme cuenta de su importancia... ¿Quién pudo aconsejarme una fe tan ciega en los negocios de Fontenoy?

Robledo sonrió tristemente. Podía darle el nombre de la persona que le había aconsejado; pero consideró inoportuno aumentar con tal revelación el desaliento de su amigo.

Aun en medio de sus terribles preocupaciones, Torrebianca pensaba en su mujer.

—¡Pobre Elena! He hablado con ella hace un momento... Creí que iba á sufrir un accidente al contarle yo cómo había visto el cadáver de Fontenoy. Este suceso ha perturbado de tal modo su sistema nervioso, que temo por su salud.

Pero Robledo sentía tal impaciencia ante sus lamentaciones, que acabó por decir brutalmente:

—Piensa en tu situación y no te ocupes de tu mujer. Lo que te amenaza es más grave que un ataque de nervios.

Los dos hombres, después de hablar largamente de esta catástrofe, acabaron por sentir cierto optimismo, como todos los que se familiarizan con la desgracia. ¿Quién podía conocer la verdad exacta mientras los asuntos del banquero no fuesen puestos en claro por la Justicia!... Fontenoy era más iluso que malvado; esto lo reconocían hasta sus mayores enemigos. Muchos de los negocios ideados por él acabarían siendo excelentes. Su defecto había consistido en pretender hacerlos marchar demasiado aprisa, engañando al público sobre su verdadera situación. Tal vez unos administradores prudentes sabrían hacerlos productivos, reconociendo los informes de Fontenoy como exactos y declarando que Torrebianca no había cometido ningún delito al aprobarlos.

—Bien podría ser así—dijo Robledo, que necesitaba mostrarse igualmente optimista.

Le había infundido al principio una gran inquietud el desaliento de su amigo, y prefería ayudarlo á recobrar cierta confianza en el porvenir. Así pasaría mejor la noche.

—Verás cómo todo se arregla, Federico. No concedas demasiado valor á lo que dicen los antiguos parásitos de Fontenoy, aconsejados por el miedo.

Al día siguiente lo primero que hizo el español al levantarse fué buscar los periódicos. Todos se mostraban pesimistas y amenazadores en sus artículos sobre este suicidio, que tomaba la importancia de un gran escándalo parisién, augurando que la Justicia iba á meter en la cárcel á personalidades muy conocidas, antes de que hubiesen transcurrido cuarenta y ocho horas. Hasta creyó adivinar en uno de los periódicos vagas alusiones á los informes de cierto ingeniero, protegido de Fontenoy.

Cuando volvió á encontrar á Federico en su biblioteca, todavía le vió más viejo y más desalentado que en la noche anterior. Sobre una mesa estaban los mismos diarios que había leído él.

—Quieren llevarme á la cárcel—dijo con voz doliente—. Yo, que nunca he hecho mal á los demás, no comprendo por qué se encarnizan de tal modo conmigo.

En vano intentó Robledo consolarle.

—¡Qué vergüenza!—siguió diciendo—Jamás he temido á nadie, y, sin embargo, no puedo sostener la mirada de los que me rodean. Hasta cuando me habla mi ayuda de cámara bajo los ojos temiendo ver los suyos... ¡Qué dirán de mí en mi propia casa!

Luego añadió, encogido y humilde, como si hubiese retrocedido á los años de su infancia:

—Tengo miedo á salir. Tiemblo sólo de pensar que puedo ver á las mismas personas que he encontrado tantas veces en los salones, y me será preciso explicarles mi conducta, sufrir sus miradas irónicas, sus palabras de falsa lástima.

Se detuvo para añadir poco después con admiración:

—Elena es más valiente. Esta mañana, después de leer los periódicos, pidió el automóvil para ir no sé dónde. Debe estar haciendo visitas. Me dijo que era preciso defenderse... Pero, ¿cómo voy á defenderme si es verdad que he autorizado con mi firma informes sobre negocios que no conozco?... Yo no sé mentir.

En vano intentó Robledo infundirle confianza como en la noche anterior. Su optimismo carecía ya de fuerzas para rehacerse.

—También mi mujer cree que esto puede arreglarse. Ella se siente tan segura de su influencia, que nunca llega á desesperar. Tiene en París muchas amistades; le quedan muchas relaciones de familia. Se ha ido esta mañana jurando que conseguirá desbaratar las tramas de mis enemigos... Porque ella supone que tenemos muchos enemigos y esos son los que intentan perderme, buscando un pretexto en los negocios de Fontenoy... Elena sabe de todo más que yo; y no me extrañaría que consiguiese hacer cambiar la opinión de los periódicos y la del mismo juez, desvaneciendo esas amenazas disimuladas de proceso y de cárcel.

Se estremeció al pronunciar la última palabra.

—¡La cárcel!... ¿Ves tú, Manuel, á un Torrebianca en la cárcel?... Antes de que eso ocurra, apelaré al medio más seguro para evitar tal vergüenza.

Y recobraba su antigua energía, nerviosa y vibrante, como si en su interior resucitasen todos sus antepasados, ofendidos por la amenaza. Robledo se alarmó al ver la fría luz que pasaba por las pupilas de su amigo, igual al resplandor fugaz de una espada cimbreada.

—Tú no puedes hacer ese disparate—dijo—. Vivir es lo primero. Mientras uno vive, todo puede arreglarse, bien ó mal. Con la muerte sí que no hay arreglo posible... Además, ¿quién sabe!... Tal vez no te equivocas en lo que se refiere á tu mujer, y ella pueda llegar á influir en el arreglo de tu situación. Cosas más difíciles se han visto.

Al salir de la biblioteca encontró Robledo á varias personas sentadas en el recibimiento y aguardando pacientemente. El ayuda de cámara, con una confianza extemporánea y molesta para él, murmuró:

—Esperan á la señora marquesa... Les he dicho que el señor había salido.

No añadió más el criado; pero la expresión maliciosa de sus pupilas le hizo adivinar que los que esperaban eran acreedores.

El suicidio del banquero había dado fin al escaso crédito que aún gozaban los Torrebianca. Todas aquellas gentes debían saber que Fontenoy era el amante de la marquesa. Por otra parte, la quiebra de su Banco privaba al marido de los empleos que servían aparentemente para el sostenimiento de su lujosa vida.

Comprendió ahora que su amigo tuviese miedo y vergüenza de los que le rodeaban en su propia casa y permaneciese aislado en su biblioteca.

A media tarde habló por teléfono con él. Elena

acababa de regresar de su correría por París, mostrándose satisfecha de sus visitas.

—Me asegura que por el momento ha parado el golpe, y todo se irá arreglando después—dijo Torrebianca, no queriendo mostrarse más expansivo en una conversación telefónica.

Cerrada la noche, volvió Robledo á la avenida Henri Martin. Había leído en un café los diarios vespertinos, no encontrando en ellos nada que justificase la relativa tranquilidad de su amigo. Continuaban las noticias pesimistas y las alusiones á una probable prisión de las personas comprometidas en la escandalosa quiebra.

Vió otra vez sobre una mesa de la biblioteca los mismos periódicos que él acababa de leer, y se explicó el desaliento de su amigo, quebrantado por el vaivén de los sucesos, saltando en el curso de unas pocas horas de la confianza á la desesperación. Era rudo el contraste entre su voz fría y reposada y el crispamiento doloroso de su rostro. Indudablemente, había adoptado una resolución, y persistía en ella, sin más esperanza que un suceso inesperado y milagroso, único que podía salvarle. Y si no llegaba este prodigio..., entonces...

Robledo miró á todos lados, fijándose en la mesa y otros muebles de la biblioteca. ¿No poder adivinar dónde estaba guardado el revólver que era para su amigo la última solución!...

—¿Hay gente ahí fuera?—preguntó Torrebianca.

Como parecía conocer las visitas molestas que durante el día habían desfilado por el recibimiento, Robledo no pidió una aclaración á esta pregunta, limitándose á contestarla con un movimiento negativo. Entonces él habló de aquella invasión de acreedores que llegaba de todos los extremos de París.

—Huelen la muerte—dijo—, y vienen sobre esta casa como bandas de cuervos... Cuando entró Elena á media tarde, el recibimiento estaba repleto... Pero ella posee una magia á la que no escapan hombres ni mujeres, y le bastó hablar para convencerlos á todos. Creo que hasta le habrían hecho nuevos préstamos de pedírselos ella...

Ensalzaba con orgullo el poder seductor de su esposa; pero la realidad se sobrepuso muy pronto á esta admiración.

—Volverán—dijo con tristeza—. Se han ido, pero volverán mañana... También Elena ha visto á ciertos amigos poderosos que inspiran á los periódicos ó que tienen influencia sobre los jueces. Todos le han prometido servirla; pero, ¡ay!, cuando ella está lejos, cuando no la ven, su poder ya no es el mismo... Le han dicho que arreglarán las cosas, y no dudo que así será por el momento; pero, ¿qué puede una mujer contra tantos enemigos?... Además, no debo consentir que mi esposa vaya de un lado á otro defendiéndome, mientras yo permanezco aquí encerrado. Sé á lo que se expone una mujer cuando va á solicitar el apoyo de los hombres. No... Eso sería peor que la cárcel.

Y por las pupilas de aquel hombre, que mostraba á veces como un niño y un temor general y á continuación una gran energía, pasó cierto resplandor agresivo al pensar en los peligros á que podía verse expuesta la fidelidad de Elena durante las gestiones hechas para salvarle.

—La he prohibido que continúe las visitas, aunque sean á viejos amigos de su familia. Un hombre de honor no puede tolerar ciertas gestiones cuando se trata de su mujer... Confiémonos á la suerte, y ocurra lo que Dios quiera. Sólo al cobarde le falta una solución cuando llega el momento decisivo.

Robledo, que le había escuchado sin dar muestras de impaciencia, dijo con voz grave:

—Yo tengo una solución mejor que la tuya, pues te permitirá vivir... Vente conmigo.

Y lentamente, con una frialdad metódica, como si estuviera exponiendo un negocio ó un proyecto de ingeniería, le explicó su solución.

Era absurdo esperar que se arreglasen favorablemente los asuntos embrollados por el suicidio de Fontenoy, y resultaba peligroso seguir en París.

—Te advierto que adivino lo que piensas hacer mañana ó tal vez esta misma noche, si consideras tu situación sin remedio. Sacarás tu revólver de su escondrijo, tomarás una pluma y escribirás dos cartas, poniendo en el sobre de una de ellas: «Para mi esposa»; y en el sobre de la otra: «Para mi madre». ¡Tu pobre madre que tanto te quiere, que se ha sacrificado siempre por ti, y á cuyos sacrificios corresponderás yéndote del mundo antes de que ella se marche!...

El tono de acusación con que fueron dichas estas palabras conmovió á Torrebianca. Se humedecieron sus ojos, y bajó la frente como avergonzado de una acción innoble. Sus labios se movieron, y Robledo creyó adivinar que murmuraban levemente: «¡Mamá!... ¡Mamá mía!»

Sobreponiéndose á su emoción, volvió á levantar Federico su cabeza.

—¿Crees tú—dijo—que mi madre se considerará más feliz viéndome en la cárcel?

El español se encogió de hombros.

—No es preciso que vayas a la cárcel para seguir viviendo. Lo que pido es que te dejes guiar por mí y me obedezcas, sin hacerme perder tiempo.

Después de mirar los periódicos que estaban sobre la mesa, añadió:

—Como creo difícilísima tu salvación, mañana mismo salimos para la América del Sur. Tú eres ingeniero, y allá en la Patagonia podrás trabajar a mi lado... ¿Aceptas?

Torrebianca permaneció impasible, como si no comprendiese esta proposición ó la considerase tan absurda que no merecía respuesta. Robledo pareció irritarse por su silencio.

—Piensa en los documentos que firmaste para servir a Fontenoy, declarando excelentes unos negocios que no habías estudiado.

—No pienso en otra cosa—contestó Federico—, y por eso considero necesaria mi muerte.

Ya no contuvo su indignación el español al oír las últimas palabras, y, abandonando su asiento, empezó a hablar con voz fuerte.

—Pero yo no quiero que mueras, grandísimo majadero. Yo te ordeno que sigas viviendo, y debes obedecerme... Imagínate que soy tu padre... Tu padre, no, porque murió siendo tú niño... Hazte cuenta que soy tu madre; tu vieja mamá, a la que tanto quieres, y que te dice: «Obedece a tu amigo, que es lo mismo que si me obedecieses a mí.»

La vehemencia con que dijo esto, volvió a conmover a Torrebianca hasta el punto de hacerle llevar las manos a los ojos. Robledo aprovechó su emoción para decir lo que consideraba más importante y difícil.

—Yo te sacaré de aquí. Te llevaré a América, donde puedes encontrar una nueva existencia. Trabajarás rudamente, pero con más nobleza y más provecho que en el viejo mundo; sufrirás muchas penalidades, y tal vez llegues a ser rico... Pero para todo eso necesitas venir conmigo..., solo.

Se incorporó el marqués, apartando las manos de su rostro. Luego miró a su amigo con una extrañeza dolorosa. ¿Solo?... ¿Cómo se atrevía a proponerle que abandonase a Elena?... Prefería morir, pues de este modo se libraba del sufrimiento de pensar a todas horas en la suerte de ella.

Como Robledo estaba irritado, y en tal caso siempre que encontraba oposición a sus deseos era de un carácter impetuoso, exclamó irónicamente: —¡Tu Elena!... Tu Elena es...

Pero se arrepintió al fijarse en el rostro de Federico, procurando justificar su tono agresivo.

—Tu Elena es... la que tiene gran parte de culpa de la situación en que ahora te encuentras. Ella te hizo conocer a Fontenoy. ¿No es así?... Por ella firmaste documentos que representan tu deshonra profesional.

Federico bajó la cabeza, pero el otro todavía quiso insistir en su agresividad.

—¿Cómo conoció tu mujer a Fontenoy?... Me has dicho que era amigo antiguo de su familia, pero eso es todo lo que sabes.

Se contuvo un momento, pero su cólera le empujó, pudiendo más que su prudencia que le aconsejaba callar.

—Las mujeres conocen siempre nuestra historia, y nosotros sólo sabemos de ellas lo que quieren contarnos.

El marqués hizo un gesto como si se esforzase por comprender el sentido de tales palabras.

—Ignoro lo que quieres decir—dijo con voz sombría—; pero piensa que hablas de mi mujer. No olvides que lleva mi nombre. ¡Y yo la amo tanto!...

Después los dos quedaron en silencio. Según transcurrían los minutos parecía agrandarse la separación entre ambos. Robledo creyó conveniente decir algo para restablecer su amistosa cordialidad.

—Allá, la vida es dura, y sólo se conocen de muy lejos las comodidades de la civilización. Pero el desierto parece dar un baño de energía, que purifica y transforma a los hombres fugitivos del viejo mundo, preparándolos para una nueva existencia. Encontrarás en aquel país náufragos de todas las catástrofes que han llegado lo mismo que los que se salvan nadando, hasta poner el pie en una isla bienaventurada. Todas las diferencias de nacionalidad, de casta y de nacimiento desaparecen. Allá sólo hay hombres. La tierra donde yo vivo es... la tierra de todos.

Como Torrebianca permanecía impasible, creyó oportuno recordarle otra vez su situación.

—Aquí te aguardan la deshonra y la cárcel; ó, lo que es peor, la estúpida solución de matarte. Allá conocerás de nuevo la esperanza, que es lo más precioso de nuestra existencia... ¿Vienes?

El marqués salió de su estupefacción, iniciando el esperado movimiento afirmativo; pero Robledo le contuvo con un ademán para que esperase, y añadió energicamente:

—Ya sabes mis condiciones. Allá hay que ir como a la guerra: con pocos bagajes; y una mujer es el más pesado de los estorbos en expediciones de este género... Tu esposa no va a morir de pena porque

tú la dejes en Europa. Os escribiréis como novios; una ausencia larga reanima el amor. Además, puedes enviarle dinero para el sostenimiento de su vida. De todos modos, podrás hacer por ella mucho más que si te matas ó te dejas llevar a la cárcel... ¿Quieres venir?

Torrebianca quedó pensativo largo rato. Después se levantó é hizo una seña a Robledo para que esperase, saliendo de la habitación.

No permaneció mucho tiempo solo el español. Le pareció oír muy lejos, como apagadas por las colgaduras y los tabiques, voces que casi eran gritos. Luego sonaron pasos más próximos, se levantó violentamente un cortinaje y entró Elena en la biblioteca seguida de su esposo.

Era una Elena transformada también por los acontecimientos. Robledo creyó que para ella las horas habían sido igualmente largas como años. Parecía más vieja; pero no por eso dejaba de ser hermosa, pues su belleza ajada parecía más sincera que la de los días risueños. Tenía el melancólico atractivo de un ramo de flores que empiezan a marchitarse. Habían transcurrido veinticuatro horas sin que pudiera dedicarse a los cuidados de su cuerpo, y estaba además bajo la influencia de incesantes emociones, unas dolorosas y otras irritantes para su amor propio. Más que en la suerte de su marido, pensaba en lo que estarían diciendo a aquellas horas las numerosas amigas que tenía en París.

Arrojó violentamente a sus espaldas el cortinaje, y fué avanzando por la biblioteca como una invasión arrolladora. Sus ojos parecieron desafiar a Robledo.

—¿Qué es lo que me cuenta Federico?—dijo con voz áspera—; ¿Quiere usted llevárselo y que deje abandonada a su mujer entre tantos enemigos?... Torrebianca, que al marchar detrás de ella sentía de nuevo su poder de dominación, creyó del caso protestar para que recobrase su tranquilidad.

—Yo no te abandonaré nunca... Se lo he dicho a Manuel varias veces.

Pero Elena no le escuchaba, y continuó avanzando hacia Robledo.

—¡Y yo que le tenía a usted por un amigo verdadero!... ¡Mal sujeto! ¡Querer arrebatar a una mujer el apoyo de su esposo, dejándola sola!...

Al hablar miraba fijamente los ojos del español, como si pretendiese contemplarse en ellos. Pero debió ver tales cosas en estas pupilas, que su voz se hizo más suave, y hasta acabó por fingir un mohín infantil de disgusto, amenazando al hombre con un dedo. El colonizador permaneció impasible, encontrando, sin duda, inoportunas estas gracias pueriles, y Elena tuvo que continuar hablando con gravedad:

—A ver: explíquese usted. Dígame cuáles son sus planes para sacar a mi marido de aquí, llevándolo a esas tierras lejanas donde vive usted como un señor feudal.

Insensible a la voz y a los ojos de ella, habló Robledo con frialdad, lo mismo que si expusiese un trabajo de ingeniería.

Había discurrido, mientras conversaba con Federico, la manera de sacarlo de París. Buscaría al día siguiente un automóvil para él, como si se le hubiese ocurrido de repente emprender un viaje a España. Había que tomar precauciones. Torrebianca estaba en libertad; pero bien podía ser que lo vigilase la policía, mientras el juez meditaba una resolución. Aunque la frontera de España estaba lejos, la pasarían antes de que la Justicia hubiese lanzado una orden de prisión. Además, él tenía amigos cerca de la frontera, que les ayudarían en caso de peligro para que los dos llegasen a Barcelona, y una vez en este puerto era fácil encontrar pasaje para la América del Sur.

Elena le escuchó, frunciendo su entrecejo y moviendo la cabeza.



—Todo está bien pensado—dijo—; pero en ese plan, ¿por qué ha de incluir usted solamente a mi esposo?... ¿Por qué no puedo marcharme yo también?...

Torrebianca quedó sorprendido por la proposición. Horas antes, al volver Elena a casa, había mostrado una gran confianza en el porvenir para animar a su marido, y tal vez para engañarse a sí misma. Venía de visitar a hombres que conocía de larga fecha, y de recoger grandes promesas, dadas con la galantería melancólica y protectora que inspiran los recuerdos lejanos de amor. Como no veía otro remedio a su situación que estas palabras, había necesitado creer en ellas forjándose ilusiones sobre su eficacia; pero ahora, al conocer el plan de Robledo, todo su optimismo acababa de derrumbarse.

Las promesas de sus amistades no eran más que mentiras; nadie haría nada por ellos al verlos en la desgracia; la Justicia seguiría su curso. Su marido iría a la cárcel, y ella tendría que empezar otra vez..., ¡otra vez!, en un mundo extremadamente viejo, donde le era difícil encontrar un rincón que no hubiese conocido antes... Además, ¡tantas amigas deseosas de vengarse!...

Robledo vio pasar por sus ojos una expresión completamente nueva. Era de miedo; el miedo del animal acosado. Por primera vez percibió en la voz de Elena un acento de verdad.

—Usted es el único, Manuel, que ve claramente nuestra situación; el único que puede salvarnos... Pero léveme a mí también. No tengo fuerzas para quedarme... Primero mendigar en un mundo nuevo.

Y había tal tristeza y tal mansedumbre en esta súplica, que el español la compadeció, olvidando todo lo que pensaba contra ella momentos antes.

Torrebianca, como si adivinase la repentina flaqueza de su amigo, dijo energicamente:

—O te sigo con ella, ó me quedo a su lado, sin miedo a lo que ocurra.

Aún dudó Robledo unos momentos; pero al fin hizo un gesto de aceptación. Inmediatamente se arrepintió, como si acabase de aprobar algo que le parecía disparatado.

Empezó a reír Elena olvidando con una facilidad asombrosa las angustias del presente.

—Yo siempre he adorado los viajes—dijo con entusiasmo—. Montaré a caballo, cazaré fieras, arrostraré grandes peligros. Voy a vivir una existencia más interesante que la de aquí; una vida de heroína de novela.

El español la miró como espantado de su inconsciencia. Ya no se acordaba de Fontenoy. Parecía haber olvidado igualmente que aún estaba en París, y de un momento a otro la Policía podía entrar en la casa para llevarse a su marido.

También le alarmó la enorme distancia entre la existencia real de los que colonizan las soledades americanas y las ilusiones novelescas que se forjaba esta mujer.

Torrebianca les interrumpió con palabras de desaliento, como si juzgase imposible la realización del plan de su amigo.

—Para marcharnos, necesitamos pagar antes lo que debemos. ¿Dónde encontrar dinero?...

Su esposa volvió a reír; haciendo al mismo tiempo gestos de extrañeza.

—¡Pagar!... ¿Quién piensa en eso? Los acreedores esperarán. Yo encuentro siempre una palabra oportuna para ellos... Ya les pagaremos desde América cuando tú seas rico.

Obsesionado por sus escrúpulos, el marqués insistió en ellos con una tenacidad caballeresca.

—No saldré de aquí sin que hayamos pagado a lo menos nuestra servidumbre. Además, necesitamos dinero para el viaje.

Hubo un largo silencio; y el marido, que seguía pensativo, dijo de pronto, como si hubiese encontrado una solución.

—Afortunadamente, tenemos tus joyas. Podemos venderlas antes de embarcarnos.

Miró Elena irónicamente el collar y las sortijas que llevaba en aquel momento.

—No darán dos mil francos por estas ni por las otras que guardo. Todas falsas, absolutamente falsas.

—Pero, ¿y las verdaderas?—preguntó, asombrado, Torrebianca—; Y las que compraste con el dinero que te enviaron muchas veces de tus propiedades en Rusia?

Robledo creyó oportuno intervenir para que no se prolongase este diálogo peligroso.

—No quieras saber demasiado, y hablemos del presente... Yo pagaré a tus domésticos; yo costearé el viaje de los dos.

Elena le tomó ambas manos, murmurando palabras de agradecimiento. Torrebianca, aunque conmovido por esta generosidad, insistió en no aceptarla, pero el español cortó sus protestas.

—Vine a París con dinero para seis meses, y me iré a las cuatro semanas; eso es todo.

Después añadió con una desesperación cómica: —Me privaré de conocer unos cuantos restau-

rantes nuevos y de apreciar varias marcas de vinos famosos... Ya ves que el sacrificio nada tiene de extraordinario.

Federico le estrechó la diestra silenciosamente, al mismo tiempo que Elena le abrazaba con un im-pudor entusiástico. Todas sus palabras eran ahora para un país desconocido, en el que no pensaba horas antes y que admiraba ya como un paraíso.

—¡Qué ganas tengo de verme en aquella tierra nueva, que, como dice usted, es la tierra de todos!...

Y mientras los esposos hablaban de los preparativos para emprender al día siguiente un viaje que en realidad era una fuga, Robledo, puestos sus ojos en ella, repetía mentalmente:

«¡Qué disparate acabo de hacer!... ¡Qué terrible regalo voy a llevar a los que viven allá lejos, duramente... pero en paz!»

V

Unos trabajadores aragoneses que habían emigrado a la Argentina, llevando una guitarra como lo más precioso de su bagaje para acompañar las coplas «sacadas de su cabeza», al verla pasar a caballo, dedicaron una canción a «la Flor de Río Negro».

Este apodo poético se difundió inmediatamente por el país, y todos llamaron así a la hija del dueño de la estancia de Rojas; pero su verdadero nombre era Celinda.

Tenía diez y siete años, y aunque su estatura resultaba inferior a la correspondiente a su edad, llamaba la atención por sus ágiles miembros y la energía de sus ademanes.

Muchos hombres del país, que admiraban lo mismo que los orientales la obesidad femenil, considerando una exuberancia de carnes como el acompañamiento indispensable de toda hermosura, hacían gestos de indiferencia al escuchar los elogios que dedicaban algunos a la niña de Rojas. Aceptaban su rostro gracioso y picaresco, con la nariz algo respingada, la boca de un rojo sangriento, los dientes muy blancos y puntiagudos y unos ojos enormes, aunque demasiado redondos. Pero aparte de su carita..., ¡nada de mujer! «Es igualmente lisa por delante y por el revés—decían—. Parece un muchacho.»

Efectivamente, a cierta distancia la tomaban por un hombrerito, pues iba vestida siempre con traje masculino, y montaba caballos bravos a estilo varonil. A veces agitaba un lazo sobre su cabeza lo mismo que un peón, persiguiendo alguna yegua ó novillo de la hacienda de su padre, don Carlos Rojas.

Este, según contaban en el país, pertenecía a una familia antigua de Buenos Aires. De joven había llevado una existencia alegre en las principales ciudades de Europa. Luego se casó; pero su vida doméstica en la capital de la Argentina resultaba tan costosa como sus viajes de soltero por el viejo mundo, perdiendo, poco a poco, la fortuna heredada de sus padres en gastos de ostentación y en malos negocios. Su esposa había muerto cuando él empezaba a convencerse de su ruina. Era una señora enfermiza y melancólica que publicaba versos sentimentales, con un pseudónimo, en los periódicos de modas, y dejó como recuerdo poético a su hija única el nombre de Celinda.

El Sr. Rojas tuvo que abandonar la estancia heredada de sus padres, cerca de Buenos Aires, cuyo valor ascendía a varios millones. Pesaban sobre ella tres hipotecas, y cuando los acreedores se repartieron el producto de su venta no quedó a don Carlos otro recurso que alejarse de la parte más civilizada de la Argentina, instalándose en Río Negro, donde era poseedor de cuatro leguas de tierra compradas en sus tiempos de abundancia, por un capricho, sin saber ciertamente lo que adquiriría.

Muchos hombres arruinados ven de pronto en la agricultura un medio de rehacer sus negocios, a pesar de que ignoran lo más elemental para dedicarse al cultivo de la tierra. Este criollo, acostumbrado a una vida de continuos derroches en París y en Buenos Aires, creyó poder realizar el mismo milagro. El, que nunca había querido preocuparse de la administración de una estancia cerca de la capital, con inagotables prados naturales en los que pastaban miles de novillos, tuvo que llevar la vida dura y sobria del jinete rústico que se dedica al pastoreo en un país inculco. Lo que sus abuelos habían hecho en las ricas tierras inmediatas a Buenos Aires, donde el cielo derrama su lluvia oportunamente, tuvo que repetirlo Rojas bajo el cielo de bronce de la Patagonia, que apenas si deja caer algunas gotas, en todo el año, sobre las tierras polvorosas.

El antiguo millonario sobrellevaba con dignidad su desgracia. Era un hombre de cincuenta años, más bien bajo que alto, la nariz aguileña y la barba canosa. En medio de una existencia ruda conservaba su primitiva educación. Sus maneras delataban a la persona nacida en un ambiente social muy superior al que ahora le rodeaba. Como decían en

el inmediato pueblo de la Presa, era un hombre que, vistiese como vistiese, tenía aire de señor. Llevaba casi siempre botas altas, gran chambergo y poncho. Pendiente de su diestra se balanceaba el pequeño látigo de cuero, llamado rebenque.

Los edificios de su estancia eran modestos. Los había construido a la ligera, con la esperanza de mejorarlos cuando aumentase su fortuna; pero, como ocurre casi siempre en las instalaciones campestres, estas obras provisionales iban a durar más años tal vez que las levantadas en otras partes como definitivas. Sobre las paredes de ladrillo cocido, sin reboque exterior, ó de simples adobes, se elevaban las techumbres hechas con placas de cinc ondulado. En el interior de la casa del dueño los tabiques sólo llegaban a cierta altura, dejando circular el aire por toda la parte alta del edificio. Las habitaciones eran escasas en muebles. La pieza que servía de salón, despacho y comedor, donde don Carlos recibía a sus visitas, estaba adornada con unos cuantos rifles y pieles de pumas cazados en las cercanías. El estanciero pasaba gran parte del día fuera de la casa, inspeccionando los corrales de ganado más inmediatos. De pronto ponía al galope su caballo incansable para sorprender a los peones que trabajaban en el otro extremo de la propiedad.

Una mañana sintió impaciencia al ver que había pasado la hora habitual de la comida sin que Celinda volviese a la estancia.

No temía por ella. Desde que su hija llegó a Río Negro, teniendo ocho años, empezó a vivir a caballo, considerando la planicie desierta como su casa.

—Es peligroso ofenderla—decía el padre con orgullo—. Maneja revólver y tira mejor que yo. Además, no hay persona ni animal que se le escape cuando tiene un lazo en la mano. Mi hija es todo un hombre.

La vió de pronto, corriendo por la línea que formaban la llanura y el cielo al juntarse. Parecía un pequeño jinete de plomo escapado de una caja de juguetes. Delante de su caballito corría un toro en miniatura. El grupo galopador fué creciendo con una rapidez maravillosa. En esta llanura inmensa todo lo que se movía cambiaba de tamaño sin gradaciones ordenadas, desorientando y aturdiendo los ojos todavía no acostumbrados a los caprichos ópticos del desierto.

Llegó la joven dando gritos y agitando el lazo para excitar la marcha de la res, que venía persiguiendo, hasta que la obligó a refugiarse en un cercado de maderos. Luego echó pie a tierra y fué a encontrarse con su padre; pero éste, después de recibir un beso de ella, la repelió, mirando con severidad el traje varonil que llevaba.

—Te he dicho muchas veces que no quiero verte así. Los pantalones se han hecho para los hombres, ¡creo yo!..., y las faldas para las mujeres. No puedo tolerar que una hija mía vaya como esas cómicas que aparecen en las vistas del biógrafo.

Celinda recibió la reprimenda bajando los ojos con graciosa hipocresía. Prometió obedecer a su padre, conteniendo al mismo tiempo su deseo de reír. Precisamente pensaba a todas horas en las Amazonas con pantalones que figuran en los *films* de los Estados Unidos, y había echado largas galopadas para ir hasta Fuerte Sarmiento, el pueblo más inmediato, donde los cinematografistas errabundos proyectaban sobre una sábana, en el café de su único hotel, historias interesantes que le servían a ella para estudio de las últimas modas.

Durante la comida le preguntó don Carlos si había estado cerca de la Presa y cómo marchaban los trabajos en el río.

Una esperanza de volver a ser rico, cada vez más probable, hacia que el Sr. Rojas, antes melancólico y desesperanzado, sonriese desde los últimos meses. Si los ingenieros del Estado conseguían cruzar con un dique el río Negro, los canales que estaban abriendo un español llamado Robledo y otro socio suyo fecundarían las tierras compradas por ellos junto a su estancia, y él podría aprovechar igualmente esta irrigación, lo que aumentaría el valor de sus campos en proporciones inauditas.

Celinda le escuchó con la indiferencia que muestra la juventud por los asuntos de dinero. Además, don Carlos tuvo que privarse del placer de continuar haciendo suposiciones sobre su futura riqueza, al ver a una mestiza de formas exuberantes, carrilluda, con los ojos oblicuos y una gruesa trenza de cabello negro y áspero, que se encorbaba sobre sus enormes prominencias dorsales para seguir descendiendo.

Al entrar en el comedor dejó junto a la puerta un saco lleno de ropa. Luego se abalanzó sobre Celinda, besándola y mojando su rostro con frecuentes lagrimones.

—¡Mi señorita preciosa!... ¡Mi niña, que la he querido siempre como una hija!...

Conocía a Celinda desde que ésta llegó al país y entró ella en la estancia como doméstica. Le resultaba doloroso separarse de la señorita, pero no

podía transigir más tiempo con el carácter de su padre.

Don Carlos era violento en el mandar y no admitía objeciones de las mujeres, sobre todo cuando ya habían pasado de cierta edad.

—El patrón aún está muy verde—decía Sebastiana a sus amigas—, y como una ya para vieja, resulta que otras más tiernas son las que reciben las sonrisas y las palabras lindas, y para mí sólo quedan los gritos y el amenazarme con el rebenque.

Después de besuquear a la joven, miró Sebastiana a don Carlos con una indignación algo cómica, añadiendo:

—Ya que el patrón y yo no podemos avenirnos, me voy a la Presa, a servir donde el contratista italiano.

Rojas levantó los hombros para indicar que podía irse donde quisiera, y Celinda acompañó a su antigua criada hasta la puerta del edificio.

A media tarde, cuando don Carlos hubo dormido la siesta en una mecedora de lona y leído varios periódicos de Buenos Aires, de los que traía el tren a este desierto tres veces por semana, salió fuera de la estancia.

Atado a un poste del tejadillo sobre la puerta, estaba un caballo ensillado. El estanciero sonrió satisfecho al darse cuenta de que la silla era de mujer. Celinda apareció vestida con falda de amazona. Envío a su padre un beso con la punta del rebenque, y sin apoyarse en el estribo ni pedir ayuda a nadie, se colocó de un salto sobre el aparejo femenino, haciendo salir su caballo a todo galope hacia el río.

No fué muy lejos. Se detuvo en el lado opuesto de un grupo de sauces donde encontró atado otro caballo con silla de hombre, el mismo que montaba en la mañana. Celinda, echando pie a tierra, se despojó de su traje femenino, apareciendo con pantalones, botas de montar, camisa y corbata varoniles. Sonreía de su desobediencia al «viejo», pues así llamaba ella a su padre, según costumbre del país.

Temía la posible extrañeza de otro hombre y deseaba evitarla. Este hombre la había conocido siempre vestida de muchacho, tratándola a causa de ello con una confianza amistosa. ¡Quién sabe si al verla con faldas, lo mismo que una señorita, experimentaría cierta timidez, mostrándose ceremonioso, y evitando finalmente nuevos encuentros con ella!...

Dejó su traje femenino sobre el caballo que la había traído y montó alegremente en el otro, oprimiéndole los lomos con sus piernas nerviosas, al mismo tiempo que echaba en alto el lazo atado a la silla, formando una espiral de cuerda sobre su cabeza.

Galopó por la orilla del río, junto a los añosos sauces que encorbaban sus cabelleras sobre el deslizamiento de la corriente veloz. Este camino lúcido, siempre solitario, que venía de los ventisqueros de los Andes junto al Pacífico, para derramarse en el Atlántico, había recibido su nombre, según algunos, a causa de las plantas oscuras que cubren su lecho, dando un color verdinegro a las aguas hijas de las nieves.

El milenario rodar de su curso había ido corriendo la meseta con una profunda hondonada de una legua ó dos de anchura. El río se deslizaba por esta profundidad entre dos aceras formadas con los aportes de su corriente durante las grandes inundaciones. Estas dos orillas desiguales eran de tierra fértil y suelta, pródiga para el cultivo allí donde recibía la humedad de las aguas inmediatas. Más lejos se levantaba el suelo, formando el acantilado amarillento de dos murallas sinuosas que se miraban frente a frente. La de la izquierda era el último límite de la Pampa. En la orilla opuesta empezaba la meseta patagónica de fríos glaciales, calores asfixiantes, huracanes crueles y áspera vegetación que sólo permitía alimentarse a los rebaños cuando disponían de extensiones enormes.

Toda la vida del país estaba reconcentrada en la ancha hendidura abierta por las aguas y que formaba la línea fronteriza entre la Pampa y la Patagonia. Las dos cintas de terreno de sus orillas representaban miles de kilómetros de tierra fértil aportada por el río en su viaje de los Andes al mar. En una sección de este barranco inmenso era donde trabajaban los hombres para elevar el nivel de las aguas unos cuantos metros, fecundando las tierras próximas.

Celinda daba gritos para excitar al caballo, como si necesitase comunicarle su alegría. Iba al encuentro de lo que más le interesaba en todo el país. Al seguir una revuelta del río se abrió la superficie de éste ante sus ojos, formando una laguna tranquila y desierta. En último término, donde se estrechaban sus orillas aprisionando y alborotando las aguas, vió los férreos perfiles de varias máquinas elevadoras, así como las techumbres de cinc ó de paja de una población. Era el antiguo campamento de la Presa que se transformaba rápidamente en un pueblo. Todas sus construcciones parecían

aplastadas sobre el suelo, sin una torrecilla, sin un doble piso que animase su plitud monótona.

Como la curiosidad de Celinda no llegaba hasta el pueblo, refrenó la velocidad de su caballo y marchó al paso hacia unos grupos de hombres que trabajaban lejos del río, casi en el sitio donde empezaba a elevarse el terreno, iniciándose la ladera de la altiplanicie correspondiente a la Pampa.

Estos peones, unos de origen europeo, otros mestizos, removían y amontonaban la tierra, abriendo pequeños canales para la irrigación. Dos máquinas acompañadas por el mugido de sus motores excavaban igualmente el suelo para facilitar el trabajo humano.

Celinda miró en torno de ella con ojos de exploradora, y volviendo su espalda a las cuadrillas de trabajadores, se dirigió hacia un hombre aislado en una pequeña altura. Este hombre ocupaba un taburete de lona ante una mesa plegadiza. Iba vestido con traje de campo y botas altas. Tenía un gran sombrero caído a sus pies y apoyaba la frente en una mano, estudiando los papeles puestos sobre la mesilla.

Era un joven rubio, de ojos claros. Su cabeza hacía recordar las de los atletas griegos, tales como las ha eternizado la escultura, tipo que reaparecen con una frecuencia inexplicable en las razas nórdicas de Europa; la nariz recta, la cabellera de cortos rizos invadiendo la frente baja y ancha, el cuello vigoroso. Se hallaba tan ensimismado en el estudio de sus papeles, que no vio llegar a Flor de Río Negro.

Esta había desmontado sin abandonar su lazo. Con la astucia y la ligereza de un indio empezó a marchar á gatas por la suave pendiente, sin que el más leve ruido denunciase su avance. A pocos metros de aquel hombre se incorporó riendo silenciosamente de su travesura, mientras hacía dar vueltas al lazo con vigorosa rotación, dejándolo escapar al fin. El círculo terminal de la cuerda cayó sobre el joven, estrechándose hasta sujetarlo por la mitad de sus brazos, y un ligero tirón le hizo vacilar en su asiento.

Miró enfurecido en torno é hizo un ademán para defenderse; pero su cólera se trocó en risueña sorpresa al mismo tiempo que llegaba á sus oídos una carcajada fresca é insolente.

Vió á Celinda que celebraba su broma tirando del lazo, y para no ser derribado tuvo que marchar hacia la amazona. Esta, al verle junto á ella, dijo con tono de excusa:

—Como no nos vemos hace tanto tiempo, he venido para capturarlo. Así no se me escapará más.

El joven hizo gestos de asombro y contestó con una voz lenta y algo torpe, que estropeaba las sílabas, dándolas una pronunciación extranjera:

—¡Tanto tiempo!... ¿No nos hemos visto esta mañana?

Ella remedó su acento al repetir sus palabras:

—¡Tanto tiempo!... Y aunque así sea, gringo desagradecido, ¿le parece á usted poca cosa no haberse visto desde esta mañana?

Los dos rieron con un regocijo infantil.

Habían retrocedido hasta donde aguardaba el caballo, y Celinda se apresuró á montar en él, como si se considerase humillada y desarmada permaneciendo á pie. Además, «el gringo», á pesar de su alta estatura, quedaba de este modo con la cabeza al nivel de su talle, lo que proporcionaba á Flor de Río Negro la superioridad de poder mirarlo de arriba abajo.

Como aún conservaba el extranjero el círculo de cuerda en torno á sus brazos, Celinda quiso libertarle de tal opresión.

—Oiga, don Ricardo: ya estoy cansada de que sea mi esclavo. Voy á dejarle libre para que trabaje un poquito.

Y sacó el lazo por encima de sus hombros; pero al ver que el joven permanecía inmóvil, como si en su presencia perdiese toda iniciativa, le presentó la mano derecha con una majestad cómica:

—Bese usted, mister Watson, y no sea mal educado. Aquí en el desierto va usted perdiendo las buenas maneras que aprendió en su Universidad de California.

Rió el ingeniero del tono solemne de la muchacha y acabó besando su mano. Pero la miraba con la bondad protectora de las personas mayores que se complacen viendo las malicias de una niña traviesa, y esto pareció contrariar á la hija de Rojas.

—Acabaré por reñir con usted. Se empeña en tratarme como una niña, cuando soy la primera dama del país, la princesa doña Flor de Río Negro.

Watson continuaba sus risas, y esta insistencia acabó con la fingida gravedad de la joven. Los dos unieron finalmente sus carcajadas; pero la señorita Rojas mostró á continuación un interés maternal, enterándose de la vida que llevaba su amigo.

—Trabaja usted demasiado, y yo no quiero que se canse, ¿sabe, gringuito?... Es mucho quehacer para un hombre solo. ¿Cuándo viene su amigo Robledo?... De seguro que estará divirtiéndose allá en París.

Watson habló también con seriedad al oír el nombre de su compañero. Estaba ya de regreso y llegaría de un momento á otro. En cuanto á su trabajo, no lo consideraba anonadador. El había hecho cosas más difíciles y penosas en otras tierras. Mientras los ingenieros del Gobierno no terminasen el dique, lo que trabajaban Robledo y él era únicamente para ganar tiempo, pues los canales de nada podían servir sin el agua del río.

Habían empezado á caminar, é insensiblemente se dirigieron hacia el pueblo. Ricardo marchaba á pie, con una mano apoyada en el cuello del caballo y los ojos en alto, para ver á Celinda mientras hablaba. Los peones, dando por terminado el trabajo, recogían sus herramientas. Como los dos querían evitar un encuentro con los grupos que regresaban al pueblo, siguieron avanzando lejos del río por donde empezaba á elevarse el terreno, formando la pendiente de la altiplanicie pampera.

Al subir la hinchazón de un contrafuerte de esta muralla, que se perdía de vista, contemplaron á sus pies todo el antiguo campamento convertido en pueblo y la amplitud lacustre formada por el río ante el estrecho donde iba á construirse el dique.

El campamento era un conglomerado de viviendas levantadas sin orden; chozas hechas de adobes con cubierta de paja, casas de ladrillo con techos de ramaje ó de cinc, tiendas de lona. Las construcciones más cómodas eran de madera y desarmables, estando ocupadas por los ingenieros, los capataces y otros empleados. Por encima de todas las viviendas emergía una casa de madera, montada sobre pilotes, con una galería exterior ante sus cuatro fachadas; un *bengalow* desembarcado en Bahía Blanca semanas antes por encargo del italiano Pirovani, contratista de las obras del dique.

Al llegar el crepúsculo, las calles de este pueblo improvisado, desiertas durante el día, se poblaban instantáneamente con la variada muchedumbre de los peones. Los grupos, al volver de los diversos lugares donde habían estado trabajando, se encontraban y se confundían, siguiendo la misma dirección.

Una casa de madera, que por su tamaño era la única que podía compararse con la del contratista, los iba atrayendo á todos. Sobre su puerta había escrito un rótulo en letras caligráficas: «Almacén del Gallego». Este gallego era en realidad andaluz; pero todos los españoles que van á la Argentina deben ser forzosamente gallegos. Al mismo tiempo que despacho de bebidas era tienda de los más diversos artículos comestibles y suntuarios. Su dueño se ofendía cuando las gentes llamaban «boliche» á lo que él daba el título de «almacén»; pero todos en el pueblo seguían designando al establecimiento con el nombre primitivo de su modesta fundación.

Un grupo de parroquianos fieles ocupaba por derecho propio las cercanías del mostrador. Unos eran emigrantes de Europa que habían rodado por las tres Américas, desde el Canadá á la Tierra de Fuego. Otros, mestizos ó blancos, vueltos al estado primitivo después de largos años de existencia en el desierto: hombres de perfil aguileño, gran barba y lengua cabellera, tocados con amplios chambergos y llevando un cinturón de cuero adornado con monedas de plata, dentro del cual ocultaban, á medias nada más, el revólver y el cuchillo.

Fuera del boliche (ahora almacén), unas en espera de sus maridos para que no bebiesen demasiado, y otras al atisbo de los compañeros de sus noches, estaban las bellezas más notables de la Presa, mestizas de tez de canela y ojos de brasa, con cabelleras duras de color de tinta y dientes de luminosa blancura; unas exageradamente gordas; otras absurdamente flacas, como si acabasen de salir de una población sitiada por hambre, ó como si una llama interior devorase sus jugos.

Empezaron á brillar luces en las casas, perforando con sus rojas punzadas la gasa violeta del crepúsculo.

Celinda y su acompañante contemplaban el pueblo y el río, silenciosamente, como si temieran cortar con sus voces la calma melancólica del ocaso.

—Váyase, señorita Rojas—dijo él de pronto, repeliendo la dulce influencia del ambiente—. Va á cerrar la noche y su estancia se halla lejos.

Celinda se resistió á reconocer la posibilidad de un peligro para ella. Ni los hombres ni la noche podían inspirarla miedo. Pero, al fin, se despidió de Watson y puso su caballo al galope.

Entró Ricardo en el pueblo por un descampado que sus habitantes consideraban como la calle principal; aunque en esta población reciente, todas las vías resultaban principales á causa de su enorme amplitud.

El Gobierno previsor de Buenos Aires no toleraba que los pueblos surgidos en el desierto tuviesen calles de menos de veinte metros de anchura. ¿Quién podía saber si serían algún día grandes ciudades!... Y mientras llegaba esto, las viviendas bajas y de un solo piso permanecían separadas de las de enfrente por un espacio enorme que barrían en línea recta los huracanes glaciales ó en-

toldaban con su niebla las columnas de polvo. Unas veces el sol hacía arder el suelo, levantando ante el paso del transeunte nubes rumorosas de moscas; otras, los charcos de las rarísimas lluvias obligaban á los habitantes á marchar con agua á la rodilla para ver al vecino de enfrente.

Al avanzar Watson entre dos filas de viviendas, fué encontrando á los principales personajes del pueblo. Primeramente vió al señor de Canterac, un francés, antiguo capitán de artillería, que, según afirmaban muchos que se decían amigos suyos, había tenido que huir de su país á consecuencia de ciertos asuntos de índole privada. Ahora servía como ingeniero al Gobierno argentino, en obras remotas y penosas que rehuían sus colegas hijos del país.

Era un hombre de cuarenta años, enjuto de cuerpo, con el pelo y el bigote algo canosos, pero conservando un aspecto juvenil. Tenía al marchar cierto aire marcial, como si aún vistiese uniforme, y se preocupaba de la elegancia de su indumento, á pesar de que vivía en el desierto.

Había entrado á caballo por la llamada calle principal, vistiendo un elegante traje de montar y cubierta la cabeza con un casco blanco. Al ver á Watson echó pie á tierra para marchar junto á él, sosteniendo su caballo de las riendas, al mismo tiempo que examinaba unos dibujos del americano.

—¿Y Robledo, cuándo vuelve?—preguntó.
—Creo que llegará de un momento á otro. Tal vez ha desembarcado hoy en Buenos Aires. Vienen con él unos amigos.

El francés siguió examinando los planos del joven, sin dejar de marchar, hasta que llegaron frente á la pequeña casa de madera que le servía de alojamiento. Allí entregó las riendas con brusquedad militar á un criado mestizo, y antes de meterse en su vivienda dijo á Ricardo:

—Creo que sólo nos faltan seis meses para terminar la primera presa en el río, y Robledo y usted podrán regar inmediatamente una parte de sus tierras.

Continuó Watson la marcha hacia su casa; pero á los pocos pasos hizo alto para responder al saludo de un hombre todavía joven, vestido con traje de ciudad, y que tenía el aspecto especial de los oficinistas. Llevaba anteojos redondos de concha, y sostenía bajo un brazo muchos cuadernos y papeles sueltos. Parecía uno de esos empleados laboriosos, pero rutinarios, incapaces de iniciativas ni de grandes ambiciones, que viven satisfechos y como pegados á su mediocre situación.

Se llamaba Timoteo Moreno, y era nacido en la República Argentina, de padres españoles. El Ministerio de Obras públicas lo había enviado como representante administrativo á las obras de la Presa, y él era el encargado de pagar al contratista Pirovani las sumas enviadas por el Gobierno.

Después que hubo saludado á Watson se dió una palmada en la frente y quiso retroceder, mirando al mismo tiempo sus papeles.

—He olvidado dejar en casa del capitán Canterac el cheque sobre París que le entrego todos los meses.

Luego hizo un movimiento de hombros y, continuó, marchando al lado del norteamericano.

—Se lo daré cuando vuelva á mi casa. De todos modos, no tenemos correo hasta pasado mañana.

Estaban frente al *bengalow* habitado por el hombre más rico del campamento, y vieron cómo salía éste y se acodaba en la barandilla de una de las galerías. Luego, al reconocerlos, bajó apresuradamente la escalinata de madera.

El italiano Enrico Pirovani había llegado á la Argentina como obrero diez años antes, y era ya tenido por uno de los hombres más ricos del territorio patagónico, que se extiende desde Bahía Blanca á la frontera andina de Chile. Todos los Bancos respetaban su firma. No pasaba de los cuarenta años; llevaba el rostro afeitado; era grande y musculoso; pero empezaba á mostrar la blandura naciente de los organismos invadidos por la grasa. Tenía el aspecto del trabajador manual que ha hecho fortuna y no puede ocultar cierta tosqueidad reveladora de su origen. Lucía numerosas sortijas, así como una gran cadena de reloj, y su traje siempre era flamante.

Estrechó las manos de los dos, y luego dirigió una mirada de interés á los papeles que traía Moreno. El contratista y el empleado del Gobierno se veían todas las semanas para hablar de los trabajos.

El italiano insistió en invitar á Ricardo á que entrase en su casa para beber una copa.

—Aunque soy viudo y estoy solo, procuro que mi vivienda tenga cierto *confort*, lo mismo que una de Buenos Aires. Entre á verla. He comprado nuevas cosas. La última vez no la visitó usted toda.

Watson tuvo que seguirle, convencido de que da-

(Continuará en el próximo número)